

# La Bandera Negra

NOVELA HISTÓRICA



ORIGINAL DE

*Alejandro G. G. Greek*

Edición ilustrada por Luis F. Rojas



VALPARAÍSO

IMP. DE LOS TALLERES DE SAN VICENTE DE PAUL, DELICIAS 215.

1899

2252

# El gran TE del día

“SANTA FILOMENA”

INTERESA Á TODAS LAS SEÑORAS  
¿POR QUÉ?

- La señora Frugal:  
Porque es muy económico.
- La señora Práctica:  
Porque es bueno y barato.
- La señora Inteligente:  
Porque es refrescante y estimulante.
- La señora de Sociedad:  
Porque agrada á sus amigas.
- La señora Pródiga:  
Porque es de gusto delicado y aroma delicioso.
- La señora Fastidiosa:  
Porque su calidad excelente no tiene variación.
- La señora Moderna:  
Porque es el TÈ de los téés del día.
- La señora de Edad:  
Porque es fuerte y confortable. En fin, toda señora que aprecia una buena taza de té encontrará que el

Té Santa Filomena

*Es el mejor introducido en Chile hasta la fecha*

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES EN CHILE

ÚNICOS AGENTES

Alfredo Betteley

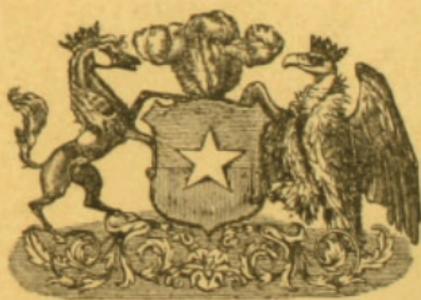
# La Bandera Negra

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL DE

*Alejandro Greck*

Edición ilustrada por Luis F. Rojas



VALPARAÍSO

IMP. DE LOS TALLERES DE SAN VICENTE DE PAUL, DELICIAS 215.

1899

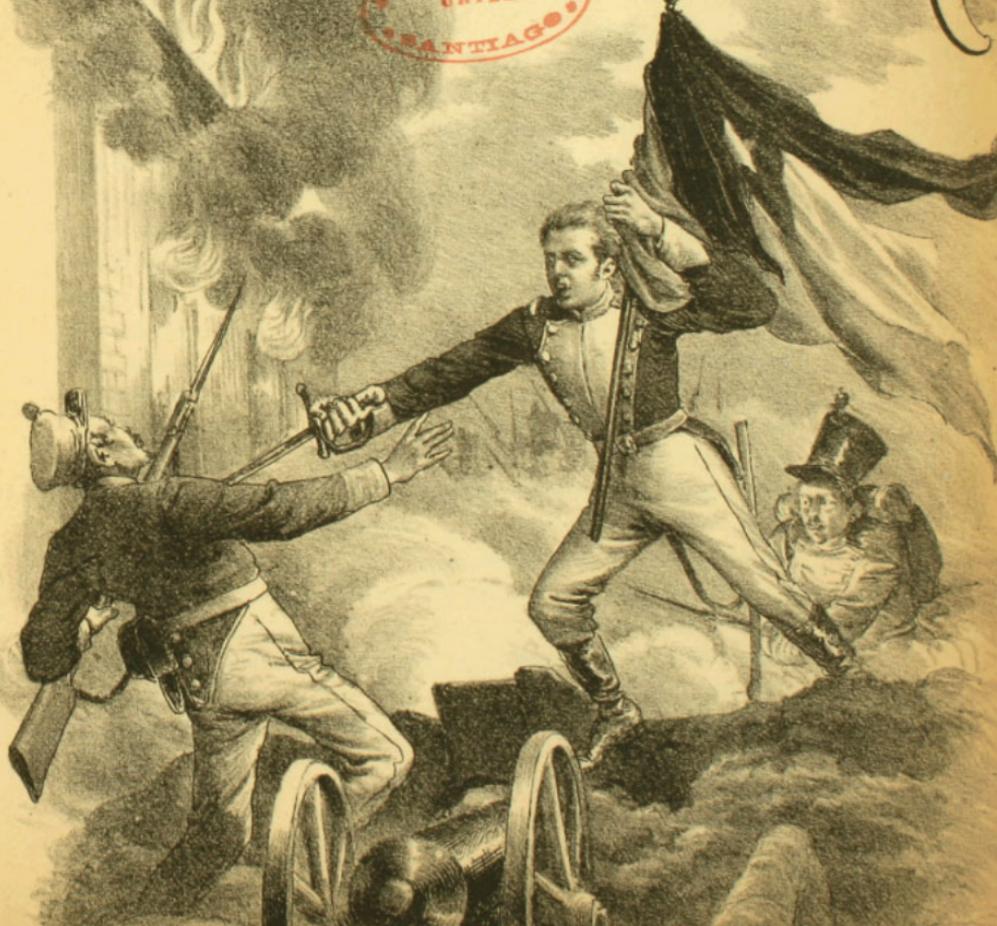
## *Dedicatoria.*

Tengo el honor de dedicar esta obra á mis amigos en el Ejército y en la Marina, y me permito cobijarla bajo la protección de mis compañeros de tareas en la Prensa.

Alejandro Greek.

# LA BANDERA NEGRA

BIBLIOTECA NACIONAL  
CHILE  
SANTIAGO



## *Dedicatoria.*

Tengo el honor de dedicar esta obra á mis amigos en el Ejército y en la Marina, y me permito cobiarla bajo la protección de mis compañeros de tareas en la Prensa.

Alejandro Greek.

## *Al Público.*

*Ningún episodio hay en la historia de la guerra de la Independencia de Chile, tan interesante, grandioso y realmente conmovedor como la defensa de Rancagua por las tropas patriotas del general O'Higgins, contra la invasión del ejército realista del general español Ossorio.*

*¡Un reducido número de soldados bisonos que se encierran en una villa resueltos á sepultarse entre sus escombros antes que rendirse, resolución que demuestran al enemigo enarbolando en lo alto de la torre de la iglesia de la Merced de esa villa, la bandera negra de la guerra á muerte y enlutando con crespones los estandartes de las trincheras; y que llevan tan abnegada resolución hasta el extremo de resistir un combate continuado de treinta y cinco horas, sufriendo los horrores de la sed, las fatigas del cansancio y sin víveres siquiera suficientes para saciar el hambre!... ¡Cuando después de dos días y una noche de rudo batallar no es posible seguir oponiéndose victoriosamente á los repetidos y tremendos asaltos de un ejército poderoso y aguerrido; cuando el incendio ha devorado con sus llamas á media población, cuando las municiones se han agotado, los cañones están caldeados, los arzones de pólvora estallan a consecuencia del incendio, cuando las barricadas han sido barridas por la metralla y los artilleros han sucumbido; cuando todo, en fin, es*

*muerte, hoguera, desolación y ruinas.... entonces, los héroicos sobrevivientes á tan brillante hecho de armas, se reúnen en la plaza de la villa, último reducto patriota, y acuerdan, inspirados tan solo por su patriotismo y alentados con el coraje de la desesperación, hacer un supremo esfuerzo á fin de salvar para Chile las reliquias de su destrozado ejército.... y, en vez de capitular, se arrojan con indómita bravura contra las barricadas realistas que cercan á la plaza y se abren paso á traves de ellas con el filo de sus sables y el empuje de su valor!*

*¡Tales hazañas por su sublimidad merecen, sin duda alguna, en su alabanza, el canto épico de la epopeya, ó la conservación perenne de su recuerdo en el mármol del monumento!*

*He creído que una novela que tuviera por base histórica tan bello episodio, sería digna de la atención de los chilenos.*

*A esto se debe, pues, que hoy ofrezca al público el primer tomo de mi obra «La Bandera Negra» y según sea favorable su éxito, publicaré á continuación el segundo.*

*Valparaíso, Marzo 1.º de 1899.*

*El Autor.*

---



## CAPITULO I.

### LA ASECHANZA.

Era el 3o de Septiembre de 1814.

Sería aproximadamente las nueve de la noche.....

A pequeña distancia de Rancagua y al sur-este un jinete corría al galope largo de su caballo por uno de los caminos que conducen á la ciudad.

El caballo lleva el bocado cubierto de espuma, el cuerpo bañado en sudor y su respiración es jadeante.

Aunque suponemos al lector bastante versado en la historia de Chile, para la mayor claridad de los hechos que vamos á referir, nos permitiremos bosquejar el estado del país en el día en que comienza nuestra historia.

La situación de Chile era sumamente crítica. En los últimos cuatro años, grandes sucesos se habían verificado, á contar desde el 18 de Septiembre de 1810, fecha de la primera asamblea nacional.

Concluído el primer período de alborozo y desconcerto, trascurrido en medio de las luchas políticas y los primeros actos de gobierno nacional, los patriotas chilenos habíanse visto obligados á

hacer frente á las expediciones realistas enviadas para someter á Chile al gobierno de España, por el virrey del Perú.

El año de 1813 y el principio de 1814 habían sido de cruda campaña. Patriotas y realistas, vencidos unas veces y vencedores otras, habían concluido por firmar el tratado de Lircay, por el cual á pesar de que se reconocía la soberanía española, sin embargo, se obligaba á retirarse al ejército realista del territorio de Chile y se dejaba subsistente el sistema de gobierno chileno, hasta nueva disposición de las cortes españolas, á cuyo fallo se comprometían á resignarse los patriotas, teniendo tan sólo el derecho de enviar ante ese tribunal á sus representantes.

Este tratado como se deja ver era irrealizable en la práctica; era sólo la tregua necesaria por las fatigas de la guerra y ambos bandos se hallaban resueltos á quebrantarlo á la primera ocasión.

Así fué que el virrey Abascal, no bien se vió libre de cuidados en el Perú, organizó una expedición á cuyo frente colocó á D. Mariano Ossorio y encargóle la completa pacificación de Chile y el rompimiento, en consecuencia, de los tratados de Lircay.

Mientras tanto, D. José M. Carrera había derrocado el gobierno establecido del director D. Francisco de la Lastra, y erigido una junta de gobierno á cuya cabeza se situó él mismo.

Don Bernardo O'Higgins, jefe del ejército patrio-

ta, desconoció el gobierno de Carrera y marchó á Santiago para deponerlo.

Carrera derrotó en un primer encuentro á O'Higgins en las llanuras de Maipo, y cuando se preparaba un nuevo combate se presentó á ambos caudillos un parlamentario de Ossorio, el que intimaba la rendición incondicional de los patriotas, declaraba nulo el tratado de Lircay y forzaba á reconocer la soberanía absoluta del rey de España.

En esa emergencia, O'Higgins y Carrera, olvidando sus rencores, entablan un acuerdo; comprometiéndose el primero con noble hidalguía á servir bajo las órdenes de Carrera, como uno de sus jefes de división.

Carrera en el corto espacio de un mes disponible, organiza con precipitación su ejército de milicianos, lo secciona en tres divisiones y envía de avanzada á la primera división al mando de O'Higgins y á la segunda á las órdenes de su hermano Juan José Carrera á defender el paso del río Cachapoal, que corre á pequeña distancia al sur de Rancagua; y él con la tercera división, á cuyo frente colocó á su otro hermano Luis, avanza hacia el sur hasta situarse á cuatro leguas de Rancagua en el paraje denominado "El Mostazal."

Tal es la condición de Chile en la fecha en que tiene origen nuestra narración. Ossorio con su ejército de 5,000 veteranos está ya en las inmediaciones del Cachapoal al cual se dirige en columnas cerradas de ataque. De los 4,000 soldados bisoños, total

de las fuerzas patriotas, sólo 3,000 hombres se hallan á la orilla del río desplegados á lo largo de su curso, defendiendo sus vados principales; é intentan impedirles el paso á las tropas realistas.

Pero, no anticipemos los hechos y con lo anterior juzgamos que es suficiente por ahora para que el lector se forme cabal idea de los acontecimientos preliminares que se desarrollaron en Chile antes de la época de nuestra historia.

Cerrado el anterior paréntesis, seguiremos en su ruta al jinete que ya le presentamos al lector y que ha de ser nuestro héroe en la presente novela.

Llegado á los arrabales de la ciudad sofrenó su caballo, cuyo galope se había convertido en carrera, y lo puso al trote.

Entró á la ciudad por la calle del este que desemboca en la plaza y que hoy día lleva el nombre de la Independencia ó el Brasil. A una cuadra de la plaza fué detenido por una barricada recién levantada por orden de O'Higgins para la defensa de Rancagua.

Un piquete de tropas vivaqueaba en ese paraje. Una vez reconocido nuestro jinete por oficial de las milicias nacionales, se le dejó libre el paso. Introdujo á su cabalgadura por un boquete de la barricada y tomó al galope la dirección de la plaza.

Llegado allí, detuvo un momento su caballo en el circuito de la luz de un farol.

Con el auxilio de éste podemos ver que el jinete es un joven de más ó menos veinte y cinco años

de edad. Viste el uniforme de alférez de milicia.

Su rostro es hermoso con hermosura varonil: facciones perfectas y bien proporcionadas; cabello negro, undoso y reluciente; ojos pardos y brillantes, de mirada ligeramente ceñuda; barba afeitada, según el uso general en aquel tiempo, con patillas recortadas á ambos lados de las mejillas. Tiene su semblante un marcado aspecto marcial.

Luce en su kepí la escarapela tricolor. Su traje está cubierto de polvo y sus botas de barro. Ciñe á su costado izquierdo una larga espada y en el arzón de la silla asoman las culatas de dos enormes pistolas labradas de plata.

Su caballo es un verdadero corcel de color alazán cuyas esbeltas formas producen la admiración, al par que sus briosos movimientos dan ocasión de mostrar la destreza del jinete.

Este, no bien paró su cabalgadura, sacó con precipitación de uno de los bolsillos de su casaca una hoja de papel, plegada en varios dobleces: la desdobló rápidamente y acercándola á la luz leyó . . . lo que había leído ya diez veces anteriormente.

El escrito decía:

“Querido Armando:

Gracias á Dios, he sabido hace un momento que esta noche estaré expuesta desdichadamente á un grave peligro. No me es posible darle detalles porque el tiempo apremia. Si no acude usted pronto á mi auxilio tema una fatal desgracia para su,

LAURA.”

Seremos indiscretos y le daremos al lector un detalle anticipado: Laura cuyo apellido es Godoy, era la novia, es decir, la futura esposa de nuestro héroe cuyo nombre es Armando Guijarro.

—¡Vive Dios! exclamó éste, después de leer el papel; es necesario llegar á tiempo.

Espoleó su cabalgadura y la lanzó al galope hacia la calle llamada antiguamente de San Francisco y que en el día tiene el nombre de Manuel A. Matta; dicha calle nacía en la plaza y se extendía de norte á sur de Rancagua, atravesando en consecuencia la mitad de la extensión de la villa.

Al llegar á la mitad de la primera cuadra puso al paso á su caballo y fijó su atención en una casa que se distinguía por su buena apariencia exterior con vistosos dibujos arquitectónicos y el color oscuro de su pintura, diferenciándose así grandemente de la generalidad que se hallaban solo estucadas de cal.

Desmontóse el joven y se acercó cautelosamente á la casa.

En una de sus ventanas había luz que se filtraba al exterior por entre las rendijas de sus postigos.

Al aproximarse Armando á la ventana oyó un estrépito de voces, un ruido confuso de pasos precipitados, de gritos de mujer, de gemidos ahogados.

El corazón del joven palpité violentamente: había creído reconocer en uno de esos gritos la voz de Laura.

Aplicó con mortal ansiedad el oído á la juntura de la ventana, y escuchó.

Desgraciadamente, el silencio había sucedido á los ruidos anteriores. Sin embargo, el joven conteniendo los latidos de su corazón, creyó oír la voz gruesa de un hombre que hablara con tono de mando.

Un temor indefinido se apoderó del joven; una idea había cruzado por su cerebro; Laura era sin duda víctima de alguna infame asechanza.

Miró en torno suyo: la oscuridad era completa; pues el cielo estaba cubierto de nubes, y en aquellos tiempos no existía el alumbrado público y sí sólo el particular que dependía de la escasa prodigalidad de los vecinos.

El silencio era absoluto: ni un sólo transeunte se veía en la calle. La guerra había devastado la ciudad, los pocos hombres que habían quedado en ella, en su mayor número viejos achacosos, los niños y las mujeres, se encerraban desde temprano en sus casas, quienes para recogerse á sus lechos, quienes para orar por los deudos que se hallaban en peligro.

El joven cerró sus puños con impaciencia. ¿Qué partido adoptar? ¿Llamar en su auxilio la fuerza armada? era perder un tiempo precioso y llegar demasiado tarde. Pero, ¿cómo penetrar á la casa? Por un instante abrigó el propósito de echar abajo la puerta ó la ventana con el empuje de su hombro. Pero, comprendió luego que sería empre-

sa vana y además, era dar la alarma á los asaltantes y prevenirles para su fuga.

Una idea surgió en su mente, que la adoptó como enviada del cielo.

La casa tenía en su fachada una puerta y dos ventanas; á ambos lados de éstas se extendía una tapia, como de tres y media varas de alto.

Montóse el joven rápidamente á caballo. Acercólo á la tapia y después de colocarse prudentemente las pistolas en el cinto, poniéndose de pie sobre el animal, fuéle posible trepar á lo alto de la muralla. En seguida, dejóse caer al lado opuesto, y dando un rodeo penetró á la casa, cuya estructura interior conocía, por su parte posterior.

Atravesó una puerta, en seguida un pequeño corredor y se encontró entonces en un patio de forma cuadrada, rodeado de multitud de puertas correspondientes á otras tantas piezas habitaciones.

Sin pérdida de tiempo recorrió el patio en toda su longitud, procurando no hacer ruido y se dirigió resueltamente á la puerta del aposento contiguo á la calle.

La puerta se hallaba entornada y había luz en el interior de la estancia.

El patio estaba completamente á oscuras; podía pues mirar sin ser visto.

El primer impulso del joven fué abalanzarse adentro espada en mano; pero, una reflexión le detuvo. ¿Con cuántos enemigos tendría que luchar?

Como se ve, nuestro joven héroe tiene la buena cualidad de la reflexión que no le abandona aun en medio de la crítica situación porque atraviesa en este momento.

Detúvose, pues, algunos segundos á la puerta y escuchó con febril impaciencia.

Una voz de hombre, precisamente la misma que había creído oír desde la calle, decía en ese instante:

—¡Ah! ¡Laura, Laura! ¡Por fin, la tengo á usted en mi poder! . . . ¿Recuerda usted el día en que la dije? «Usted será mía ó de nadie» y usted me respondió con el desprecio y con la burla . . . Pues bien, para verdades el tiempo, ya he dado cumplimiento á mis palabras. Usted se halla actualmente á mi disposición: usted, la hermosa, la orgullosa Laura, no será pronto para mí sino el cuerpo de una bella en que he de saciar mi amor.

—¡Infame! murmuró Armando, llevando inconscientemente la mano derecha á la empuñadura de su espada.

Al mismo tiempo asomó la cabeza por la abertura de la puerta y miró al interior, dispuesto á lanzarse á la habitación.

He aquí lo que vió.

Dos mujeres estaban en un extremo del aposento, amordazadas y sujetas sus manos á la espalda lo mismo que sus miembros inferiores, asegurados también por medio de sólidas ligaduras.

Una de ellas, tendida sobre un diván, era Laura;

la otra, su sirvienta mulata de dieciocho años, se hallaba atada á un taburete.

Varios hombres, armados de puñales, las rodeaban; uno de ellos, el que hacía de jefe, tenía espada á su cinto.

Este, cuyo nombre es Tristán Padilla, era un hombre alto, grueso de cuerpo y de rostro grosero; representaba aproximadamente unos cuarenta años de edad.

Padilla continuaba hablando, su tono era sarcástico y sus palabras eran entrecortadas por una risita irónica, fina y nerviosa.

—¡Ya eres mía! dijo, acercándose á la joven. ¿Oyes, Laurita? Ya eres mía. ¡Je! ¡je! ¡je!..... Le aseguro á usted que después de esta noche usted me suplicará que la haga mi esposa: ¡usted no sabe qué saleroso soy yo!..... ¡Ja! ja! ¡ja!.....

Y los hombres, celebrando la agudeza, repitieron como un eco la burlesca risotada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!.....

Armando había empuñado las pistolas y aguardaba el momento propicio para iniciar el combate.

—¡Ea, muchachos! prosiguió el hombre de la espada, ahí les entrego esa doncella. (Y señalaba con un ademán á la mulata.) Entreténganse con ella: es joven y buena moza. ¡Vamos! llévensela á la pieza inmediata.

—¡Viva el patrón! gritaron los hombres, poniendo manos á la obra.

—Yo me encargaré de esta otra, repuso el de

la espada, indicando á Laura, y voy á dar la señal de ataque.

Y al decir estas palabras, aproximó su rostro deforme al bello semblante de la joven, cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, denotaban la angustia y la desesperación.

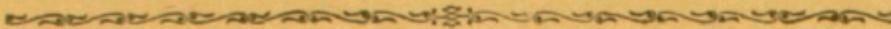
Pero, antes que sus toscos labios hubiesen manchado con su impureza á la joven, un hombre se precipitó con estrépito en medio del aposento, empuñando una pistola en cada mano.

Cogidos de improviso todos aquellos malvados, permanecieron por un momento aterrados.

—¡Miserables! exclamó Armando con voz de trueno; si no se rinden les mato.

Y levantando las pistolas, apuntó al grupo formado por los bandidos.





## CAPÍTULO II.

---

### EL COMBATE.

El lector disculpará que no le demos por de pronto detalles minuciosos acerca de las personas y objetos que había en la sala, se los daremos después; pues, juzgamos que de otra manera sería retardar la exposición de los hechos que describimos.

Trascurrido el primer momento de estupor, Tristán Padilla tomó la palabra en estos términos:

—¡Eh, muchachos! dijo, dirigiéndose á sus hombres. ¿Oyen ustedes? nos dice que nos rindamos.... ¿Qué les parece? . . . ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Nosotros somos cinco y él uno solo . . . ¡A él, valientes! . . .

Sin embargo, los cuatro hombres que acompañaban á Padilla, á pesar de esta perorata, se mantenían inmóviles, contenidos por el respetable aspecto de las pistolas de Armando.

Este, aprovechando la indecisión de ellos, vociferó nuevamente:

—Se rinden ó hago fuego.

—¡Cobardes! rugió Padilla, dos onzas de oro á quien le mate. Yo daré el ejemplo.

Y con expresión furibunda enarboló la espada que había desenvainado momentos antes.

A esto, no dudaron más los bandidos y empuñando sus puñales se precipitaron contra Armando.

Dos detonaciones se hicieron oír, casi simultáneas. Dos hombres, atravesado el pecho por las balas, rodaron por el suelo. Los demás se detuvieron un instante.

—¡A él, amigos míos! ¡a él! gritó Padilla. ¡Vean ustedes!... ¡está desarmado... ya es nuestro!

Y Padilla, uniendo la acción á la palabra, seguido por los otros dos hombres, se lanzó á fondo contra el indefenso pecho de Armando con la espada extendida.

Pero el joven, que había arrojado ya las pistolas lejos de sí, por inútiles, dando un salto hacia atrás, tuvo el tiempo suficiente para desenvainar la espada y aguardar á pie firme á Padilla.

No obstante, el choque fué recio; pues, si bien Armando pudo detener con su espada el ataque de Padilla, vióse al propio tiempo forzado á rechazar y mantener á raya á los otros dos bandidos que se abalanzaron contra él, asestándole sendas puñaladas.

Retiróse el joven á un ángulo de la habitación y allí, parapetándose tras de una mesa, hizo frente á los tres hombres que le asaltaban.

La lucha fué larga y reñida.

Al cabo de algunos minutos pudo Armando ad-

quirir el convencimiento de que tenía incontrastable ventaja sobre su rival Padilla en el juego de la espada.

Empero, su puño comenzaba á cansarse, teniendo que combatir contra tres enemigos á un mismo tiempo.

Así pues, resolvió jugar el todo por el todo y recurrir á un golpe arriesgado.

En consecuencia, amagó con un ataque en falso á Padilla y con un movimiento rápido, avanzó un paso hacia su derecha y tendióse á fondo contra uno de los hombres que le acometían, atravesándole el pecho de parte á parte.

En seguida, inclinando su cuerpo hasta afirmar en el suelo su mano izquierda, evitó la embestida de sus otros dos adversarios que dieron sus golpes en vago; y, retirando su espada del cuerpo de su contrario, que se desplomó como una masa inerte, esgrimióla nuevamente, precisando á retroceder á los dos enemigos que aun se tenían en pie.

Sin embargo, el esforzado joven no pudo impedir que uno de sus contrarios le hundiera el extremo de su puñal en el hombro izquierdo y que Padilla rozara la piel de su cabeza con el filo de su espada.

Pero, aquello no hizo sino encender más los furiosos bríos de Armando, que se lanzó ciegamente á la ofensiva.

Esta agresión inesperada sorprendió á sus ad-

versarios, que retrocedieron varios pasos con una precipitación semejante á la fuga.

El joven, aprovechando este pequeño descanso, bajó su espada y respiró desahogadamente, como para recobrar sus fuerzas.

Los tres hombres entonces se miraron cara á cara, paseando en seguida su vista en torno suyo.

Tres bandidos yacían en el suelo: uno de ellos no daba indicios de vida; los otros dos gravemente heridos prorrumpían á cada instante en ayes lastimeros.

Este espectáculo no fué del agrado del hombre que aun se batía al lado de Padilla; así, juzgando arriesgada la partida, emprendió la retirada.

En vano Padilla, al observar que le abandonaban, exclamó:

—¡Cobarde! no huya usted . . . ¡Cuatro onzas de oro si le matamos! . . . ¡Repare usted! . . . está herido . . . le tenemos vencido.

El hombre, á pesar de esto, sin oírle, llegó á la puerta y desapareció por ella.

Armando, mientras tanto, perdía abundante sangre por la herida del hombro; así, resolvió terminar de una vez.

Mas, no por esto abandonóle su serenidad; al contrario, fijando su vista en el grupo formado por las mujeres, observó que el semblante de Laura se hallaba amoratado, sin duda porque la mordaza la impedía el respirar libremente.

El joven entonces, dando un rodeo para evitar

el encuentro de Padilla, que permanecía inmóvil sin acertar á resolver por qué resolución optar, se acercó corriendo á Laura y con un movimiento enérgico arrancó la mordaza que la asfixiaba, cortando en seguida con el filo de su espada las cuerdas que oprimían sus carnes.

Después, sin pérdida de tiempo, arrojóse contra Padilla, quien, cogido entre la espada y la pared, vió llegado su último momento; pues, comprendía la superioridad de su adversario en el manejo de la espada.

En tal ocasión, sonoros golpes se hicieron sentir á la puerta de la calle, como si intentaran derribarla. Provenían aquellos de gente armada y vecinos que, atraídos por el ruido de las detonaciones y el estrépito de las espadas, acudían á imponerse de su significado.

Padilla, pues, se había dejado atrapar en sus propias redes; sin embargo, se defendía con el coraje y la pujanza de la desesperación.

Felizmente para él, Laura, que se había repuesto ya del ahogo pasajero, hizo oír su voz suplicante intercediendo por su vida.

—¡No le mate usted, Armando! dijo, ¡no le mate usted! Perdónele usted la vida... permita que se escape... basta ya de sangre.

Mas, Armando sin escuchar tan bondadoso ruego, redoblaba sus asaltos.

De pronto, amenazando á Padilla con una estocada baja, á la boca del estómago y trazando en



¡Oh, por piedad, Armando!... no le dé Ud. la muerte...

seguida un molinete con la hoja de su acero, se tendió velozmente á fondo y, antes de que su enemigo tuviese tiempo de barajar el golpe, le atravesó de un lado á otro el brazo derecho junto al hombro.

Padilla dejó escapar de su mano el arma y un abominable juramento vociferó su boca.

Armando recogióse un segundo sobre si mismo, para cobrar bríos; pero, cuando se disponía á tender muerto á Padilla á sus pies, Laura con noble misericordia se interpuso entre ambos rivales y con acento emocionado y uniendo sus manos, exclamó:

—¡Oh, por piedad, Armando! . . . no le dé usted la muerte. . . hágalo usted por mí, por su Laura . . . dispéñese usted la vida, Armando . . . consienta usted que huya . . .

Aprovechando la coyuntura, Padilla se escurrió al lado de Armando, con el propósito de ganar la puerta y escapar.

Pero, con todo, no fué posible evitar que Armando le diera un vigoroso cintarazo en plena mejilla al tiempo que decía:

—Bien; debido á usted, Laura, le perdonaré la vida á ese facineroso; pero, á lo menos que se lleve esto de recuerdo.

Y al decir tales palabras había marcado el rostro de Padilla con su espada.

Este, vacilante, ébrio de vergüenza, llegó junto á la puerta y viéndose, gritó:

—¡Ahí me vengaré! . . . Hoy me han vencido,

pero otro día será mía la partida . . . ¡Teman mi venganza!

Y, en seguida, haciendo oír una especie de rugido salvaje, salió de prisa de la estancia.

—Quizás hayamos hecho mal en no dar muerte á ese hombre, dijo Armando, después de un breve momento de silencio.

—Confíe usted en Dios, le respondió Laura con serenidad.

En esto, la puerta de calle parecía próxima á desquiciarse en fuerza de los continuados y tremendos golpes que recibía.

Las ventanas por idéntico motivo se estremecían estrepitosamente.

Armando corrió á la puerta y la abrió.

Varios hombres de diversas condiciones y armados de todas armas se precipitaron al interior.

Uno de ellos que vestía un uniforme militar de jefe de milicias urbanas y que venía acompañado de algunos guardias cívicos, inició las averiguaciones.

Armando mostró un salvo-conducto de D. Bernardo O'Higgins y relató suscitadamente lo acaecido.

Felizmente, púdose tomar declaración á los dos hombres que yacían heridos; los que confesaron la verdad y aseguraron que el joven se había batido en defensa propia.

A la pregunta que les hizo el jefe sobre quien era el que les había traído á perpetrar tal delito,

replicaron que no lo sabían á ciencia cierta, pero que les parecía que era un señor apellidado Padilla, que gastaba el uniforme de los milicianos nacionales: todo lo cual estaba en conformidad con lo aseverado por Armando y Laura.

En consecuencia, el jefe, después de escuchar las anteriores declaraciones, resolvió llevarse consigo al hombre muerto y á los dos heridos: al primero para arrojarlo en parte donde estorbara menos y á los restantes para tratarlos conforme lo merecían.

Mientras tanto, Armando y Laura se habían retirado á un extremo del aposento y se había cruzado entre ellos el siguiente diálogo:

«Laura había dicho:

—¡Dios mío!..... Armando, usted se halla herido..... usted se siente mal..... ¡bien lo veo!..... ¡Oh, qué desgracia!..... ¡herido!..... ¡y por causa mía!

Mas, el joven, deseoso de tranquilizarla, la había contestado sonriendo:

—No es nada ..... no merece la atención ..... es un rasguño.

—Pero, está usted pálido y con una expresión extraña en su semblante..... yo sufro por usted.

—Hace usted mal en sufrir por mí..... yo no padezco.

El tono de Armando habíase transformado en brusco, áspero.

Laura replicó:

—Usted me oculta su dolor; y esto me inquieta. El joven arrugó el entrecejo y dijo:

—¡Oiga usted, Laura!..... Usted también está pálida.....

La joven le miró, sorprendida.

Armando prosiguió:

—Y, sin embargo, usted no está herida.

Laura no supo qué objetar.

—¡Escuche usted! repuso el joven; pues bien, sufro, pero sufro moralmente.

Armando hizo una pausa; después, mirando con fijeza á la joven, exclamó:

—¿Podría usted decirme, Laura, quién es ese señor Padilla?

Laura se estremeció al observar la fisonomía alterada del joven; sin embargo, posando en él una mirada apacible, dijo:

—Es historia larga, pronto se la referiré, por ahora bien puedo asegurar á usted, que ni aun sé cuál es el color de sus ojos; esto no obstante, él ha jurado que será su esposa, aunque tuviere que luchar contra Dios y los hombres.

Armando se serenó; por más que había indagado el rostro de Laura, sólo había advertido en él el candor y la lealtad.

—Soy un necio en dudar del amor y buena fe de Laura, pensó el joven, la pasión me ciega.

Laura agregó:

—Armando, ¿sería usted tan cruel de no creer en mi cariño?

—¡Oh, no! respondió el joven con exaltación; en el momento en que tal creyera no sé qué sería de mí.

—Gracias, Armando; mas, le suplico que no me hable jamás como lo ha hecho hace un instante..... ¡Eso me desagrada y me hace daño!

Laura alzó su bella cabeza, como solicitando una afirmativa para sus palabras.

Armando contempló á la joven durante algunos segundos; percibió su emoción que comunicaba á su rostro adorable un encanto seductor é irresistible.

—Discúlpeme usted, Laura, se apresuró á exclamar, adquiriendo su acento de voz habitual; y no hablemos más de tal asunto.

Y añadió para sí:

—Dado caso de requerir explicaciones, se las exigiré á él; y, ¡Vive Dios! que nos veremos nuevamente las caras.

A tal punto alcanzaba la conversación entre ambos jóvenes, cuando fué interrumpida por varias personas que se aproximaban.

De más nos parece expresar que la alarma se había exparcido en una buena parte de la villa: quienes en los primeros momentos se habían imaginado que el enemigo se hallaba cercano, quienes que se tocaba á zafarrancho.

Así pues, fué menester emplear á los pocos guardias que existían en el pueblo para contener á la gente que trataba á toda costa de penetrar á la

casa de Laura, para imponerse por ellos mismos de lo sucedido.

Sólo al cabo de una hora larga se logró hacer cobijarse á sus respectivas casas, á los numerosos vecinos y vecinas que, á medio vestir, cuchicheaban en las calles.

Por fin, se desalojó la casa de Laura.

A Armando no solamente se le había dejado en libertad, sino que se le felicitó calurosamente y se le proclamó como á un héroe: todas las bocas referían estupefactas la maravilla de haberse batido el joven con cinco hombres, á tres de los cuales había muerto ó herido y á los dos otros hecho huír.

Unicamente, el que hizo de jefe en las investigaciones, había creído de conveniencia citar á comparendo al joven para el día siguiente ante la sala del Cabildo para que narrara sus proezas.

Eran ya las doce cuando se restablecía la tranquilidad general, y Armando consiguió entonces poder extasiarse á solas en la contemplación de su idolatrada Laura, á quien había salvado su honra de un modo tan valiente y providencial.

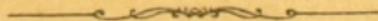
Sólo un testigo tuvo la escena entre los dos amantes que referiremos en el capítulo siguiente y fué la hermosa mulatita, sirvienta de Laura, y cuyo nombre es Sara.

Obvio creemos el decir que hacía ya largo rato que se había desembarazado á Sara de las ligaduras con que la habían sujetado los bandidos y que

no se cansaba de dar gracias á Armando por haber libertado, tan heróica y oportunamente á su joven ama y á ella del poder de tales desalmados.

En prueba de gratitud se dió prisa en hacer la primera curación de las heridas de Armando con gran delicadeza y solicitud, en unión con el farmacéutico del barrio.

Afortunadamente, las heridas no ofrecían gravedad ninguna; y, por lo tanto, eran sobremanera sencillas de curar.





### CAPITULO III.

---

#### LA HERMOSA LAURA.

Armando y Laura se habían sentado, el uno al lado de la otra, en uno de los extensos divanes que había en la sala, en la misma sala que había sido escenario momentos antes de la representación del drama real que hemos descrito en las páginas del anterior capítulo.

Durante el trascurso de algunos instantes guardaron ambos silencio, encantándose placenteramente en su mútua contemplación.

La luz de las bujías que había en la estancia irradiaba sus rostros, poniendo de relieve sus perfectas facciones.

Antes de proseguir en nuestra relación, juzgamos de nuestro deber dar á conocer al lector un pormenor importante.

Explicaremos el abandono relativo en que se hallaba Laura, acompañada tan sólo de su doncella, haciendo saber que era huérfana y que poseía por único pariente á un hermano, cuyo nombre era Luis.

Luis contaba mayor edad que Laura; y se hallaba alistado en las milicias nacionales.

Ahora, Armando y Laura le aguardaban de un momento á otro, pues esta última le había enviado aviso al propio tiempo que á Armando para que viniera á su socorro. Así, pues, no debía tardar en llegar.

Expresado esto, continuaremos adelante.

La sala era extensa y de forma cuadrada. El ajuar que la ornaba y que en nuestros días escasamente merecería calificarse de modesta mediocridad era en aquella época la expresión de un aristocrático lujo y de un esmerado buen gusto.

Sólo en algunas casas de las mejor acomodadas de Santiago se podía admirar salas como la de que nos ocupamos.

El mueblaje era de madera de caoba labrada; y cautivaba en extremo la atención una especie de consola enchapada en bronce, sobre la cual descansaba un valioso reloj de plata cincelada, así como dos candelabros del mismo metal en los que ardían luces de perfumada cera.

Las paredes, la generalidad de las cuales en esos tiempos, ostentaban descaradamente su desnudez y eran sólo cubiertas de cal, lucían las de que tratamos hermoso tapiz de variados dibujos y estaban decoradas por varios cuadros de forma ovalada y encerrados en grandes marcos; cuadros que eran la imagen de algunos personajes de las épocas anteriores, algunos de ellos debidos al pincel del

afamado pintor español Gil, establecido en Lima.

El suelo se veía cubierto por un alfombrado de vistosos colores fabricado en la Ligua; el que conservaba el recuerdo de la sangre derramada momentos antes, en grandes manchas de color rojo.

Trascurridos algunos breves momentos, Armando, arrancándose á su seductor arrobamiento, dijo, fijando en Laura una mirada de indecible ternura:

—Se me figura que despierto en este instante de un sueño terrible, de una cruel pesadilla . . . . ¡Si supiera usted la inquietud que he sufrido, desde el momento en que recibí el aviso de usted . . . . temiendo no llegar á tiempo! . . . Y después, más que mortal inquietud, la angustia y la desesperación, al verla á usted en un peligro tan grande é inminente, contra el cual yo no estaba seguro de vencer con el auxilio de mis escasas fuerzas.

—Gracias, Armando, le respondió Laura, pero, ¡créame usted! que su modo de proceder ha quedado grabado para siempre en mi corazón.

La joven hablaba con adorable ingenuidad; Armando se conmovía visiblemente, escuchándola.

Laura prosiguió:

—¡Y yo también he sufrido, como usted! Al principio por mí misma, pues creyéndome perdida, estaba á punto de morir de desesperación. Pero, después cuando, ante mi vista, se batía usted tan valerosamente contra los que por todos lados le

atacaban, olvidándome del propio riesgo que yo corría, no pensé sino en usted, á quien en mi terror me figuraba á cada momento ver sucumbir y caer bañado en sangre. Ese color amoratado que usted percibió en mí y fué cuando acudió á mi lado y me arrancó la mordaza que usted creyó que era la causa de mi asfixia, era producido solamente por la impresión violenta que recibía en ese momento, padeciendo de una manera tan excesiva por usted; pues, por lo demás, la mordaza no me impedía el respirar libremente y las cuerdas tampoco me oprimían demasiado. Felizmente, al verle á usted sano y salvo, junto á mí, comprendí que el peligro había desaparecido en su mayor parte, puesto que sólo quedaba ya un enemigo en pie; y esta agradable idea, y no otra cosa, fué lo que me hizo volver á mi estado normal.

Armando absorvía con amante avidez las palabras de la joven. El tono conmovido de su voz y la encantadora sencillez con que sin advertirlo ella misma confesaba su ardiente pasión hacia el joven, trastornaron á éste con la embriaguez del amor.

En un arranque de pasión, cojió una de las delicadas manos de la joven, que estrechó ardorosamente entre las suyas; y, aproximando sus labios á su oído, murmuró con acento enamorado:

—¡Cuánto te amo, bien mío!

Y al decir estas palabras rozó con su rostro el semblante de la joven.

Armando observó que Laura se había estreme-

cido con un movimiento nervioso... al mismo tiempo que la palidez invadía su rostro, palidez que desapareció rápidamente para convertirse en virginal rubor.

Armando comprendió que se había dejado conducir demasiado lejos por la vehemencia de su amor.

—¡Oh, perdóneme usted, Laura, si la he ofendido! dijo, con acento suplicante; perdóneme usted, por piedad.

La joven, después de un momento de silencio, levantó su graciosa cabeza y fijó en Armando sus grandes ojos, humedecidos por dos cristalinas lágrimas.

Armando redobló sus súplicas:

—¿Me perdona usted?... Créame; no me culpe á mí sino al exceso de mi pasión; hay veces en que me es muy difícil dominarme; pero, usted es bondadosa, ¡bien lo sé! usted me comprende y me disculpa, ¿no es verdad?

La joven entreabrió sus labios con una hechicera sonrisa y Armando logró oír un sí delicioso que se escapaba por ellos.

Mas, aquello bastó para que ambos jóvenes volvieran al sentimiento de la realidad.

Hasta ese momento sólo habían hablado de su mutuo amor ... pero, el tiempo se deslizaba veloz: pues, era ya más de la media noche y aun quedaban muchos problemas que resolver.

Por lo demás, el arrebató amoroso de Armando era bien comprensible, atendidas las circunstancias.

¡Ambos, jóvenes y bellos, poseídos de delirante pasión y próximos á santificar ésta por la bendición sacerdotal!

Sus confidencias de amor, como ya hemos dicho, no tenían otro testigo que la mulatita Sara que sentada en un taburete bajo, casi á los pies de su ama, se entretenía en preparar vendajes para las heridas de Armando.

Armando no cesaba de contemplar á Laura: jamás le había parecido más regia, más seductora que en aquella noche.

Había visto excitarse su rostro con las más nobles y apasionadas expresiones que la daban un encanto fascinador.

Y, en efecto, la joven era extraordinariamente bella y justificaba el nombre con que todos la conocían: «La hermosa Laura.»

Su rostro era blanco pálido, animado en algunas ocasiones en sus mejillas por un suave tinte color de rosa.

Sus facciones eran perfectas y delicadas. Sus ojos de color pardo, orlados de largas pestañas y de finas y arqueadas cejas, eran grandes, brillantes y expresivos; tan pronto miraban con expresión soñadora, húmedos y melancólicos, como con una firmeza y penetración que indicaban un carácter enérgico.

Su cabello de color castaño oscuro, rizado con exquisito arte, caía, conforme á la moda entre las jóvenes solteras, en hermosos bucles sobre su espalda y hombros.

Sus esbeltas formas, se hallaban ceñidas por un vestido color celeste con ribetes blancos, cuyo descote y mangas recortadas permitían admirar en toda su esplendor la morbidez de su albo cuello y de sus torneados brazos.

La saya caía desde la cintura en ondulantes pliegues; pero por su corta longitud dejaba en descubierto unos dos piecitos primorosamente calzados, cuyas líneas modeladas con arte subían por el nacimiento de la pierna hasta ocultarse coquetamente bajo la falda.

Y si á la belleza física se agrega la simpatía que irradiaba de su picaresca fisonomía, el tono de su voz que sabía adquirir las más variadas modulaciones al influjo de su alma sensible y los movimientos graciosos de su cuerpo impregnados de voluptuosidad, se puede escasamente formar una idea aproximada de lo que era Laura, la bella criolla.

La conversación entre ambos jóvenes, interrumpida por algunos segundos, continuó nuevamente; pero, hablaron de cosas bien diversas que de amor: hablaron de sus esperanzas y de sus temores...

La situación era difícil: Laura estaba amenazada por Padilla y se hacía necesario defenderla; la

guerra por otra parte había dado comienzo á sus hostilidades: el porvenir se presentaba negro, amenazador.

Armando y Laura se hallaban impacientes: aguardaban con ansiedad la llegada de Luis.

Después de la muerte de sus padres, había vivido Laura en compañía de una tía anciana en la hacienda denominada «El Huemul», de propiedad de los hermanos Godoy, y que se extendía á corta distancia de Rancagua; pero, últimamente había fallecido también la tía; así que la joven Laura no tuvo más amparo que el de su hermano Luis; felizmente, ambos jóvenes se dispensaban solícito afecto.

Así pues, se comprenderá la zozobra con que esperaba Laura la llegada de su hermano: temerosa de que le hubiera ocurrido algún accidente fatal.

La joven miraba incesantemente el reloj.

De pronto, dijo:

—¡Qué desventura tan inmensa sería, Armando, lo que Dios no permita, que perdiera á mi hermano Luis! ¿Qué sería de mí, sola, abandonada en el mundo?

Armando frunció ligeramente el ceño; irguióse, luciendo toda su arrogante figura, y dijo:

—¿Cómo, Laura? qué dice usted? usted me ofende... ¿acaso ya se ha olvidado usted de mí y de nuestro compromiso?

—¿Olvidarme de nuestro compromiso? repitió

la joven con entereza. ¿Es usted capaz de imaginárselo?...

Y, después de una pequeña pausa, prosiguió:

—Nada de eso... al contrario...

—¿Y entonces?... interrogó Armando.

—Es que... respondió la joven, usted... todavía...

—¡Ah! exclamó Armando, observando el lenguaje entrecortado de Laura y su ruborosa confusión, ya comprendo: yo no soy nada aun para usted; á lo menos ante el mundo, no cuento con ningún derecho para protegerla, hasta tanto que no sea su esposo... tiene usted razón...

La joven bajó la cabeza para ocultar su rubor.

Armando prosiguió, aparentando no haber reparado en la turbación de la joven:

—Bien; pero, esto tiene facil remedio. Quiere decir, que podemos acelerar nuestra boda, ¿no le parece á usted así, Laura?

La joven miró á Armando con una mirada de agradecimiento, por haberle adivinado é interpretado su pensamiento de un modo tan perfecto; evitándole de esta suerte una confesión de su parte.

El joven renovó su pregunta:

—¿No es éste su deseo?

Laura miró nuevamente á Armando y, entre confusa y risueña, dejó oír un segundo sí, semejante al que había pronunciado anteriormente.

—Gracias, Laura, repuso el joven; pero, créame usted, mis deseos son tan vehementes como los

suyos... quizás aun mucho más... sin embargo, mi opinión es retardar esa boda.

—¿Por qué? preguntó la joven.

—Por un motivo que... si usted me permite, la hablaré con entera franqueza....

—Ya lo creo que sí; pero, por favor, hable usted pronto que me tiene ya con verdadera inquietud.

—Pues bien, sea; estamos en guerra, en guerra por la causa más noble y santa que existir pueda, por causa de la independencia nacional...

—¿Y bien? interrumpió la joven.

—La batalla se acerca, y, según es de presumir, será reñida; habrá muchos muertos y heridos; y como yo no seré de los rehacios ni trataré de evitar el peligro... sino que al contrario me batiré en primera fila... es probable... que...

Y el joven calló, como cortado.

—¿Qué? repitió ansiosamente Laura.

Armando continuó:

—Sencillamente, dijo, que quede tendido en el campo.

—¡Dios mío! exclamó Laura. ¿Tiene usted valor para decírmelo? y con tanta calma?

La joven se había visiblemente emocionado.

Armando dijo:

—¿Usted se admira de mi serenidad? Pero, usted no reflexiona. Debe usted pensar que á un militar le es preciso, á todas horas, estar dispuesto á perder la existencia y que antes de sen-

tar plaza de soldado necesita haber hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Y, en seguida, añadió, como para disipar el disgusto que las anteriores palabras pudieran haber producido en la joven.

—Pero, sepa usted, Laura, que si tal desgracia me acaeciera puede usted abrigar la certidumbre de que mi último pensamiento, el postrer suspiro de mi vida, será para usted; y si sentiré dejar este mundo no ha de ser por mí personalmente, sino por lo que se relaciona mi vida con la suya, por dejarla á usted abandonada á su propia suerte y por perder la existencia en los momentos en que estoy en vísperas de alcanzar el paraíso terrenal.

Y al decir estas palabras miró á la joven con ternura, mirada que Laura devolvió agradecida.

Armando prosiguió al cabo de unos cuantos instantes:

—Así, continuando en la explicación de mi idea, le diré que no quiero dejarla á usted viuda recién verificado nuestro enlace y que mi opinión es que conviene postergar éste hasta la terminación de la guerra.

La joven hizo con su bonita cabeza un movimiento negativo y con un tono de voz suave y triste, dijo, temblando ligeramente:

—¡Bien se ve! Usted no me quiere, como dice.

Armando creyó notar cierto despecho en el acento de Laura.

Sin embargo, replicó sencillamente:

—¿Y por qué?

Mas, la joven no respondió; pues, en ese momento se oyó el galope de varios caballos.

—¡Ahí viene mi hermano! exclamó alborozada, poniéndose en pie.

Los caballos se detuvieron á la puerta de la casa. Armando habíase quedado pensativo.

De pronto, levantóse y, colocándose delante de Laura, dijo con firmeza:

—¿Por qué me ha dicho usted eso?

Laura dudó un segundo; pero, luego, al observar la vehemencia del deseo con que el joven aguardaba la respuesta, contestó con encantadora sencillez:

—Porque no soy de su parecer.

Y se precipitó corriendo hacia la puerta.

Ya Sara le había ganado la delantera y había abierto la puerta de calle.

Un hombre, embozado en una ancha capa, atravesó el umbral: era Luis.

Laura lanzó un grito de júbilo.

Ambos hermanos se abrazaron con efusión.

En seguida Luis, quitóse el embozo de la capa y se dirigió presuroso á la sala, seguido por Laura.

Aun permanecía en ella Armando, inmóvil y reflexivo.

Una idea torturaba su cerebro.

El joven se había dicho:

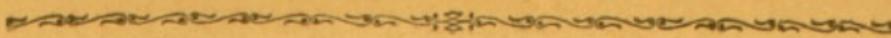
—O Laura es una gran coqueta ó me ama demasiado.

En la imposibilidad de resolver la cuestión, se había contentado con exclamar:

—¡Dios quiera que sea lo último!

En ese momento entró Luis.





## CAPÍTULO IV.

---

### PRESAGIOS SINIESTROS.

Ambos jóvenes se saludaron con un cordial apretón de manos.

En seguida, Luis, reparando en el burujón que tenía Armando en el hombro, y que era formado por las vendas, uno de cuyos extremos asomaba junto al cuello, dijo:

—¿Qué diablos tiene usted aquí, Armando?

Y, acompañando la acción á la palabra, descargó su manaza sobre el hombro de Armando.

Porque hay que advertir que Luis tenía la mano proporcionada para su cuerpo; y era éste el de un pequeño gigante de veinte y tres años.

Por lo demás, y trazando su fisonomía á grandes rasgos, diremos que su semblante era, sino perfecto, á lo menos regularmente formado y rebosaba jovialidad y franqueza.

Vestía con gran despejo y donaire un uniforme militar semejante al de Armando.

Este no pudo evitar un gesto de dolor al sentir el peso de la mano de Luis sobre su herida; sin embargo, disimuló y dijo:

—No es nada.

Pero, al mismo tiempo Laura exclamó:

—¿Cómo? . . . no es nada? . . . ¡Oh, tenga usted cuidado, Luis; no sea usted brusco; repare usted que está herido Armando!

—¿Hola, herido? dijo Luis.

—Sí, repuso Laura, herido. Y, ¡figúrese usted! eran cinco hombres contra él y sólo dos han escapado.

—¡Demonios! replicó Luis, debe ser historia interesante.

—¡Ah, usted no sabe Luis, continuó Laura con volubilidad, cuánto hemos sufrido estas dos horas últimas, qué peligro tan serio hemos corrido! . . . ¡Atacadas por ese facineroso de Tristán Padilla y por otros bandidos de su ralea, que nos tenían ya agarrotadas á mí y á Sara y nos amenazaban con violencias infames! . . . ¡Si no es por la valentía de Armando, ¡pobre de nosotras! estaríamos ya muertas ó llorando nuestra desgracia! . . .

El rostro de Luis habíase transformado en serio; su entrecejo se frunció.

—¡Ah! ¡ah! murmuró, entonces el atentado ha sido más grave de lo que pensaba.

—Pero, dijo Laura, ¿por qué no ha venido usted antes, Luis? por qué no ha acudido á mi socorro? Esto es incomprensible . . . temíamos ya que le hubiera sucedido alguna desgracia.

—Laura, respondióle el joven, usted no es capaz de imaginarse debidamente, cuánto he rabiado

y me he desesperado por no haberme sido posible acudir oportunamente á su llamado, pero Dios así lo ha querido, pues en el momento en que me dirigía al cuartel general para pedir la correspondiente licencia recibí una orden de la comandancia general, para que marchara sin tardanza y contra todo evento á espiar el avance del ejército enemigo de cuya proximidad se tenía noticia.

“Me hallaba en esa circunstancia á una legua del campamento y por lo tanto sin medios de comunicación posible. Así, pues, me ví obligado, oprimiéndoseme el corazón, á cumplir con la ordenanza; y partí al galope, con el piquete de tropa á mis órdenes, en dirección al sur.

“Felizmente no tuve necesidad de avanzar mucho, pues al cabo de poco rato, dimos con las avanzadas enemigas, las cuales por poco no nos cogen de sorpresa. Gracias á la oscuridad evitamos un encuentro que hubiera sido peligroso para nosotros, atendido nuestro corto número, y dando algunos rodeos, pudimos cerciorarnos del avance de los realistas y de la dirección aproximada de su marcha.

“Esto sabido emprendimos el regreso á la carrera. Sin embargo, de pronto nos encontramos, con que nos cerraba el paso un escuadrón enemigo que nos había seguido la pista y trataba de cercarnos.

El joven hizo una pausa.

—¡Dios mío! exclamó Laura. ¿Y se batieron?

—¡Ya lo creo!

Armando se acercó con curiosidad.

—Veamos, dijo, ¿cómo fué eso?

—¡Oh, sencillamente: nos abrimos paso á filo de sable por en medio del enemigo. Sin embargo, tuvimos cuatro hombres muertos y un herido. Por parte de los realistas creo que las pérdidas han sido superiores; pues, yo tan solo, derribé á dos de los contrarios: al uno de un hachazo y al otro de un tiro de pistola.

—¡Oh, oh! perfectamente, dijo Armando.

Laura exclamó:

—¡Qué suerte, Luis, haber escapado usted sano y salvo!

—Así es, repuso éste.

En seguida, continuando en la narración, prosiguió:

—Finalmente, llegamos al cuartel general, donde recibí calurosas felicitaciones por el feliz éxito de mi cometido.

—Yo también le felicito, dijo Armando interrumpiéndole.

—Gracias, amigo. Del mismo modo yo á usted y con mayor razón.

—Esto es cuestionable.

—Con que, aquí me tienen ustedes, aprovechando un permiso de pocas horas; sin haberme desmontado del caballo hasta este momento, desde hace ya diez horas y medio muerto de sed, de hambre y de fatiga.

Y al concluir de decir estas palabras se dejó caer el joven sobre una silla de brazos con aire de cansancio.

Laura que había escuchado con ansiedad el relato de su hermano, se acercó entonces á él y acariciándole el rostro con su manecita, le dijo con voz afectuosa:

—¡Buen hermano mío! Ahora comprendo por qué ha llegado usted tarde. . . Con razón suponía yo que algo grave sería la causa.

Después, mudando de tono, agregó:

—Mas, ¡qué felicidad! Ambos nos hemos librado de los riesgos que hemos corrido hoy día: Dios nos protege; no hay duda.

Aprovechando una pausa que hizo Laura, se apresuró Armando á decir:

—Ahora, Laura, ya me es permitido retirarme sin cuidado, pues la dejo en compañía de su hermano.

É hizo el joven ademán de despedirse.

Pero, Luis, deteniéndole por uno de sus brazos, le dijo:

—¡Oh, no! aguarde usted; nos iremos juntos.

—Tengo que regresar al campamento, replicó Armando.

—Y yo también, repuso Luis.

—Pero, sin pérdida de tiempo.

—Yo, otro tanto, sin tardanza.

—Es ya más de media noche.

—¿Y bien?

—Que á las dos he de estar en él.

—Aun no es hora de marchar.

—Mas, falta poco.

—Y, además, tengo cosas muy graves que comunicarle.

—¿Relativas á mí?

—Eso es, que se relacionan con usted.

—Si es así me quedo, dijo Armando, sentándose tranquilamente.

—Es decir, rectificó Luis, se trata de Laura.

—¿De mí? interrogó Laura, que había seguido con interés el diálogo entre ambos jóvenes y estaba dispuesta á apoyar á su hermano.

—Sí, de usted, Laura, dijo éste. Se trata de que mañana habrá combate en las calles de Rancagua; así, conviene que salga usted cuanto antes de aquí.

La joven palideció y dijo:

—Dice usted que... mañana habrá combate... Y tembló ligeramente.

Armando se contentó con decir:

—¿Le parece á usted, Luis, que nos batiremos mañana en Rancagua?

—No, no me parece... es seguro.

—Usted se equivoca, ¿cómo puede ser eso?

—¡Demonios! exclamó Luis, aguarden á que me explique.

—Aguardando estamos, dijo Armando

—Pero, ¡qué diablos! replicó Luis con su voza-

rrón de coloso; estoy más muerto que vivo, no tengo fuerzas.

—¡Ah! cierto, dijo Laura, usted tiene hambre y sed.

—Cabal; y es usted tan poco amable hermana mía que, sabiendo usted la triste situación de mi estómago, no es capaz de ofrecerme un bocado para que se regocije.

Y, al decir esto, adoptó un aspecto triste y se acarició el estómago con unos cuantos golpecitos delicados de sus grandes manos.

—¡Oh, usted se equivoca, Luis! exclamó la joven; dos veces he estado ya por hacerlo, pero ustedes no me han dado lugar con su conversación.

—Pues, aun es tiempo á fe mía.

—Pasemos al comedor.

—¡Santa palabra! exclamó Luis, alegremente.

Todos se dirigieron á una pieza contigua, donde Luis se dedicó á la caza de comestibles, inspeccionando con gran proligidad las mesas y alacenas, las que, al cabo de poco, quedaron completamente devastadas.

—Mientras tanto, había dicho Luis, yo recobro mis fuerzas, ustedes me van á narrar el asalto de esta noche.

Armando y Laura, cumplieron sus deseos, relatando lo sucedido, al propio tiempo que acompañaban á Luis en su cena con gran parquedad.

Luis escuchó con atención y cuando concluyeron dijo:

—Ese Padilla es un hombre temible; le conozco lo suficiente para estar seguro de que nos va á dar quehacer; ha sido un error haber permitido que huyera.

En seguida, añadió:

—Pero, ¿cómo supo usted, Laura, que sería atacada esta noche?

—Es decir, contestó la joven, existían motivos para sospechar que tal sucediera; pero, no había razón fundada.

—¿Por qué? preguntó Luis.

Laura respondió:

—En el día, un hombre vino á verme que dijo tenía que participarme algo muy serio. Era un antiguo peón de nuestra hacienda. Me expresó que nos había cobrado mucho afecto á nosotros por nuestro trato bondadoso.

—¿Cuál es su nombre? interrumpió Luis.

—Bernardo Olivos. Quedó de volver y entonces le recompesaremos.

—Es muy justo.

Laura continuó:

—Trabaja en una posada, situada á la salida del pueblo, en la calle de Cuadra. Pues bien, me refirió que hacía algunos días que se hallaba hospedado en ella un señor de apariencia sospechosa. Había llegado en traje de militar, traje que abandonó después por el de paisano. Cultivaba trato con gente de mala traza; lo que le dió á suponer que sería algún bandido disfrazado. Finalmente,

esta mañana se había acercado á Bernardo y después de algunos rodeos y palabras amistosas le había propuesto si quería acompañarle en una empresa para la noche. El se había disculpado del mejor modo que imaginar pudo, prometiendo acompañarle en otra ocasión. En seguida, se vino directamente á esta casa á darme aviso de sus temores; pues, por la conversación habida entre ambos había creído deducir que se trataba de mí.

—Esto sólo era una conjetura, observó Luis.

—Pero, objetó Laura, el día anterior me había visto Dadilla á través de la ventana y momentos más tarde tuvo la osadía de introducirse á esta casa.

—¡Hola! exclamó Luis. ¡Con que tuvo tal descaro el bribón! Y ¿qué vino á hacer aquí?

Armando estaba impaciente y no trataba de ocultarlo.

—Por favor, concluya usted pronto, Laura, dijo; esta conversación me fastidia.

—Bien, Armando, repuso Laura, concluiré. Pues, á lo que parece, pretendía nada menos que ser recibido por mí de visita; seguramente con el propósito de pedirme una segunda vez en matrimonio. No tuve otro recurso que enviarle recado de que tuviera la bondad de retirarse y de que yo no me hallaba visible para él en esa ocasión; que tuviera á bien dispensarme. Sin embargo, según me refirieron después, no salió antes de haber proferido toda clase de insolencias.

—¡Miserable! dijo Luis, al propio tiempo que engullía un enorme trozo de fiambre.

Armando jugaba nerviosamente con la empuñadura de su espada.

Laura continuó:

—Por lo tanto, recordando esto, al recibir el aviso del hombre en cuestión creí que efectivamente se tratara de mí; y, en consecuencia, determiné llamar á ustedes en mi socorro.

—¡Ah, ahora comprendo! exclamó Luis.

—Pero, dijo Armando no bien hubo terminado de hablar la joven, ¿hasta cuándo come usted, Luis? El tiempo corre y aun no hemos hablado de lo más importante.

Luis, que había dado ya buena cuenta de las viandas, apuró de un sorbo el resto del contenido de una jarra de vino; y, en seguida, dijo:

—Ya he concluído.

—¡A buena hora! exclamó Armando.

—Se trata, prosiguió impertubablemente Luis, de que es preciso que salga inmediatamente Laura de esta casa.

—Pero, ¿por qué? interrogó la joven, sorprendida.

—Ya lo he dicho: mañana tendremos combate aquí; ó más propiamente hoy día, puesto que ya es más de la media noche.

La joven meditó un momento; después, dijo:

—Esa no es una razón.

—¿Qué nó? exclamó Luis, ¿dice usted que no es esa una razón?

—Explíquese usted, Luis, dijo Armando.

—Bien, así lo haré. Pues, á la madrugada de hoy estará el ejército enemigo en las márgenes del Cachapoal.

—Perfectamente, dijo Armando.

—Atravesará el río, continuó Luis, sin dificultad ninguna.

—¿Cómo? sin dificultad? Al contrario; habrá batalla.

—Digo que no, que lo atravesará y que nosotros nos veremos obligados á encerrarnos aquí, en Rancagua; donde moriremos todos desde el primero hasta el último.

Laura se estremeció y miró inmutada á Armando.

Este dijo, sencillamente:

—¡Eso lo veremos!

—Digo que moriremos todos, repitió Luis, alzando la voz: moriré yo, morirá usted, Armando, y morirán todos los patriotas.

—¡Oh, Luis! exclamó emocionada la joven, ¡calle usted! ¡no hable usted de ese modo!

—Está usted lúgubre esta noche, Luis, añadió Armando.

—Mas, por desgracia, no hablo sino la verdad.

Hizo una pausa Luis y, en seguida, agregó:

—Dígame usted, Armando: ¿será usted lo suficiente cobarde para rendirse?

Armando palideció.

—¿Cómo, Luis? qué dice usted? dijo.

Y su mirada se tornó feroz y su acento de voz irritado.

Luis replicó.

—Conteste usted, tranquilamente.

—Pues bien, no, respondió Armando.

—Yo tampoco.

—¿Y bien?

—Que entonces estamos perdidos.

—¡Ah! exclamó Armando, serenándose.

Y, acto continuo, repuso:

—Luis, hasta ahora no ha hecho usted sino hablar á medias palabras y en un lenguaje entrecortado. Pues bien, le advierto que no concluiremos jamás si no hace usted el servicio de expresarse con sólidas razones. Se trata de lo principal: dice usted, Luis, que es necesario que Laura se aleje de Rancagua esta misma noche, ¿no es verdad?

—Sí, respondió el joven.

—¿Para dirigirme á donde? preguntó Laura. ¿Á la hacienda?

—Sí, á “El Huemul”.

—Pues bien, dijo Armando, antes de que discutamos eso, exponga usted claramente nuestra situación, Luis.

—Vaya, lo haré, repuso éste. Digo que Laura debe abandonar inmediatamente á Rancagua, porque mañana habrá bombardeo, matanza, incendio y poniéndonos en el caso más probable de que

los realistas entren vencedores á la plaza, las mujeres, los niños y los ancianos, todos están expuestos...y en especial las primeras, á los furores de una soldadesca desenfrenada y embriagada con el triunfo y la sangre.... ¿Comprenden ustedes, ahora?

—¡Dios mío! exclamó Laura, está usted insoponible, Luis.

—¿Por qué? dijo éste. ¿Porque pinto la futura realidad con su terrible colorido? porque busco un medio de salvación? porque trato de librarla á usted, Laura, de la catástrofe que nos amenaza?

—Pero, replicó Armando, usted no se expresa como debe, usted no apoya en razones sus temores, nos es lícita por lo tanto la duda.

—Bien, dijo Luis, digo que saldremos derrotados, porque ellos son muchos y nosotros pocos, ellos vienen perfectamente armados y nosotros carecemos de armas, ellos son gente disciplinada y nosotros unos pobres reclutas que escasamente contamos con nuestro valor.

—Sin embargo, repuso Armando, aun esto no es un argumento sólido: es un simple parecer. Lo que vale, son las cifras, los datos precisos.

—Pues, dijo el joven, referiré entonces las palabras que oí pronunciar á O'Higgins en mi presencia.

—¡Ah! ¡diablo! exclamó Armando. ¡Al fin! Por ahí debió haber empezado usted. Y ¿qué dijo?

—Dijo: “Mañana, pues, tendremos combate. Creo que nos veremos precisados á encerrarnos en Rancagua, donde resistiremos hasta la muerte;

pues, por lo que respecta á la defensa del río, la creo imposible. Aun no podemos determinar con certeza á cuál de los vados se dirige el enemigo; pero, si lo hace al de las Quiscas, que está indefenso, nos dejará burlados” En seguida, después de una pausa, añadió: “¡Pobre Rancagua! verdaderamente siento que vaya á quedar reducida á escombros”.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo Armando, meditabundo. Esto es serio; según parece, estamos perdidos.

—¡Ah, al fin se convencen!... Y si á la opinión de O’Higgins, agregan ustedes la mía propia, en lo poco que vale, se convencerán más todavía. Pues, yo he visto con mis propios ojos, el gran número de tropas enemigas, su equipo militar y su temible aspecto, al paso que entre nosotros los más son reclutas indisciplinados, que ni aun saben marchar y que si tienen un mal fusil no han aprendido aun á servirse útilmente de él.

—Cierto es lo que usted dice, Luis; pero, ¡vive Dios, que son reclutas que darán quehacer á veteranos!

—Tal espero; y que moriremos todos matando al pie del cañón.

Laura se hallaba nerviosa y se mordía con impaciencia el labio inferior.

De sus ojos tristes, pero de ardiente expresión, parecían brotar ya las lágrimas; á despecho de la joven que hacía esfuerzos por contenerlas.

—Es de creer, dijo, que tengan ustedes empeño en contrariarme, prolongando de esta manera una conversación que saben que no es de mi agrado.

Ambos jóvenes miraron entonces á Laura y observaron su emoción.

—Pues, terminemos, dijo Luis. Con que, Laura, dispóngase á partir inmediatamente para “El Hue-mul”; á la puerta tengo un sargento de mi confianza que la acompañará hasta ahí. Hay tiempo disponible hasta el amanecer.

—Es inútil, respondió Laura.

—¿Inútil, el qué? preguntó Luis.

—Que trate usted que salga de aquí.

—¿Lo ha pensado usted?

—Sí.

—Y ¿está usted resuelta?

—Enteramente.

—¿Quiere usted exponerse á los percances de un sitio, á los estragos de un asalto? quiere usted entregar su vida y su honra á la merced del enemigo?

—Digo que estoy resuelta, repitió la joven.

Y su voz era firme y su acento enérgico.

—Y ¿por qué razón? preguntó Luis.

—¿Dice usted, Luis, repuso Laura, que mañana habrá combate aquí y que han de morir ustedes batiéndose hasta tanto alienten el último resuello?

—Sí.

—Pues bien, yo quiero correr la misma suerte que ustedes.

Luis y Armando se miraron sorprendidos.

El primero dijo:

—Esto no lo permitiremos.

Armando agregó:

—Usted no reflexiona, Laura; usted arriesga inútilmente la vida.

Laura irguió su preciosa cabeza; sus ojos se secaron, y su mirada adquirió una energía y expresión extrañas.

—Digo que quiero exponerme al mismo peligro que ustedes, repitió.

Y su voz era sonora y su ademán imponente.

—¿Qué opina usted de esto, Armando? preguntó Luis.

—Opino, contestó el interrogado, que será necesario acatar su voluntad.

Laura dirigió al joven una mirada de agradecimiento.

—¡Ah, ya comprendo! exclamó Luis. Ustedes son dos enamorados y están de acuerdo en contra mía.

La joven se ruborizó.

—No es eso, dijo, pero . . . .

Luis la interrumpió:

—Es inútil que lo niegue; usted se traiciona. Confiese, de una vez, Laura: ¿no es verdad que usted no quiere separarse del lado de Armando?

Laura vaciló un momento antes de responder; después, con firmeza, dijo:

—¿Y bien? Sí; es verdad.

—¿Y prefiere por lo tanto exponerse á morir antes que abandonarle en el peligro?

—Sí, efectivamente, dijo la joven con resolución.

Armando pasaba de la sorpresa á la admiración.

—¡Vive Dios! pensó, me quiere más de lo que yo imaginaba; ya no me es posible la duda . . . ¡Esto sí que se llama una prueba de amor!

—¡Hola! exclamó Luis, entre asombrado y burlón, ¿con que se han vuelto ustedes dos amantes tortolitos? . . . Y ¿cuándo es la boda?

A esta pregunta, formulada con tan ruda franqueza, Laura bajó la cabeza sin saber qué replicar.

Pero, Armando exclamó en el mismo instante:

—¡Oh, cuanto antes! Aun, si fuere posible, mañana mismo.

La joven envolvió á Armando en una mirada de inmenso amor, que trastornó á éste, embriagándole de voluptuosa pasión.

—¡Hola, hola! dijo Luis; pues, entonces que Dios les acompañe.

—¡Tiene usted razón, Luis, observó Armando con gravedad; ¡Dios protege á los amantes!

En ese momento, se oyeron fuertes golpes á la puerta de calle.

Instantes después era introducido un hombre vestido pobremente y cubierto por un poncho y sombrero de pita de grandes alas.

Al verle Laura exclamó con alegría.

—¡Ese es mi salvador!

Y corrió á su encuentro.

Luis y Armando levantáronse de sus asientos y rodearon al recién llegado.

Era éste un hombre como de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, de facciones toscas y de rostro tostado por el sol.

Trascurridos los primeros momentos dedicados á expresar el agradecimiento por el servicio hecho á Laura, ésta dijo:

—¿Y qué le trae á usted por aquí, Bernardo, á estas horas?

—Traigo noticias, contestó éste.

—¿De quién? de Padilla?

—Sí.

—¿Son buenas ó malas?

—Ustedes dirán.

—Hable usted, amigo, dijo Luis.

—Pues se halla ausente de la villa, repuso Bernardo.

—¿Quién? Padilla?

—Sí, el oficial.

—¿Y, á dónde se habrá dirigido? preguntó Armando.

—Ha ido á reunirse con los godos.

—¿Con el ejército realista? interrogó Luis.

—Precisamente, respondió Bernardo.

Luis dió una tremenda patada contra el suelo con la planta de su bota, arrojó un horrible voto y, dando un puñetazo con su diestra en la mesa que tenía á su lado, dijo con acento desesperado:

—¡Pues, estamos perdidos!

—¿Por qué? preguntó Armando.

—¿Por qué?... repitió Luis sarcásticamente. ¡Curiosa pregunta! Porque mañana atacará Padilla á Rancagua, junto con los godos sarracenos; porque esta casa será el objeto de sus furores y si triunfan los realistas y entran á la plaza no habrá salvación para Laura.

—¡Dios mío! exclamó la joven, entrecruzando sus manos.

—Sí, es una gran desgracia, dijo Armando; pero, no debemos alarmarnos en demasía... ahí buscaremos una escapatoria á su debido tiempo.

Luis no replicó, y volviéndose hacia Bernardo dijo:

—¿Cómo ha sabido usted esto, amigo?

—Hará ya unas dos horas, respondió éste, que llegó á la posada ese señor Padilla. Venía sumamente agitado, y con un genio endemoniado: y no era para menos; pues, traía herido el brazo derecho y su espada había salido de la vaina.

“Hizo que le curaran la herida; en seguida, aprovechando un momento en que quedamos solos, me confesó que le había ido mal en la empresa; pero, me aseguró al mismo tiempo que se había de vengar. Me preguntó entonces si yo era realista ó patriota; yo evadí la respuesta y le dije que era hijo de españoles. Me refirió en seguida que el ejército realista estaba en la proximidad de Rancagua y me propuso que le acompañara y que fuéramos á ingresar en sus filas; agregando que era seguro que

habían de vencer á los patriotas y que se resarciría en tal caso á su entera satisfacción del fracaso de esta noche; y que á mí me recompensaría pródigamente. Yo le respondí que de mil amores le acompañaría, pero que, por varias razones que alegué, no me era posible ausentarme de la ciudad. En consecuencia, tuvo que marchar él solo, y al cabo de poco rato salía de la posada.

“Momentos después tenía noticia del asalto de esta noche con todos sus detalles, y resolví venir á comunicarles las novedades que sabía respecto de Padilla... Lo único que siento, es no haber avisado oportunamente á la autoridad para que le prendieran.

—Gracias, amigo, dijo Luis; usted se ha portado de un modo leal y honrado; nosotros sabremos recompensarle.

En seguida, añadió:

—Laura, ¿siempre persiste usted en permanecer en Rancagua?

—Siempre, contestó la joven.

—Bien, sea lo que Dios quiera.

Armando dijo:

—Yo cuento con más de veinte hombres que valen por cuarenta y que sabrán defender á Laura.

—¡Pues, en marcha! exclamó Luis, dirigiéndose á Armando; ya es hora de regresar al campamento.

—¡En marcha! repitió Armando.

Y fué en busca de su caballo, que le aguardaba

plafando en el patio de la casa, y le sacó á la calle.

Luis se acercó á Bernardo y le dijo:

—A usted, amigo, le voy á confiar la custodia de mi hermana Laura, hasta mi regreso que lo efectuaré mañana. ¿Quiere usted encargarse de ello?

—Con mucho gusto, respondió Bernardo.

—En adelante, continuó Luis, vivirá usted con nosotros y espero que no nos abandonará jamás, ¿es esto de su agrado?

Bernardo hizo un expresivo gesto de asentimiento y una sonrisa de júbilo iluminó su rostro.

Luis ausentóse durantes algunos instantes y volvió trayendo un fusil con su correspondiente bayoneta y tornitura, que puso en las manos de Bernardo.

—Tome usted este pequeño obsequio de mi parte, dijo.

—Gracias, señor, mil gracias, balbuceó el hombre, volviendo y revolviendo el arma entre sus manos nerviosas y mirándola con ojos resplandecientes.

—¿Sabe usted su manejo? preguntó Luis.

El hombre se sonrió.

—He hecho la campaña anterior, dijo, donde conquisté el grado de sargento.

—¡Hola! ¡Pues, mejor que mejor!

En ese momento, Armando y Laura, cogidos de las manos, se dirigían tiernas frases y amorosas miradas; como si se tratara de una despedida eterna.

Luis se aproximó á ellos.

—¡Hola, hola! dijo. ¿De qué se trata por aquí?... Están ustedes insoportables: ¡qué ademanes! ¡qué palabras! ¡qué expresiones!

Armando y Laura, sorprendidos de una manera tan inoportuna por Luis, se apresuraron á separarse y el primero dirigióse rápidamente á la puerta, atravesó sus umbrales y montó en seguida precipitadamente á caballo.

Momentos después Luis hacía otro tanto y ambos jóvenes con su pequeño séquito de soldados salieron al galope de Rancagua en dirección al campamento.

Luis y Armando cabalgaban el uno al lado del otro.

Trascurridos algunos instantes de silencio, dijo Luis:

—Tiene usted buena suerte, Armando.

—¿En qué? preguntó éste.

—En el amor

—¡Ah! dijo Armando.

Y miró á su amigo para leer en su rostro; pero, la oscuridad era demasiado intensa y no vió sino una masa negra que cabalgaba á su lado.

—Mi hermana le ama á usted más de lo necesario, agregó Luis.

—¿Lo cree usted así?

—Está claro. En este momento la he dejado llorando.

—¿Llorando?

—Sí.

—Y ¿por qué?

—Teme no volverle á ver.

Armando detuvo su caballo.

—¿Qué hace usted? interrogó Luis, imitando la acción de Armando.

La escolta hizo alto.

—Es preciso regresar, dijo Armando.

—¿A qué?

—A consolarla.

Luis soltó una carcajada.

—¿Está usted en su juicio? exclamó.

—¿Por qué?

—Porque sería inútil y además no hay tiempo.

—¡Vive Dios! vociferó Armando, picando espuelas á su caballo, tiene usted razón... ¡maldita ordenanza!

La pequeña cabalgada continuó su carrera.

—Todos los enamorados, prosiguió Luis, colocándose junto á Armando, son iguales: ¡locos!... ¡y más que locos!... ¡Habrás visto, exponerse Laura atolondradamente á la muerte y á la deshonra, cuando con haberse ocultado en la hacienda no correría ningún peligro!

Armando se mordió los labios con despecho.

—Esta no era razón, respondió con voz agria, para que usted la pusiera nerviosa con sus cuentos y temores.

—¡Hola! dijo Luis, se irrita usted; pero, á fe mía que no es usted razonable. A primera vista

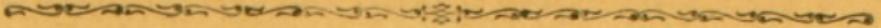
pareceré torpe y brusco en fuerzas de ser sincero; pero, si usted penetrara mi interior vería que mi corazón es muy grande y es muy bueno.

El joven hizo una pausa; Armando no replicó.

—Desgraciadamente, añadió Luis, creo que pronto tendré alguna funesta ocasión de probar esto... ¡Demonios! ¡vaya que la tendré!

Aquí calló la conversación entre ambos jóvenes, y luego no se oyó otro ruido que el producido por los cascos de los caballos que se alejaban en dirección al sur.





## CAPITULO V.

---

### LA AMAZONA.

Antes de proseguir adelante en nuestra narración, creemos que se nos ha hecho ya indispensable dar á conocer al lector algunos datos, acerca de los personajes puestos en acción y que contribuirán para su completa comprensión.

Luis y Laura eran hijos de D. Pablo Godoy, caballero español que había venido á establecerse á Chile en su mocedad. Habíase D. Pablo dedicado al cultivo de la agricultura, merced á la cual se levantó en corto tiempo una cuantiosa fortuna. Casóse entonces con una bella santiaguina y fué á vivir con su joven esposa á la hacienda de su propiedad denominada "El Huemul"; que se extendía á pequeña distancia de Rancagua, hacia el este.

Al cabo de unos trece años, aproximadamente, hizo D. Pablo un viaje á España por asuntos mercantiles y acompañóse de su hija Laura; de-

jando al cuidado de sus negocios á Luis, bajo la tutela de su madre.

Laura aprovechó su estadía en Europa, dedicándose al estudio, bajo la dirección de los mejores maestros. Fué en esa época cuando conoció al joven Armando, chileno, hijo de padres acaudalados, que vivía temporalmente en España.

Ambos quedaron pronto prendados de su mutua juventud y belleza, abandonándose con alegría infantil á los goces inocentes de los primeros amores.

Poco tiempo después D. Pablo y su hija regresaban á Chile, donde tuvo el primero conocimiento de la triste nueva del fallecimiento de su esposa. Fué tal la impresión que le produjo esta desgracia que no tardó mucho tiempo en bajar también á la tumba.

Quedaron, pues, huérfanos los jóvenes Godoy y vivieron entonces, como ya hemos dicho, en compañía de una tía anciana; en la hacienda parte del año y la otra parte en Rancagua en la casa que conoce ya el lector y que fué legada por D. Pablo á su hija Laura, después de haberla amueblado elegantemente con menajes traídos por él mismo de España.

Sólo nos falta ahora dar á conocer al lector el extraordinario modo como se conocieron Tristán Padilla y Laura Godoy y cómo ésta cautivó á aquél y le enamoró con tan desmedida y brutal pasión.

El hecho sucedió de la manera siguiente.

Había salido Laura á dar su cotidiano paseo á caballo, acompañada de su hermano Luis; paseo que tenía hábito de hacer para disipar en cierto modo la tristeza que minaba su ánimo desde la muerte de sus padres y que ni aun el largo tiempo trascurrido ya había logrado borrar.

Montaba ese día una briosa yegua alazana recién domada, que tascaba el freno y hacía desesperados esfuerzos por arrojar de la silla á la hábil jinete.

En vano Luis y su anciana tía habían querido oponerse á este capricho de Laura; pues, con una energía impropia de su edad, se había mantenido firme en su propósito, alegando que necesitaba de una emoción palpitante para aplacar sus nervios alterados por el pesar.

La fogosa bestia después de haberse revuelto rápidamente sobre sí misma, después de haber dado botes prodigiosos, furiosos corcovos y alzándose en los cuartos traseros, comprendiendo lo impotente de sus esfuerzos, arrojó un bufido de coraje, encorvó su pescuezo y mascando el bocado entre su dentadura de hierro, dió un salto tremendo y se precipitó á escape por la llanura, loca de rabia y cegada por la ira.

Luis dió un grito desesperado y creyó perdida á su hermana. Espoleó á su caballo y se lanzó á la carrera en su seguimiento, con el fin de alcanzar al desbocado animal y sujetarlo. Mas, fué en vano: la yegua corría con frenética velocidad y no tardó en dejarle atrás.

Mientras tanto, Laura, tranquila y sonriente en apariencia, aunque pálida de emoción y con el corazón palpitándole, se mantenía firme sobre la silla. En su mano derecha empuñaba nerviosamente la guasca, con la cual fustigaba sin piedad á la enfurecida bestia.

Felizmente, el campo estaba libre de obstáculos y el suelo era plano. No había otro temor sino que resbalara el animal y diera con Laura en tierra. Así lo comprendió ésta y estaba dispuesta para tal caso.

Sin embargo, la carrera se prolongaba y se acercaba ya el animal á los límites de la hacienda, á un paraje accidentado y plagado de obstáculos.

Laura temió entonces por su vida: en vano trató de sofrenar al animal; éste continuó su carrera.

La joven creyó llegado su último momento; sin embargo, no perdió su serenidad. Al contrario, afianzó su diminuto pie en el estribo y enderezóse sobre la silla, guardando el más esmerado equilibrio.

La yegua, presintiendo la proximidad del peligro, alzó su cabeza, echó una fogosa mirada delante de sí, hinchó sus narices con un ardiente resoplido; y, después de recogerse un momento sobre sí misma, salvó de un tremendo salto una zanja ancha y profunda; en seguida, una cerca y cuantas malezas, cuantos troncos de árboles derribados y cuanto género de dificultades encontró á su paso.

Corrió aun por la llanura un largo trecho más; y, al fin, rendida de cansancio, vencida por la des-

treza de su intrépida jinete, se estremeció convulsivamente, dobláronse sus piernas y dejóse caer pesadamente en tierra.

Laura, previendo la caída, saltó con ligereza de la silla y con tal arte y buena suerte que no se hizo el menor daño.

La joven permaneció por un momento inmóvil; temblorosa y pálida de emoción y de fatiga; su respiración era anhelante y su aspecto preocupado: natural consecuencia de una carrera semejante y de haber salvado milagrosamente la vida.

Después, adelantóse con paso firme hacia el animal, que yacía tendido en el suelo acezando bulliciosamente; y, colocando uno de sus admirables piececitos sobre la cabeza de la yegua, dijo:

—Te he vencido; ya eres mía.

El animal no hizo el menor esfuerzo para librarse de la imposición del pie de la joven; al contrario, mirándola con sus ojos grandes y sagaces, pareció dar á entender su comprensión y asentimiento.

Inclinóse entonces Laura sobre el animal y le acarició la cabeza con su delicada mano.

En ese momento oyó una voz que decía á sus espaldas:

—¡Valiente joven!

Volvióse Laura sorprendida, y vió entonces cerca de sí á un hombre de aspecto repulsivo y que la miraba con una expresión extraña de sus ojos

negros, opacos y cavernosos, rodeados de pobladas y oscuras cejas y pestañas.

—¡Valiente joven! repitió el hombre.

Y, en seguida, acercándose, añadió:

—¡Y, más que valiente, hermosa!

Y dió aun otro paso hacia Laura.

Esta tembló con la proximidad de aquel hombre.

Y no era para menos: la llanura estaba desierta; sólo se veía allá, á lo lejos, y perdida entre los árboles de un bosque, una casa de bastante fea y sospechosa apariencia; se encontraba en un suelo extraño, pues había traspasado los límites de su hacienda; estaba por lo tanto á la merced de ese hombre que se había acercado á ella, silenciosamente, cual la figura de un negro fantasma amenazador ó de un siniestro genio del mal.

Ese hombre, aunque esté de más el decirlo, era Tristán Padilla.

Padilla, que estaba ya junto á Laura, extendió su brazo derecho para acariciar toscamente con su velluda mano el delicado rostro de la joven; dijo:

—¡Qué bella es Ud!

Laura, instintivamente, dándose cuenta del riesgo inminente en que se hallaba, inclinó hacia atrás su cuerpo para evitar el contacto de la mano de Padilla y retiróse en seguida varios pasos.

Allí se detuvo, y temblorosa y encendido el rostro por la ira, dijo:

—¡Caballero! es Ud. muy atrevido.

Padilla guardó por un momento silencio, em-

briagándose lascivamente en la contemplación de la joven.

Y, efectivamente, Laura estaba muy bella, vestida con su traje de jinete. Era éste, de un color azul oscuro con pechera y puños blancos de finísimo encaje. La almilla perfectamente ajustada por brillantes alamares dibujaba los mórbidos contornos de su seno, brazos y talle y la falda recogida con arte hacia uno de sus extremos por una de las diminutas manos de la joven, permitía adivinar las esbeltas formas de su cuerpo. Finalmente, cubría su cabeza un gracioso sombrero de fina paja, y adornado de plumas blancas.

Padilla, sin embargo, al oír las palabras de la joven y al observar su hermoso rostro animado por la emoción, comprendió que no era ese el debido modo de tratar á una niña de tanta hermosura y distinción, así pues, vencido á su pesar por la impresión que le produjera la joven y su actitud enérgica, dijo:

—¡Oh, discúlpeme Ud! Ud. me juzga mal, no tenga Ud. temor.

Sin embargo, á pesar de que Padilla trató de dulcificar el tono de su voz; era esta de un metal áspero y ronco nada propio para tranquilizar á la joven. Además, su enorme cuerpo y su rostro poblado de una patilla negra, la cabellera del mismo color; y su traje formado de una manta de bayeta arrebozada al rededor de su cuello, sombrero de pita de enormes alas que le cubría hasta las cejas,

jubón y calzas de tela ordinaria, botas de montar y un cinturón con chapa de metal bruñido y del cual pendía un enorme cuchillo: le daban una apariencia nada agradable.

Laura permanecía inmóvil, indecisa, sin saber qué partido adoptar. Miraba á Padilla con desconfianza y en seguida dirigía la vista en torno suyo para ver si descubría á su hermano ó á algún otro ser viviente á quien recurrir. Mas, en vano, cuán lejos abarcaba el radio visual, no se divisaba á ningún ser humano y sólo se oía el quejumbroso susurro de las hojas azotadas por la fresca brisa de la tarde. El crepúsculo apagaba sus colores de fuego en el ocaso y las sombras de la noche esparcían ya su fúnebre manto sobre los campos y colinas.

Laura tuvo miedo: ella, la valiente criolla que había sabido vencer con su intrepidez, destreza y serenidad la furia indómita de un animal salvaje y que no había temblado sobre su movable lomo, ella, repetimos, tenía miedo en este momento de un hombre, y de la soledad y tinieblas que amenazaban entregarla en poder de ese hombre.

Padilla que comprendía su ventaja y la desesperada situación de la joven, sonreía con diabólica sonrisa y saboreaba interiormente su futuro triunfo.

Acercóse nuevamente hacia Laura y la dijo:

—No tenga Ud. temor; no la haré daño.

Laura, por un momento, pensó en huír, pero luego comprendió que sería dificultar más su posición, pues no hubiera sabido que dirección tomar;

y, además, podía ser fácilmente alcanzada por el hombre.

No tenía, pues, otro recurso que confiarse á la generosidad de éste.

Sin embargo, no pudo dominar la impresión, y las lágrimas inundaron su rostro y los sollozos oprimieron su pecho.

Este espectáculo conmovió á Padilla que no estaba habituado á tales escenas.

Así pues, se detuvo, indeciso, turbado y dirigiéndose á sí mismo amargos reproches por su brutal modo de proceder. En seguida, suavizando su voz cuanto le fué posible y en el tono más respetuoso y amable que le fué dado adquirir, dijo:

—¡Oh, señorita! usted llora... usted no es razonable... Le repito á usted que me juzga mal; usted no me comprende... mis intenciones son bondadosas.

El acento entrecortado de Padilla y su voz ligeramente temblorosa, hicieron que Laura levantase su hermosa cabeza y fijase en él sus radiantes ojos, humedecidos por las lágrimas; cual si tratara de adivinar el pensamiento de Padilla

Aquella mirada conmovedora de la joven, concluyó de trastornar á Padilla, y dijo aun más turbado y humilde.

—Usted ha extraviado el camino, ¿no es verdad? La joven hizo un signo de cabeza afirmativo.

—¿Se le ha desbocado la yegua? agregó, seña-

lando con su diestra el animal, que aun yacía tendido en tierra

—Sí, contestó la joven con voz débil.

—Pues bien, no se inquiete usted por eso. Aquí cerca, á unos cuantos pasos, tengo yo un caballo que pongo á su disposición; puede usted montarlo y yo personalmente la guiaré á usted á donde me indique.

La joven, tranquilizada ya por tan halagüeñas palabras, dejó entrever una placentera sonrisa á través de sus lágrimas. •

—Aguarde usted un momento, agregó Padilla.

Y se alejó hacia una espesura próxima, y volvió al cabo de poco trayendo de la brida á un animal de grande alzada.

—Aquí lo tiene usted, dijo; móntelo sin cuidado; es un soberbio caballo y no tiene nada de brioso.

La joven examinó el animal y, satisfecha de su examen, se acercó con el propósito de montarlo.

—¿Si usted gusta aceptar mi auxilio? dijo Padilla, haciendo un significativo ademán con sus brazos, que daba á entender que se ofrecía á subir á la joven sobre el caballo.

—No, gracias, se apresuró á contestar Laura.

Y, apoyando uno de sus pies sobre un tronco de árbol, saltó con agilidad sobre la silla.

Padilla suspiró ruidosamente; pues, se había imaginado que iba á estrechar por un momento entre

sus nervudos brazos el flexible y redondeado cuerpo de la joven.

—Ahora, me indicará usted, continuó Padilla, á dónde he de conducirla.

—A las casas de la hacienda “El Huemul”, respondió Laura.

—Bien, replicó Padilla.

—¿Sabe usted á dónde es?

—Sí.

—¡Qué felicidad! exclamó Laura.

—Usted sin duda se apellidará Godoy, ¿no es así?

—Precisamente, Laura Godoy.

—Pues, yo me llamo Tristán Padilla.

Laura se estremeció: en repetidas ocasiones había oído hablar de Padilla, como de un hombre de quien se debía desconfiar.

—Vamos andando, repuso Padilla. Yo llevaré del diestro á este animal, dijo, señalando á la yegua; la que demostraba en su apariencia haber descansado ya de su larga carrera.

Y, cogiendo la brida, aplicóle un feroz puntapié con su gruesa bota á la noble bestia, que se levantó en el acto y comenzó á seguir á Padilla, cojeando ligeramente.

Laura azotó á su caballo y echó á andar detrás del hombre; aun no del todo libre de inquietud.

Padilla caminaba á grandes pasos; de pronto, volviendo el rostro hacia la joven, dijo:

—Permítame usted que la felicite.

—¿Por qué?

—Usted monta admirablemente y es usted muy intrépida.

Laura se sonrió imperceptiblemente.

—Es usted galante, dijo.

Padilla replicó:

—No es galantería... es la expresión de la verdad... francamente, yo he visto en mi vida excelentes jinetes, pero casi todos hombres; mujeres muy pocas, y como usted á ninguna.

Laura guardó silencio.

—Tiene usted, agregó Padilla, un valor temerario y una presencia de ánimo asombrosa. Yo, que me precio de buen jinete, creo que no habría hecho con el mismo feliz éxito, lo que he visto hacer á usted. Permítame, pues, que alabe su destreza, y admire su persona.

Y al decir esto miró fijamente á la joven con sus ojos negros y de sombría expresión.

Laura evitó arrostrar esa mirada que la infundía miedo; y pronunció al mismo tiempo un gracias apenas perceptible.

Padilla trató aun de proseguir la conversación, pero Laura se obstinó en guardar silencio; pues, temía que sus respuestas dieran aliento á Padilla para continuar en sus importunas lisonjas.

Felizmente, al cabo de poco rato, fueron alcanzados por Luis, quien, desesperado de no poder hallar á su hermana, recorría todos los cami-

nos al galope de su caballo y estaba ya por ir en busca de gente que le ayudara en la tarea.

Inútil nos parece dar á conocer al lector las expresivas frases con que demostraron su júbilo ambos hermanos y las recriminaciones de Luis por el capricho de Laura, que pudo haberla costado la vida.

Padilla acompañó á ambos hermanos hasta las casas de la hacienda, adonde llegaron ya entrada la noche; y despidióse después de recibir los manifestaciones de agradecimiento de Luis y Laura y de haber formulado la promesa de una próxima visita y los deseos de cultivar la amistad recién entablada.

Aun tuvo Laura que soportar el enojo de la tía, que se descargó sobre ella en forma de una lluvia de vehementes frases en que la reprochaba su loca travesura.

Pero, no era esto lo peor: lo que Laura ignoraba todavía y cuyas funestas consecuencias vino á palpar mucho más tarde, fué el haber cautivado con su hermosura y arrojo el amor de Padilla.

Este alimentó en su pecho desde aquella noche una voluptuosa y desordenada pasión hacia Laura; pasión que fué creciendo, cual la lava de un encendido volcán, hasta estallar un día en presencia de Laura impetuosa y terrible.

El hecho pasó como se relata en el capítulo siguiente.



## CAPITULO VI.

### AMOR DE BESTIA.

Padilla había visitado con regular frecuencia á los jóvenes Godoy, por quienes había sido siempre recibido con la más esmerada urbanidad.

Durante ese tiempo, cortejó á Laura, procurando suavizar sus grotescas maneras; pero, la joven de todo se preocupaba menos de Padilla.

Laura pensaba continuamente en Armando, á quien hacía tan largo tiempo que no veía y á quien aguardaba impaciente, temerosa de que hubiera olvidado la promesa que la hiciera en tierra extranjera de venir á ofrecer su fortuna y su nombre á los pies de Laura.

Padilla, al fin, perdió la paciencia, y un día que había amanecido con el ánimo más alterado que de costumbre, á causa de los continuos desdenes que recibía de la joven, tomó la desesperada

resolución de desahogar su amor á Laura y saber en definitiva á que atenerse.

Vistióse, pues, con su más nuevo y vistoso traje; lo que no impidió que pareciera siempre monstruosamente feo, y se encaminó al tranco de su caballo hacia la granja de los Godoy.

Llegado allí, espío la salida de Luis y se coló al interior, donde se hizo anunciar á Laura.

Recibióle ésta en un modesto aposento, que tenía tanto de salón como de alcoba; y, sentándose en un cómodo sillón de baqueta, aguardó tranquilamente á que Padilla explicara sus inesperada visita.

Este estaba confuso, nervioso y hacía desesperados esfuerzos por adquirir serenidad.

Escasamente había logrado balbucear unas cuantas palabras de saludo á Laura y dejádose caer en seguida sobre un taburete cercano al sillón ocupado por Laura.

No se le ocultaba el lado ridículo de su posición y, además, el estado de exaltación de su ánimo no era el más adecuado para vencer la dificultad. Así pues, al observar el aplomo de la joven y la discreta reserva de su recibimiento aumentóse en él la turbación.

Sin embargo, era menester quebrar cuanto antes el agobiador silencio que reinaba entre ambos; así, alzando los ojos y fijando una mirada opaca y escrutadora en Laura, trató de formular una frase trivial con que iniciar la conversación; pero, al con-

templar la radiante hermosura de Laura, agolpósele la sangre al rostro y se le trabó la lengua.

Laura estaba pálida y en sus ojos húmedos y expresivos, realzados por ojeras azulejas, había un reflejo indefinible de tristeza que conmovía y encantaba al mismo tiempo.

Vestía un traje de cachemira negro, señal de duelo por el reciente fallecimiento de su tía, que hacía resaltar la admirable blancura de su cutis.

Padilla no vió en ella sino el codiciado tesoro cuya posesión tan ardientemente anhelaba; ese cuerpo adorable, conjunto de formas seductoras y testimonio inocente de secretas voluptuosidades.

Y, al pensar en las insuperables dificultades que se le oponían á la realización de sus ensueños de suprema felicidad, la ira le dominó y, no pudiendo ya reprimirse por más tiempo, dijo con una voz áspera que en vano trató de dulcificar.

—¿Supongo, Laura, que usted sospechará el objeto de mi visita?

La joven, aunque imaginándose había el motivo de la visita de Padilla, sin embargo, no pudo impedir un sentimiento espontáneo de sorpresa y temor al escuchar la pregunta de Padilla y el tono de su voz; mas, resuelta á conservar hasta el fin su serenidad, dijo sencillamente, haciendo un pequeño esfuerzo.

—No, verdaderamente... no sé...

Padilla la interumpió:

—No lo sabe usted, dijo; pero, lo imagina, ¿no es verdad?

Laura hizo un gesto de fastidio.

—Tampoco, dijo, haga usted el favor de explicarse.

—Bien, lo haré, replicó Padilla.

Y, después de un momento de pausa, agregó:

—Usted ha de comprender: nuestra situación no puede continuar de este modo.

—¿Qué situación? preguntó Laura, irguiendo su preciosa cabeza, con una elocuente expresión de dignidad y nobleza.

Padilla se inmutó.

—La nuestra, dijo; es decir, agregó luego precipitadamente, la mía propia con respecto á usted; porque no me es tolerable la vida de este modo... Yo necesito una prueba, un testimonio; ó, á lo menos, una palabra que me dé alientos para...

—No comprendo, interrumpió la joven.

Efectivamente, Padilla estaba incomprendible con su lenguaje entrecortado y sus palabras evasivas; pero, esto se explica con facilidad, tomando en cuenta el estado borrascoso de su espíritu, que no le dejaba en libertad de decir lo que debía, sino tan sólo de dar libre curso á los tumultuosos pensamientos que bullían desordenadamente en su cerebro.

Aquella obstinada resistencia de la joven y la ignorancia que demostraba Laura de un asunto tan obvio que, en su propio concepto, era superfluo

el expresarlo, le exacerbó aun más el ánimo y dijo sin procurar ya medir sus palabras.

—Pues, me explicaré claramente y diré á usted en dos palabras el por qué de mi visita.

Hizo una pausa; Laura aguardó impasible.

Padilla continuó:

—La primera parte de lo que tengo que decir á usted, Laura, carece de novedad; pues, si bien hasta hoy día no se lo he manifestado á usted de palabra, sin embargo, mi lenguaje mudo y mi modo de proceder creo que le habrán dado á entender ya bien á las claras mis intenciones.

—Caballero, lo que usted me dice, siento decirle que me causa extrañeza y novedad.

Padilla saltó sobre su asiento.

—¿Cómo, dijo, entonces mis continuas visitas no le han dado á comprender á usted...?

Y Padilla se detuvo, juzgando probablemente que el tono de su voz, su mímica y la suspensión de su pensamiento, no sólo hacían innecesaria la continuación de la frase, sino que, al contrario, contribuían á darle mayor fuerza de expresión.

Laura respondió sencillamente:

—Sí, me han dado á comprender que es usted amigo de la casa.

—¿Y nada más que eso?

—Nada más.

—¡Es posible!...

Laura guardó silencio; Padilla continuó:

—¿Entonces mi solicitud para con usted, mis miradas, mis palabras?... .

—Caballero, siento decirle que me importuna esta conversación.

—Pues, para concluir, me explicaré con toda precisión.

Y, después de toser ligeramente, como para cobrar bríos, dijo, con una entonación que asemejaba á una amenaza:

—Yo la amo á usted, Laura.

Laura permaneció impasible, sin desplegar los labios; pero, su fisonomía se animó con una expresión adusta y altiva.

—Le repito á usted que la amo, dijo Padilla, y que estoy resuelto á hacerla á usted mi esposa, si acaso usted me ama también.

Laura meditó la respuesta.

—¿Qué me contesta usted? dijo Padilla.

Laura respondió:

—Se me figura que jamás he dado yo motivo para que usted abrigue la creencia de que correspondo á su afecto.

Padilla se encendió en ira.

—¿Entonces usted no me ama? dijo con voz sofocada.

—No, contestó la joven.

—¿Así que usted rehusa aceptarme por esposo?

—Sí, dijo Laura.

Padilla pareció abrumado por un instante.

—Mucho más conveniente hubiera sido, conti-

nuó la joven, que hubiese usted obtenido esta respuesta por intermedio de mi hermano, y evitado de este modo tan desagradable entrevista.

Pero, Padilla no la escuchaba: anonadado al principio por el bochorno de una tan terminante negativa, recogióse sobre sí mismo, como la fiera herida por el inexperto cazador se recoge antes de saltar rugiente y furiosa sobre su presa y clavarle las garras en su cuerpo; en seguida, enderezóse sobre su asiento é inyectados los ojos en sangre y con voz ronca, dijo:

—¡Ah, Laura! usted no ha reflexionado su respuesta, ¡bien se ve! usted me ha contestado con imprudente ligereza; usted no alcanza tampoco á comprender todos los riesgos á que se expone por su torpe negativa. ¡Já! ¡já! ¡já! pero, yo se los haré ver... ¡oiga usted!

Padilla arrojaba la máscara y desaparecía el hombre para aparecer la bestia.

Laura tembló ante el aspecto de Padilla, al oír su risa y al escuchar su voz. Quiso levantarse y huír; pero, la mirada de Padilla y su actitud enérgica, impusieron su voluntad y quedó como clavada en su sillón.

—Usted no se imagina, continuó Padilla, la vehemencia del amor que me ha inspirado usted, Laura; yo jamás había amado con tanto ardor, con tanta fogosidad como ahora; no encuentro en este momento palabras adecuadas para expresar debidamente la fuerza de mi pasión..... Pues bien,

usted comprenderá fácilmente, que un amor de esta naturaleza no puede terminar á capricho, sino que es estrictamente necesaria la posesión de la persona amada; porque, de otro modo, se hace insoportable la existencia, que se convierte en un doloroso infierno. Ahora, ¿comprende usted por qué su negativa me hace reír? ¡já! ¡já! ¡já! Porque tengo la certidumbre de que usted será mía ó de nadie. Porque no hace usted sino exacerbar más mi ánimo y afianzarme en el designio que me he formado de obtener su amor.

Que me ame usted á mí, ó no me ame, poco me importa; el amor de su parte vendrá después; por de pronto sólo me interesa la realización de mi propósito. Así pues, aun es tiempo, querida Laura, de que se retracte usted de lo dicho y que acepte de buen grado lo que, en otro caso, habré de imponerle á la fuerza.

Padilla calló y miró fijamente á la joven con expresión aviesa, y aguardó con un semblante burión y encendido por el idiotismo de la lascivia, la respuesta de la joven.

Esta había escuchado á Padilla asombrada primero de su atrevimiento que alzaba de ese modo la voz en su presencia, y en su propia casa; escandalizada, en seguida, de su lenguaje torpe y bajo; y sobrecogida, por último, de temor antes las terribles amenazas de Padilla.

Este, juzgando el silencio de la joven como un indicio feliz, levantóse de su asiento, pintado en el

rostro la avidez de la lujuria, con la boca entreabierta, que dejaba ver unos dientes amarillentos y afilados, rodeados de dos labios gruesos y de color rojo, por entre los cuales se escapaba su risita peculiar, de una centonadura y agudo: ¡je! ¡je! ¡je!

Acercóse á la joven y, al mismo tiempo que trataba de cogerla con frenesí por una de sus preciosas manos, dijo, inundando su rostro con su aliento abrasador y envenenado:

—Laura, ¿no es verdad que seré su amante y su marido?

La joven que sólo logró darse cuenta de las intenciones de Padilla cuando le sintió junto á ella, arrojó un grito ahogado; púsose en pie, cual impedida por un mágico resorte, y, en un segundo, interpuso varios pasos de distancia entre ambos; y allí, con la altivez del orgullo herido y la dignidad del pudor ofendido, miró de pies á cabeza á Padilla, con tal expresión de odio reconcentrado y de insultante desprecio, que el hombre confuso y humillado, bajó la cabeza y quedó inmóvil y sin proferir palabra.

En seguida, Laura volvióle la espalda á Padilla y con paso firme y el rostro erguido, se dirigió resueltamente hacia una de las puertas de la habitación.

Padilla entonces comprendió que se le escapaba su presa de entre las manos, despertóse de su bochorno, dejó oír una especie de bramido salvaje y con voz bronca, gritó:

—¿Qué me contesta usted, pues?

La joven detuvo sus pasos un momento y volviendo á medias el rostro, dijo con la voz vibrante por la emoción y acompañando sus palabras de un ademán noble é imponente:

—Para su grosero modo de proceder, la mejor respuesta es el silencio.

Y, alcanzando la puerta, desapareció por ella.

—¡Voto al demonio! vociferó Padilla, jadeante de rabia y trémulo de despecho. ¡Con que me rechaza! ¡con que me arroja de esta casa! ¡con que me desafía! ¡Pues, está bien! ¡já! ¡já! ¡já! Yo haré, Laura, que pronto te arrepientas de tu orgullo y tus desdenes ¡Ahí veremos!

Y, cogiendo su sombrero con mano convulsa, se precipitó al exterior, con el rostro amoratado y tambaleando como un hombre ebrio; montó de prisa á caballo y, clavando con rabia las espuelas en sus hijares, se alejó al galope, fraguando en su hirviente cerebro su futura venganza.

En el camino, topóse casualmente de manos á boca con Luis, que venía al paso de su caballo en dirección contraria; todo fué verle Padilla, y volver bridas; pero no sin que antes le dirigiera de soslayo una mirada hosca de sus ojos sanguinolentos.

En vano Luis, en cuanto le vió, gritó:

—¡Hola, don Tristán! ¿á dónde va usted con esa cara tan agria?... ¡Eh! detenga usted su caballo y salude á su amigo Luis.

Padilla, sindarse por aludido, aguijoneó su cabal-

gadura y la introdujo por un sendero de travesía.

—¡Qué se lo lleve el demonio! murmuró para sí Luis, ¿qué mal le habré hecho yo? pero, ¿por qué diantres irá tan ceñudo, pensativo y encorvado sobre la silla?

Y meditando en ello llegó hasta la casa, donde Laura le refirió lo sucedido.

Luis sin darle grande importancia á las amenazas de Padilla, resolvió, sin embargo, tomar algunas precauciones.

Pasaron algunos días y nada vino á turbar la tranquilidad de los jóvenes Godoy y luego los aprestos para la guerra y la llegada imprevista de Armando hicieron que olvidaran completamente á Padilla y desaparecieran sus temores.

Armando acudía á la defensa de su patria y alistóse inmediatamente en las filas de los valientes que luchaban por la libertad.

Una vez cumplido este deber, se dirigió al Hue-mul, con el objeto de ofrecer á Laura el cumplimiento de su antigua promesa y reclamarle á su vez la palabra empeñada.

De más nos parece expresar la alegría con que ambos se reconocieron. Armando y Laura experimentaron un sentimiento recíproco de sorpresa y admiración por los cambios efectuados en sus fisonomías y en el desarrollo de sus facultades y de sus cuerpos. Se habían conocido niños y se volvían á ver en la plenitud de su virilidad, belle-

zas y encantos. La impresión que recibieron superó en mucho á lo ideado por la fantasía de la imaginación.

Mientras tanto, Padilla rumiaba su venganza y aguardaba el momento propicio para llevarla á efecto, sin que tuviera que temer fatales consecuencias para su persona; pues, Padilla tenía el valor de la cobardía: que hiere en la sombra y tiembla cuando hiere.

Cultivaba trato oculto con gente de mala vida, á la cual (y era de pública sospecha) debía la mejor parte de su regular fortuna; pues, era amparador secreto de robos. Así, resolvió valerse en esta ocasión de algunos malhechores, conocidos suyos, para que le ayudaran en su criminal tarea.

Sin embargo, cuando pensó en llevar á efecto su intento, ya Laura, en fuerza de los acontecimientos, había sido trasladada á Rancagua; pues, Luis, teniendo que partir á la guerra, no había querido dejarla abandonada en la hacienda.

Con lo anterior, damos término á los detalles que se nos ha hecho indispensable dar á conocer, para la cabal explicación de los sucesos narrados en las primeras páginas de nuestra novela y de los que vendrán á continuación.





## CAPITULO VII.

---

### EL TRAIADOR

Ya se sabe, por el relato de Bernardo, que Tristán Padilla, después de haber escapado con vida del fracaso de su infame atentado, había llegado á la posada en que se hospedaba, para salir de ella momentos después con intención de ausentarse de la ciudad.

Habíase mudado el traje de militar por el de paisano y con un enorme sombrero de pitá, calado hasta los ojos, y, arrebozado en una gran manta cuyos largos pliegues le ocultaban cuidadosamente el brazo herido, se internó de prisa y con la vista y el oído en acecho por los callejones angostos y solitarios de los suburbios de la villa.

Padilla pertenecía al cuerpo de milicias de los voluntarios nacionales, más bien por propia conveniencia que por cuestión de patriotismo; pues,

se procuraba de este modo el derecho de cargar armas para su defensa personal.

Pero, últimamente se había retirado del servicio para poder entregarse con entera libertad á su plan contra Laura. Desgraciadamente para él, ya, desde la noche ésta de su criminal intento, no debía ni siquiera pensar en volver al servicio de la patria; no tenía, pues, otro recurso que plegarse al partido realista y abandonarse á la contingencia del triunfo de éste.

Y, á pesar de que no ignoraba de que se habían dictado bandos tremendos contra los que se pasaban al enemigo, por los cuales se les negaba el fuego y el agua á los traidores á la patria, cualquier chileno quedaba autorizado para darles muerte y se amenazaba así mismo con igual pena á los que les socorrieran, sin embargo, pudo más en él el deseo de venganza que el temor de esos castigos.

Después de haber andado Padilla unas cinco ó seis cuadras en diversas direcciones, se detuvo de pronto ante un miserable rancho, formado de unas cuantas vigas, tablas, paja y barro, y golpeó precipitadamente con su mano izquierda empuñada en su única puerta.

Una especie de gruñido que salió del interior fué la respuesta.

Momentos después, la puerta giró, produciendo un ruido chillón de sus enmohecidos goznes, y apareció al exterior una cabeza melenuda, de tez bronceada, deforme y repulsiva.

—¿Quién llama? preguntó con voz ronca y en un tono horriblemente desabrido.

—¡Hola, Gruñón! ¿ya no me conoces?

El apellidado con el apodo de Gruñón, y cuyo verdadero nombre era Andrés, dejó oír un bufido, que acreditaba bien su sobrenombre, y dijo:

—¡Ah! es usted don Tristán; pase usted adelante. ¿Qué le trae por estos parajes á tan altas horas de la noche?

Padilla bajó unos cuantos escalones de piedra y se encontró en una pieza fría y desmantelada; no había en ella sino una tosca mesa, unos cuantos bancos, un lecho de pellones y otros pocos objetos.

Junto á la mesa se hallaba un hombre corpulento y de rostro poblado de espesa patilla; se ocupaba de revolver entre sus grandes manos un paquete de naipes, diseminado sobre la mesa.

Sobre el lecho descansaba una mujer, de figura escuálida; y tenía la apariencia de dormir profundamente.

Un mal candil iluminaba el aposento, con sus titilantes, amarillentos y apagados destellos.

—Buenas noches, amigo Tobías, dijo Padilla, acercándose al hombre de rostro barbudo.

—Buenas las tenga usted, respondió éste con aire distraído.

Padilla se sentó y cruzó una pierna encima de la otra, con gran tranquilidad.

—¿A qué ha venido usted, don Tristán? repitió el Gruñón, sentándose igualmente.

Padilla evadió la respuesta y dijo:

—Mal ceño muestran ustedes esta noche. ¿He llegado acaso en mala hora?

—En verdad que sí, respondió el Gruñón.

—Bien lo adiviné, dijo Padilla.

—Jugábamos al monte.

—¡Ah! ¡ah!

—Y teníamos cierto disgustito mi amigo y yo, por una friolera de reales de más ó de menos.

—Ya entiendo.

—Y tenemos todavía que zanjar la cuestión.

—¡Ah! ¡ah! muy bien.

—Felizmente, continuó el Gruñón, nosotros nos entendemos á las mil maravillas: nos tiramos unos cuantos puñetazos; así, jugando (¡por travesura!). . . y quedamos después más amigos que antes. ¿No es verdad, Cariñoso?

Este era el sobrenombre de Tobías, sobrenombre que era una paradoja, pues, contrastaba admirablemente con su aspecto tremendo, sus grandes manos y su cara de pocos amigos.

A la interpelación del Gruñón, el Cariñoso dejó entrever una semi-sonrisa y miró á su amigo con una mirada de cariño que podemos calificar de paternal, tanta era su bondad.

El Gruñón, alborozado con esta mirada, abrió extraordinariamente la boca para dejar escapar una hueca y sonora carcajada.

—Pues bien, amigos, dijo Padilla, yo les reconciliaré á ustedes.

—¿Cómo? preguntó el Gruñón.

—Les propongo un negocio.

—¡Venga!

—Para empezar, aquí tienen ustedes. Y, al decir esto, Padilla sacó de su faltriquera unas cuantas monedas de plata, que colocó sobre la mesa.

—Ya con esto, agregó, no hay razón para que riñan ustedes por reales, cuando tienen aquí pesos fuertes.

El Gruñón y el Cariñoso, fascinados ambos por el aspecto de las relucientes piezas de plata, abrieron enormemente los ojos y la boca y cambiaron entre ellos expresivas miradas.

Aquellas miradas querían decir:

—¡Qué buena ocasión sería ésta para desbalijar á este hombre!

Este, que comprendió las miradas y que sabía la clase de bribones con que tenía que habérselas, hizo un movimiento disimulado que permitió entrever el mango de una daga y las culatas de dos pistolas.

Andrés y Tobías, se miraron nuevamente; pero, con una expresión contraria de la anterior.

Estas nuevas miradas querían decir:

—Nos ha adivinado; no nos conviene dar el golpe; sería exponernos.

Padilla continuó:

—Pues bien, amigos, ¿qué me contestan? aceptan el negocio?

—Ya lo creo, respondió el Gruñón.

—¿Incondicionalmente?

—Poco á poco, don Tristán; veamos primero de qué se trata.

—Pues escuchen ustedes, dijo Padilla.

El Cariñoso no necesitaba de esta recomendación para prestar atención á Padilla; pues, desde hacía buen rato, se había vuelto todo ojos y oídos, y, ensimismándose en el más absoluto silencio, dejaba á su amigo el uso de la palabra.

—Escuchando estamos, replicó el Gruñón.

Padilla echóse la manta á los hombros y dejó en descubierto el brazo herido.

—¿Ven ustedes esto? dijo.

—¡Herido! exclamó el Gruñón.

—Sí, herido, repitió Padilla, y esta herida clama venganza.

—¡Está claro!

—Pues, les contaré cómo ha sucedido esto.

—Veamos.

—En la calle de San Francisco, antes de completar la primera cuadra y á mano derecha, yendo hacia el sur, existe una casa de aspecto decente... ¿comprenden ustedes?

—Perfectamente.

—Pues bien, en esa casa habita una muchacha, bella como no hay dos y que á toda costa ha de ser mía... ¿comprenden?

—Perfectamente, repitió el Gruñón.

—Pues, esta noche di yo el asalto; y, cuando ya tenía á la dama en mi poder, surge, yo no sé de dónde, un joven ó más propiamente un demonio, que, en un abrir y cerrar de ojos, tiende muertos ó heridos á tres hombres; y á los dos restantes, entre los cuales me cuento yo, nos hace emprender la fuga.

—¡Maldito de joven! exclamó el Gruñón. Mas, á fe mía que si le encontrara le felicitara tiernamente por su valentía y destreza.

—¿Qué dices? gritó Padilla.

—Digo... que no he dicho nada.

—¡Ah!

—Ya ve usted, don Tristán, lo que le sucede por no valerse de buenos amigos como nosotros.

—Por eso, acudo ahora á ustedes, mis valientes.

—¡De los arrepentidos es el reino de los cielos! reflexionó el Gruñón.

—Mas, continuó Padilla, tengo formado un nuevo plan de ataque, soberbio, magnífico y que no podrá fracasar.

—Bien hablado.

—Para ello, necesito el auxilio de ustedes.

—Nosotros aseguramos el triunfo, dijo sentenciosamente el Gruñón.

—¿Son ustedes realistas ó patriotas? preguntó Padilla.

El Gruñón se rió estrepitosamente.

—¡Realistas ó patriotas! repitió con sarcasmo.

—¿A qué viene esa burla? preguntó Padilla.

—¿Nos cree chambones usted, don Tristán?

—¿Por qué?

—¿Se imagina usted que nosotros vamos á exponer nuestro pellejo por pura afición... por cuestión de ideas?

—Supongo que no.

—Nosotros arriesgamos nuestra vida porque el oficio así lo requiere.

—¡Ah, comprendo!

—Mi amigo y yo, tenemos la honra de ser salteadores... ¡y de buena ley!

—Eso se llama ser razonables.

—Ya lo creo.

—Pues, yo soy de la misma opinión de ustedes; por lo tanto, puedo hablar con franqueza.

—Natural.

Padilla señaló con su mano izquierda á la mujer que estaba tendida sobre el lecho, y dijo:

—¿No habrá peligro de que nos esté oyendo esa mujer?

—Ninguno, respondió el Gruñón, está durmiendo; y, en todo caso, el día en que se atreviera, aunque más no fuese, á chistar sin mi permiso, ¡pobre de ella!... en un segundo, ¡tras!... la despachaba.

Y, llevando su diestra al mango del machete que tenía en su cinto, hizo un elocuente ademán que demostraba bien á las claras sus sanguinarias intenciones.

—Perfectamente, dijo Padilla; entonces, expliquémonos.

El Cariñoso oía sin pestañear; tenía los ojos extraordinariamente abiertos y la boca constantemente cerrada.

—Pues bien, dijo Padilla, en este momento marchó á alistarme en el ejército realista.

—¡Vaya! exclamó el Gruñón, ¿no era usted patriota?

—Sí.

—¿Y, entonces?

—Es que ahora soy realista.

—¿Y no teme usted que le fusilen?

—¿Quiénes?

—Los insurgentes.

—Al contrario; yo soy el que les fusilará á ellos.

—¿De qué manera?

—Mañana estarán aquí los godos.

—¿Mañana?

—Sí; tengo noticias positivas. Por lo tanto, pronto entraremos vencedores á la plaza.

—Esto falta verlo.

—No hay lugar á duda: los patriotas son unos pobres diablos.

—Es verdad.

—Y el ejército que se acerca es formidable.

—¡Ah, ah, ah!

—Así que mañana la chica será mía... ¿comprenden ustedes?

—¡Ah, ah, magnífico!

—Pero, es necesario que no se escape el pájaro de la jaula.

—¿Qué significa eso?

—Que es menester que ustedes se constituyan en espías de la muchacha y que, si acaso sale del pueblo, sigan ustedes sus huellas á todo trance y me den aviso de su paradero.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—¿Están de acuerdo?

—Convenido.

El Cariñoso, decidiéndose por fin á terciar en la conversación, dijo, dirigiéndose á su amigo:

—Tú te callas, Gruñón; y déjame á mí el cuidado de terminar el negocio.

El Gruñón hizo un signo de respetuoso asentimiento, como acostumbrado á acatár la superioridad de inteligencia de su amigo y, cruzándose de brazos, dejó oír, por vía de desahogo, un ruidoso suspiro que se asemejaba á un bramido.

El Cariñoso continuó, hablando á Padilla:

—Reasumamos, dijo, ¿qué debemos hacer nosotros?

—Ya lo he dicho: espiar.

—Bien, y, ¿á dónde le encontraremos á usted si sobreviene novedad?

—En el campamento realista.

—¿Habrá que exponer la vida?

—Puede que sí.

—Y, ¿cuánto es la paga?

—Las monedas que están sobre la mesa.

—Es poco.

—Y, además, para los gastos imprevistos: como ser, una persecución, aquí hay una onza de oro.

—Eso ya es algo.

Padilla entregó una moneda de oro, que junto con las otras de plata, desaparecieron rápidamente en los bolsillos del Cariñoso.

—¿Entonces no hay más que hablar? dijo Padilla, levantándose.

Andrés y Tobías se levantaron igualmente de sus asientos.

—¡Aun otro dato! dijo el Cariñoso.

—Habla.

—¿Cuánto tendremos al terminar el asunto?

—Eso es relativo, según el desempeño; pero, les garantizo que no quedarán descontentos; pagaré en moneda de buena ley.

—Bien, y, aun, ¿cuál es el nombre de la dama?

—Tienes razón; ese es un dato indispensable; se llama Laura Godoy.

—Está bien.

—¿Recuerdan las señas de la casa?

—Perfectamente.

—Pues, hemos terminado. Con que, ¡hasta mañana! ó, en todo caso, ¡hasta muy pronto!

—¡Hasta muy pronto! repitió el Cariñoso.

El Gruñón rompió el silencio que se había visto precisado á guardar, por orden de su amigo, para decir con su voz ronca y gutural:

—¡Hasta mañana, don Tristán, y que tenga usted buena suerte!

Tristán Padilla salió con paso precipitado de la habitación: estaba lívido, nervioso.

Alejóse unos cuantos pasos de la choza y, en seguida, detúvose y, lanzando un gemido de dolor, se afirmó en la muralla para no caer. La herida le punzaba cruelmente y sentía en sus venas el abramiento de la fiebre.

Una lágrima de dolor y de despecho brotó de sus ojos y dijo, cerrando sus puños, con expresión de rabia y amenaza:

—¡Ah! Laura, cuánto sufro por ti: pero, tiembla, porque mi venganza será tremenda... ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Y rió sarcásticamente; desfigurándosele el rostro de un modo espantoso.

—De ésta sí que no escaparás: ¡voto al demonio! No hay poder humano que te libre de mis garras... ¡sólo Dios puede salvarte!

Y, al oír el nombre de Dios que había pronunciado él mismo inconscientemente, tembló, y vacilante, y acongojado, emprendió la marcha con paso rápido.

Momentos después, salía de la villa y se hallaba en la campiña, aspirando con ansia el aire fresco de la noche, que calmaba con sus ráfagas heladas el abrasador ardor que le consumía.



## CAPITULO VIII.

### REALISTAS Y PATRIOTAS.

Amaneció el día primero de Octubre de 1814: día fecundo en sucesos, día que ha quedado grabado con caracteres de fuego en la historia de Chile; uno de los días más brillantes que recuerdan los anales de su independencia; día en que el ejército chileno recibió su verdadero bautismo de sangre.

Ese día primero y el siguiente, son para Chile su más bello timbre de orgullo, el más preclaro pendón que ostenta su pasado; días en que el soldado chileno, animado del más santo heroísmo, muriendo al pie del cañón y abrazado al pabellón tricolor, mostró al mundo que por sus venas corría noble sangre guerrera, la hirviente sangre de los héroes que, en un tiempo no lejano, había de blandir la bandera estrellada de Chile y conducirla de victoria en victoria hasta clavarla en los formidables bastiones de dos potencias enemigas y en el corazón de una de ellas, la más osada y poderosa, que, haciendo alarde de arrogancia, habían hollado los derechos

de Chile y le amenazaban con el aparatoso despliegue de su fuerza bruta.

Allí murió lo que se ha llamado, con razón, la Patria Vieja, la infancia de Chile libre; pero, murió como muere el león de desgredada melena, de fauces voraces y de afiladas garras, revolcándose en la sangre de su enemigo y haciendo oír un rugido de agonía, más formidable y más espantoso aun que el grito de victoria.

Murió Chile, envuelto en la mortaja de la libertad y de la gloria, para resucitar en seguida, potente y temible, desplegando al aire esa misma mortaja, convertida por la sangre de sus héroes y el llanto de sus oprimidos hijos en el esplendoroso estandarte que brillara en la victoria... Murió, para resucitar con la vida de la independencia y de la inmortalidad.

¡Así como en la valiente guerra del Pacífico, la Esmeralda se sumerge en las aguas de Iquique, tiñéndolas de sangre y tremolando en el tope de su alto mástil la bandera tricolor; así, Rancagua, en la sublime epopeya de la Independencia, sucumbe también... pero, sucumbe como la Esmeralda, en un mar de sangre y oprimiendo con la convulsión de la agonía el pabellón de la patria!

¡Así como Arturo Prat, el bizarro comandante de la Esmeralda, salta al abordaje del barco enemigo, en busca de la victoria ó de la muerte; así también, Bernardo O'Higgins, el Prat de Rancagua, se abre

paso á través de las trincheras realistas en busca de la muerte ó de la libertad!

¡Grandioso Chile que luces en la historia de tu pasado tan esplendentes trofeos, el porvenir que te aguarda no puede menos que corresponder con magnificencia á tan brillantes augurios: Dios te ha escogido entre sus hijos predilectos para derramar en ti sus bendiciones y mercedes!...

Eldía primero amaneció bello y apacible; la alegre primavera desplegaba sus más risueñas galas: la bóveda del firmamento, completamente despejada permitía admirar la limpidez y belleza de su colorido azul y lo profundo de la inmensidad; la llanuras y montes, tapizadas de verde, encantaban á la vista con su florido aspecto.

Y á través de la campiña se deslizaba serpenteando, murmurador y ligero por su cauce pedregoso y bordado de agreste vegetación, el ameno Cachapoal.

Ya dijimos en las primeras páginas de nuestra historia que Bernardo O'Higgins y Juan José Carrera estaban el 3o de Septiembre al mando de sus respectivas divisiones en las márgenes del Cachapoal y que José Miguel Carrera, general en jefe del ejército patriota, se hallaba con su otro hermano Luis y la tercera división á cuatro leguas de Rancagua, en el Mostazal.

Pues bien, la luz de la alborada del primero de Octubre iluminó el espacio cuando ya el ejército

realista había atravesado el Cachapoal y se hallaba en orden de batalla en su orilla derecha.

Por qué conjunto de circunstancias fracasó la defensa del paso del río, lo explicaremos suscitantemente á continuación.

Es un hecho innegable, que se deduce de la multitud de pruebas contrarias, de la divergencia de opiniones y del resultado de los hechos, que no ha habido un plan de campaña único y expreso para la defensa de la patria.

En primer término, Carrera, como general en jefe, formuló el siguiente plan. Primero: defensa del río Cachapoal. Segundo: atrincheramiento en la Angostura de Paine, que separa el valle de Rancagua del de Santiago. Tercero: abortado lo anterior, defensa del río Maipo. Y cuarto: batalla en el llano de este mismo nombre.

Por su parte, Bernardo O'Higgins formó otro plan, que constaba sólo de dos puntos. Primero: defensa del Cachapoal. Y segundo: retirada á Rancagua.

La parte de su plan que más seducía á Carrera era la batalla en la Angostura de Paine, que él llamaba las Termópilas de Chile, y la parte que más halagaba el patriotismo de O'Higgins, era Rancagua, donde, á su juicio, se podía hacer una resistencia heroica y aun impedir la entrada á la ciudad del enemigo.

Sin embargo, ambos parajes ofrecían grandes defectos estratégicos. La Angostura de Paine no

era el paso único y obligado para el ejército realista; pues, á más del de la Angostura, existen otros dos por los cuales las tropas realistas hubieran podido cruzar la serranía y burlar, en consecuencia, á los patriotas. Y Rancagua, á su vez, entregaba á una villa indefensa á los estragos de un bombardeo y á los furores de un combate en sus calles; é inutilizaba, además, á la caballería de la patria, que era muy superior en número á la del enemigo.

Pero, no debemos criticar con la severidad de la historia, sino que, en nuestro carácter de historiadores novelistas, daremos cuenta somera é imparcial de los sucesos.

Así, pues, como consecuencia de esta diversidad de pareceres entre los dos principales jefes del ejército patriota, resultó que la sorda rivalidad que reinaba entre ambos caudillos, en vez de disminuir en presencia del peligro común, se acrecentó aun más; y se perdió un tiempo valiosísimo, sin poderse llegar á un acuerdo definitivo.

Finalmente, cuando ya se tenía noticia de la aproximación inmediata del ejército realista, se resolvió Carrera á ceder ante la opinión de O'Higgins; sea porque se convenciese de la ventaja del plan de éste ó porque se viese forzado á someterse á sus apremiantes instancias.

Por lo tanto, expidió orden para que se fortificase á Rancagua y para que se retirase O'Higgins á la villa, en caso de hacerse imposible la defensa del río; y él, al mando del resto de las fuerzas, que-

daba en libertad para batirse según las circunstancias y se proponía acudir en auxilio del sitio en peligro.

Como se ve, la línea del Cachapoal era el punto primordial y admitido de común acuerdo para la defensa del territorio amagado por los soldados de Ossorio.

Y, sin embargo, esta primera sección del plan de los patriotas, fué burlada hábilmente por el general realista.

La línea del Cachapoal ofrecía al ejército enemigo tres vados principales.

O'Higgins y Juan José Carrera habíanse puesto de acuerdo para la defensa del río. El primero colocóse en el vado de la ciudad, el más cercano á Rancagua, y el segundo en el de los Robles, que se hallaba á una legua de la villa, hacia el oriente. Ambos hicieron construir algunas obras de defensa y aguardaron al ejército realista al frente de sus respectivas divisiones.

Se dió aviso al mismo tiempo á José Miguel Carrera para que viniera á ocupar con su división el tercer vado, el de las Quiscas, situado á bastante distancia, hacia el occidente.

Mientras tanto, el ejército realista avanzaba á marchas forzadas y llegó en la noche del 30 al 1.º al vado de las Quiscas, que atravesó con entera facilidad.

Los veinte dragones, á las órdenes del capitán Anguita, que había mandado O'Higgins á ese sitio

para que estuvieran en observación del avance del enemigo, al amanecer del día primero, corrieron á dar noticia á O'Higgins de lo sucedido. Este, á su vez, trasmitió el aviso á las otras dos divisiones para que operaran un movimiento de concentración, y envió de avanzada á los dragones para contener la marcha del enemigo.

Así fué como, de una manera tan sencilla, fracasó la defensa del río. Verdad es que éste era para los patriotas, sino de imposible, á lo menos, de difícil defensa; si se tiene presente la mala calidad de los pertrechos de guerra, los reducidos elementos de movilización y la falta de pericia militar en los jefes, y, más aun, la carencia de una dirección única y bien organizada. Además, el río es de fácil travesía en casi toda la longitud de su curso y en cualquiera estación del año. Y precisamente por esos días cuando ya han terminado las lluvias del invierno y aun no ha comenzado el deshielo en la cordillera, el río arrastra poquísimos caudales de agua y en apacible corriente. Inútilmente había hecho Carrera cerrar las bocas-tomas de los canales que surte el Cachapoal; pues, esta medida no produjo gran resultado práctico.

José Miguel Carrera, que había recibido los avisos de O'Higgins de la aproximación del enemigo, por razones difíciles de explicar, se limitó á efectuar con su tropa un movimiento de avance hasta colocarse en los Graneros ó Bodegas del Conde, en la hacienda de la Compañía, á

dos y media leguas de Rancagua; donde recibió al amanecer la noticia de la presencia del ejército de Ossorio.

Mientras tanto, O'Higgins reunió sus tropas precipitadamente y marchó á reunirse con la segunda división. Llegado á los Robles se encontró con que Juan José Carrera había levantado el campo y marchado al encuentro del enemigo. Vuelve entonces O'Higgins, con dirección al oriente, cuando, á poco rato de marcha, es alcanzado por un edecán de Juan José Carrera que le participa que éste se ha visto obligado á encerrarse en Rancagua y que le llama en su auxilio.

O'Higgins entonces apresura su marcha para acudir en socorro de la segunda división.

Ossorio había dividido sus tropas en dos columnas y destacado la caballería para amagar á las avanzadas patriotas.

Perfectamente alineado el ejército realista hizo un hábil movimiento estratégico, marchando en derecha hacia el norte.

Los patriotas creyeron que el objeto de los realistas era seguir camino de la capital y cuando se propusieron caer sobre la espalda realista, en el momento en que el enemigo hubiera empeñado combate con la tercera división, Ossorio efectuó un hábil despliegue de fuerzas y con un movimiento convergente envolvió á Juan José Carrera y le obligó á guarecerse en precipitado desorden á la villa de Rancagua.

El objeto de Ossorio, que había sido, simplemente, cortar el camino de la capital á las dos primeras divisiones é impedirles su unión con la tercera, acampada en los Graneros del Conde, obtuvo un éxito feliz.

Fué en esa circunstancia cuando los mil doscientos milicianos de Aconcagua, al mando del comandante Portus, y que formaban el grueso de las fuerzas de la segunda división, se encontraron de pronto aislados y siendo el blanco de los tiros de las tropas realistas. Los bisoños soldados de la patria, armados, en su mayor número, de lanza y lazo solamente, se vieron impotentes para resistir el fuego de los realistas: y al oír el estampido del cañón y ver el estallido de las granadas que hacían estragos en sus filas, la desorganización se introdujo entre ellos y, sin saber qué partido adoptar y sin dar oídos á las voces de mando, se separaron, se dispersaron... y concluyeron por huír en diversas direcciones.

Este desastre parcial, después de la fracasada defensa del río, era el segundo presagio siniestro para la noble causa de la patria y capaz de hacer germinar en las almas débiles el desaliento que anonada; pero, felizmente, en los esforzados corazones patriotas, de aquellos de los patriotas que tenían conciencia de su deber y de la justicia de su causa, no podía quebrantarse por vanos temores la heroica resolución formada de luchar hasta la muerte.

Juan José Carrera, viendo perdidos á sus milicianos de á caballo, y amagado su reducido cuerpo de tropas por el ejército realista, vióse obligado, siguiendo las instrucciones recibidas, á guarecerse, como habíamos dicho, en la villa, á donde entró al frente del regimiento de Granaderos y de un cuerpo de Artillería.

Pocos momentos después entraba también O'Higgins á Rancagua al frente de la columna á sus órdenes, dispuesta en perfecto orden de marcha.

Penetró en la ciudad por la calle de San Francisco, dirigiendo en persona la formación de sus tropas, ordenadas de á cuatro en fondo.

La población de Rancagua que se había despertado azorada con el anuncio de la próxima batalla, con el ruido de los disparos lejanos y el bullicio de la turbulenta entrada de las tropas de Juan José Carrera, contemplaba ahora con ojos de espanto el imponente aspecto de los soldados de O'Higgins y su silenciosa entrada en la villa; y presentía el fúnebre drama que había de desarrollarse en su propio seno.

Los hombres, con sus rostros velludos y cobrizos; las mujeres, con sus fisonomías sensibles y de color pálido, con la palidez matinal; los niños con sus caritas rosadas é ingenuas: todos, asomados á las puertas, á las ventanas ó á los balcones ó agrupados en las calles, cuchicheando, agitados é inquietos, presenciaban el desfile de las tropas.

La mayoría de las miradas se fijaban de prefe-

rencia en O'Higgins, quien, seguido de sus ayudantes, vigilaba la marcha de sus tropas y su disposición regular.

O'Higgins devolvía todas aquellas miradas, paseándolas distraídamente en los abigarrados grupos y en la diversidad de personas.

De pronto, al llegar á una cuadra de distancia de la plaza, paró su atención en la figura esbelta de una joven que se hallaba á la puerta de su casa mirando la pasada de las tropas.

A medida que se acercaba O'Higgins y fijaba en la joven su vista con mayor insistencia y penetración, iba descubriendo un rostro hermosísimo y de seductor é irresistible encanto.

Guió entonces O'Higgins su caballo de manera de pasar lo más inmediato posible de la joven y, volviendo el rostro en el momento en que se hallaba á su lado, consiguió atraer la atención de la joven, y que, alzando sus grandes ojos, los fijase en él por un instante y se encontrasen sus miradas.

Aquella mirada límpida y profunda de los rasgados ojos de Laura, (pues era ella la joven que cautivaba en ese momento con su hermosura la admiración de O'Higgins), emocionó á éste de tal modo que, trastornado, detuvo su caballo para continuar aun fascinándose en su contemplación.

El edecán, que cabalgaba al lado del general, paró igualmente su caballo.

Laura que advirtió la acción de O'Higgins, comprendiendo su intención por la persistencia y ardor

de sus miradas, no pudo menos que sonrojarse, haciendo esfuerzos visibles para disimular su turbación.

El sonrojo de Laura entusiasmó á O'Higgins, quien, inclinándose al oído de su ayudante, dijo:

—¡Coronel!

—¿Qué hay?

—¡Oiga usted!

—¡Oigo!

—¡Chitón! aproxímese usted.

El coronel acercó su caballo al de O'Higgins.

—Mire usted, coronel, con prudencia, hacia mi derecha.

—Bien; ya miro.

—¿Qué? no ve usted nada?

—Nada de extraño.

—¡Cómo! ¿nada? Sí, hay algo de extraño, ¡canastos! ¡y mucho!

El edecán, abochornado, se estiró la perilla con su diestra, de un modo lastimoso.

—No veo... dijo.

—¡Pues! una niña bellísima, de una perfección extraordinaria; como jamás en mi vida había visto.

—¡Ah! ah! exclamó el edecán.

Y guiñó un ojo con malicia, para disimular su reciente torpeza.

—¿Ve usted ahora?

—¡Vaya que veo!

—¿Qué tal?

—¡Oh! es guapa, á fe mía. ¡Demonios! tiene usted razón... es hechirera.

Y sus ojos se animaron con el fulgor de la juventud.

O'Higgins repetía:

—Es muy bella, sí, es muy bella, es encantadora.

Laura, que presentía que era objeto de las miradas y sonrisas de los dos apuestos oficiales, á quienes observaba de soslayo, como así mismo de su cuchicheo malicioso y de sus lisonjas que llegaban hasta ella en un vago murmullo, se hallaba encarnada.

Afirmaba uno de sus hombros en el marco de la puerta y uno de sus brazos en su doncella Sara, á quien había llamado á su lado; y trataba de aparentar indiferencia, evitando dar el rostro á los oficiales y entregándose á un animado diálogo con la mulata.

En esos momentos habían desfilado ya, al paso de trote, la artillería é infantes de la patria y se acercaban las últimas compañías de milicianos de á caballo.

Ahí venían, al frente de sus respectivos piquetes de tropa, Luis y Armando, con bizarro continente y haciendo caracolear á sus fogosos corceles.

O'Higgins observó que el rostro de la joven adquiría una expresión de alborozo infantil y que sus ojos brillaban de entusiasmo.

Picado por la curiosidad, prestó oído atento al diálogo que mantenían Laura y la mulata.

—¡Doña Laurita! ¡doña Laurita! exclamaba ésta en aquel instante ¿Ve usted? ahí vienen los caballeros.... ¿los divisa usted?

—Sí, ya los veo, Sara; pero no alces de ese modo la voz.

Mas, la mulata, sin hacer juicio de esta recomendación de su joven ama, palmoteando de gozo, continuó diciendo:

—¡Bien le decía yo que no había motivo para que estuviera usted inquieta por don Armando! ¡Pero, usted está demasiado enamorada y no hay razones que valgan para usted!

O'Higgins sintió algo como una aguda espina que le clavaba el corazón.

—Silencio, Sara, no hables de esa manera, se apresuró á decir Laura.

—Pero, señorita, ¿qué hace usted? en qué piensa? Salude á su hermano Luis, que pasa en este momento.

Laura, que se hallaba abstraída en la contemplación de Armando, á quien veía acercarse progresivamente, envió una amable sonrisa á su hermano y volvió nuevamente la vista hacia Armando.

O'Higgins pudo entonces cerciorarse por el elocuente modo con que se saludaron Armando y Laura, en el corto espacio de algunos segundos, de que existía entre ambos un idilio de amor; que oponía una valla insuperable al logro de la pasión que acababa de germinar en su pecho.

Por otra parte, las palabras indiscretas de la mu-

lata, no le permitían desgraciadamente alentar la más leve duda.

—¡Al fin aparece don Armando! repetía Sara. ¡Y qué buen mozo está! ¡Qué bien se ve, á caballo, con su bello uniforme y espada en mano! ¡Razón tiene usted, señorita, para estar enamorada tan perdidamente de él!

O'Higgins sentía acerbo dolor que le embargaba el ánimo; y hubiera dado de buena gana un año de vida, con tal de precipitar en los infiernos á la imprudente doncella. Felizmente para él, la charlatana mulata se vió obligada muy á su pesar á guardar estricto silencio; debido á una frase de reprensión y á una miradá irritada de su joven ama.

Sin embargo, O'Higgins, siendo enteramente dueño de sí mismo, gracias al gran poder de su voluntad, no pudo menos que admirar la marcial apostura de Armando y el porte, arrogancia y excelente armamento de los soldados á sus órdenes, lo que le llamó extraordinariamente la atención.

Armando, al desfilarse junto á Laura, había deseado decir á ésta una frase de cariñoso saludo; pero, al observar la presencia del general, se vió obligado á guardar la más discreta reserva.

Mas, O'Higgins que, en su calidad de jefe superior, podía permitirse quebrantar la rigidez de la ordenanza, exclamó, cuando vió á su lado al joven:  
—¡Alférez!

E hizo un signo con su diestra para que se aproximara Armando.

Este salió inmediatamente de las filas y saludó á O'Higgins con su espada.

—¡Mi general! dijo.

Y aguardó impasible.

—¿Cómo se apellida usted?

—Armando Guijarro.

—Pues bien, señor Guijarro, le felicito por su admirable equipo militar y el de sus soldados.

—Gracias, mi general; ellos y yo, estamos á sus órdenes.

—Bien; lo tendré presente.

Y hubo una pequeña pausa; en seguida, O'Higgins añadió:

—Y... diga usted... si acaso no es indiscreción ¿quién es esa joven?

E hizo un ademán, por el que designó á Laura.

Esta, que miraba con ojos atónitos la anterior escena, bajó en el acto la vista con viva turbación, al observar que era causa inconsciente del interrogatorio de Armando.

Este, por su parte, se encendió de rubor; como niño sorprendido en flagrante delito.

O'Higgins aguardaba en vano la respuesta.

—Responda usted, dijo, sin temor, con franqueza.

—Es mi novia, replicó por fin Armando con entereza.

—¡Su novia! repitió O'Higgins, esforzándose por sonreír.

Y murmuró en voz baja:

—¡Bien decía esa majadera!

En seguida, preguntó:

—¿Y cuál es el nombre de ella?

—Laura Godoy.

El general aparentaba excelente buen humor y se permitió una chanza:

—¿Y bien, dijo, no me la ofrece usted, como sus soldados?

Y sonrió maliciosamente; sonrisa que el edecán creyó de su deber acompañar con una estrepitosa carcajada.

Armando no hallaba qué replicar; ignorando si hablaba O'Higgins con seriedad ó en tono de broma.

Este le sacó del aprieto, diciendo:

—Tiene usted una novia... que vale lo que pesa en piedras preciosas.

—Es usted bromista, general.

—¿Y se casarán ustedes?

—Así lo creo.

—Salvo que los godos se opongan, ¿no es verdad?

—Así es.

—Pues bien, reclamo el derecho de padrino para la boda.

—Gracias, general.

—¿Concedido?

—Con el mayor gusto.

—Bien; pronto hablaremos nuevamente. ¡A Dios! alcance usted su tropa.

—¡A Dios! general.

—Y Armando, después de saludar en un saludo doble y continuado á O'Higgins y á Laura, partió al galope; repasando en su cerebro las extrañas palabras habidas con el general.

Este, después de suspirar melancólicamente y mirar á Laura con amor y tristeza, marchó á la retaguardia de sus tropas, acompañado de su edecán.

—¡Coronel, dijo, he salido derrotado!

—¿Por qué?

—¿Por qué, pregunta usted? ¡curiosa pregunta! ¿Acaso no ha oído usted que esa preciosa niña tiene ya novio?

—¿Y bien?

—Que yo he llegado demasiado tarde.

—¡Quién sabe!

—¡Cómo! ¿quién sabe?

—Pues, suponga usted general que ese arrogante joven reciba una bala en medio del pecho en la batalla que vamos á empeñar.

—Bien; supuesto.

—Entonces.....

Y el edecán calló y miró cara á cara á O'Higgins; pero, la fisonomía de éste permaneció inalterable.

—¿Entonces? repitió O'Higgins.

—¡Podría usted ocupar la vacante!

—¡Diablo! ¡va usted demasiado lejos coronel!

El coronel se mordió los labios con despecho y se estiró la perilla.

Ambos guardaron silencio.

Llegados á la plaza de Rancagua, dijo O'Higgins:

Ahora... ¡olvido al amor!...¡ y recordar el deber... El amante pertenece á su corazón; el militar pertenece á su patria.

Y se adelantó con marcial arrogancia hacia el centro de la plaza, al brioso galope de su caballo y enarbolando en su diestra la reluciente espada.





## CAPITULO IX.

BERNARDO O'HIGGINS.

El rasgo de O'Higgins que hemos descrito en las últimas páginas del anterior capítulo, demuestra bien á las claras su rara presencia de ánimo en los momentos en que pesaba sobre su cabeza la responsabilidad de su ejército y la de su patria. Por unos cuantos minutos llegó á olvidar que se jugaba en aquellos instantes la suerte de Chile libre y que se levantaba en su alrededor la voraz tormenta que amenazaba aniquilarlo; y que, para contrarestar á la cual, se iba á ver obligado á poner en tortura á su imaginación y á hacer generoso derroche de valor y de audacia.

Bastó para esto que tropezara en su camino con la heroína de nuestra historia, la hermosa Laura; quien, con su belleza extraordinaria y sus hechiceros

encantos, flechó el corazón de O'Higgins con el dardo envenenado del amor.

Por su parte, Laura, enamorada locamente de Armando, sólo había mirado á O'Higgins con la mirada vaga é indefinible de la indiferencia; y sólo había visto en él su marcial apostura y su casaca con dorados galones, que indicaban á un jefe de alta graduación, y que en su carácter de defensor de la patria merecía el respeto y la admiración.

Sin embargo, cuando el general se separó de su lado, sintió Laura cierto bienestar inexplicable; pues, O'Higgins, con su presencia cercana, la persistencia de sus miradas y su maliciosa sonrisa, la tenía en un estado de sensibilidad nerviosa.

Aguardó aun un largo rato á la puerta de su casa, confiando que Luis ó Armando acudieran á calmar con su presencia los inquietantes temores que atormentaban su cerebro; mas, aguardó en vano... y retiróse entonces á una pieza interior, que hacía las veces de oratorio; y, allí, arrodillándose ante la imagen del Cristo crucificado, ocultó su lindo rostro entre las manos y rogó con fervor á Dios por aquel que se había adueñado de su corazón y de su alma.

Mientras tanto, la plaza mayor de Rancagua era el centro de un animado movimiento militar que preparaba la defensa de la villa contra el asedio de los soldados realistas.

A las ocho de la mañana había entrado O'Higgins á la plaza con la división de su mando.

Ahí le aguardaba impaciente don Juan José Carrera con sus respectivas tropas, que se habían adueñado de las bocas-calles que desembocan en la plaza.

Serio temor había abrigado Carrera de hallarse solo en tan críticas circunstancias; pues, batirse contra el ejército español con las reducidas tropas que tenía á su disposición, hubiera sido únicamente para experimentar un completo y borchoroso descalabro. Así fué que en cuanto avistó á O'Higgins iluminósele el rostro de alborozo y, clavando las espuelas en los hijares de su caballo, salióle precipitadamente al encuentro.

Colocósele al lado y dijo:

—¡Sea usted bienvenido, general O'Higgins!

—¡Gracias, general Carrera! Del mismo modo, celebro hallarle á usted aquí y ya listo para la defensa.

Ambos generales se apretaron efusivamente la mano.

—Hoy es el gran día, general O'Higgins.

—Así es, general Carrera; hoy día nos labraremos una tumba gloriosa.

—¿Se chancea usted?

—¿Por qué?

—Porque presagia usted mal.

—Digo la verdad.

—¿Es tal su opinión?

—Seguramente.

Ambos callaron un momento. En seguida, Juan José Carrera dijo:

—General, yo y mi tropa deseábamos su presencia con ansiedad.

—¿Por qué razón?

—Porque será usted nuestro jefe.

—No hay tal; se equivoca usted.

Carrera miró á O'Higgins con inquietud.

Este prosiguió:

—Es usted, general, el brigadier más antiguo.

—Verdad es.

—Y, por lo tanto, mi deber es ponerme á sus órdenes.

Carrera adquirió un semblante de gravedad y dijo con tono solamne:

—General y amigo: aunque á mí me corresponde en propiedad el mando superior, y aunque no he recibido instrucciones para entregarle mi división, sin embargo, yo reconozco á usted por nuestro jefe; porque sé que usted dará á los soldados de la patria la dirección acertada que siempre acostumbra y porque sé que mis granaderos y mis demás soldados seguirán á usted á donde quiera usted guiarlos.

O'Higgins meditó un momento y, en seguida, dijo:

—General: en nombre de la patria acepto ese poder que usted declina en mí.

Carrera mostró una sonrisa de júbilo y abrazó á O'Higgins.

Inmediatamente, le condujo al frente de su tropa y con voz entusiasta gritó:

—¡Oficiales y soldados! aquí tenéis al jefe que os ha de conducir á la victoria.

—¡A la victoria ó á la muerte! agregó O'Higgins. Oyóse una exclamación espontánea de entusiasmo y aprobación:

—¡Viva el general O'Higgins! ¡viva! gritaron los soldados con voz ronca y potente.

—¡Viva la patria! exclamó O'Higgins.

—¡Viva la patria! ¡viva! repitió la tropa.

Entonces O'Higgins, irguiendo su figura y animado el rostro con el santo ardor del patriotismo, levantó su espada con ademán noble y guerrero y exclamó con toda la fuerza de sus pulmones, de manera de abarcar con la extensión de su voz todos los ámbitos de la plaza:

—¡Muchachos! Ha sonado la hora del martirio; el ejército mercenario de los godos nos amenaza con fuerzas tres veces superiores. Es necesario que hagamos el sacrificio de la vida y que muramos matando al pie del cañón. ¡Los soldados españoles se burlan de nosotros y nos creen cobardes é incapaces de manejar el fusil y de empuñar la espada!

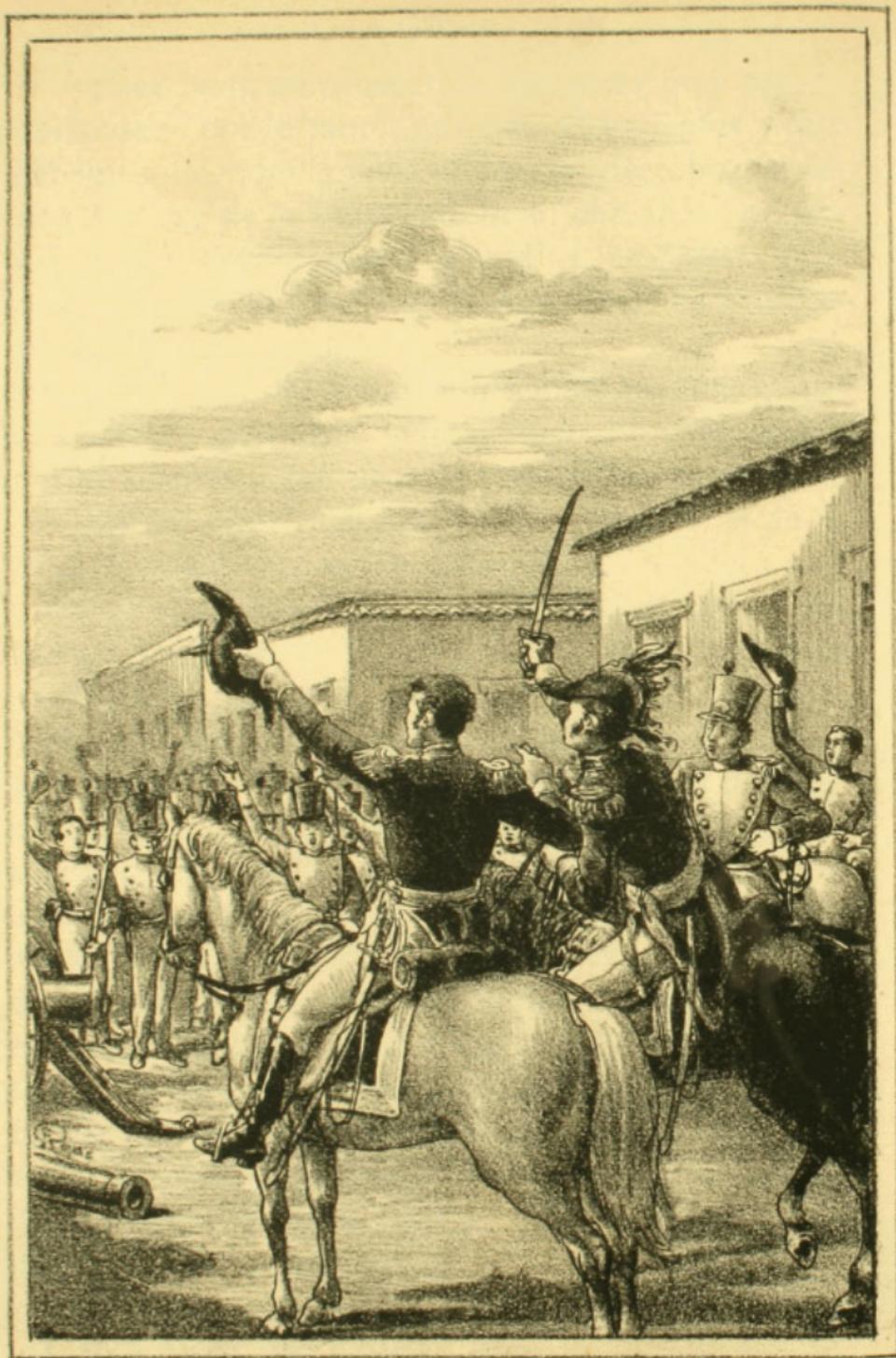
O'Higgins calló un instante y se oyó un rugido sordo que recorría las filas de los patriotas.

—Pues bien, es necesario demostrar que somos chilenos y, por lo tanto, que somos valientes y que sabemos defender la justa causa del derecho, la sagrada causa de la independencia, con más energía y con más coraje que el que ellos emplean para defender, por un puñado de oro, la causa arbitraria de un rey tirano.

—¡Bravo! ¡viva! gritaron los soldados, subyugados por las palabras vehementes de O'Higgins, por su acento vigoroso y por su bélica apostura.

—¡Muchachos! En las torres y trincheras de la villa, enarbolaremos bandera negra, bandera que indicará al enemigo con su fúnebre color que no damos ni recibimos cuartel. La bandera de Chile adornada con negros crespones ha de ser el estandarte que nos conduzca á la victoria ó nos envuelva en una muerte honrosa. Bien podemos desgraciadamente ser aplastados por el número; pero, también podemos en compensación hacer que cueste cara á los contrarios la victoria y que la sangre derramada en aras del sacrificio y en holocausto de la patria convierta el triunfo en derrota, la risa en llanto; y que al entonar el cántico de la victoria tiemblen de temor de que del sepulcro de los héroes inmolados ante el altar de la libertad broten nuevos y valientes guerreros que vacien la sangre de sus venas y precipiten su ficticio poder en el abismo de la destrucción.

O'Higgins, ahogado por la emoción, se vió precisado á hacer una pausa; su voz se había vuelto



Oyóse un grito ronco, feroz, semejante á un bramido:  
¡Vencer o morir!

ronca y su tono vibrante. El soldado se había convertido en orador; el general en tribuno.

La tropa suspensa de los labios de O'Higgins á quien veía estupefacta transformarse, presa de la inspiración del patriotismo, en la imagen imponente y terrible del Dios de la guerra, prorrumpió en exclamaciones estruendosas y unánimes de vítores y aplausos.

—¡Bravo!..... ¡Viva! ¡viva!.....

Entonces, O'Higgins, aprovechando esos momentos de entusiasmo de la tropa, gritó con voz estentórea y en el colmo del ardor bélico:

—¡Soldados de la patria! Antes de acudir á la defensa de las trincheras á oponer con nuestros cuerpos una muralla de carne humana á la entrada de las tropas realistas, es menester que, ahora que estamos todos reunidos, ahora que sentimos hervir en nuestros pechos el fuego del patriotismo gritemos, en un solo grito, sincero, espontáneo y formidable, estas tres palabras, que deben ser el lema del soldado chileno: ¡vencer ó morir! Soldados de la patria, gritad conmigo: ¡vencer ó morir!

Y los soldados, cual sacudidos por un movimiento eléctrico, se estremecieron convulsivamente; y oyóse un grito sordo, feroz, semejante á un bramido:

—¡Vencer ó morir!

En seguida, los vivas á la patria y á O'Higgins y los muera á la reyecía española atronaron el aire y se prolongaron por largo rato.

O'Higgins impartió prontamente las órdenes necesarias para la defensa de la villa; los tambores tocaron redoble; el ejército se puso en marcha; y las diversas compañías de soldados se dirigieron al paso de trote á ocupar sus respectivas posiciones.

O'Higgins en las circunstancias difíciles se engrandecía y mostraba de cuanto era capaz su celo, su serenidad y su audacia.

El hombre que en el Roble, al ver sorprendidas y puestas en fuga á las tropas de la patria por los soldados realistas, empuñando el fusil del soldado gritó: «¡A mí, muchachos! El que sea valiente, que me siga. Vivir con honor ó morir con gloria», y que, imponiendo á la tropa con su actitud y entusiasmandola con su palabra y su acción, consiguió reunir en su torno á los soldados fugitivos y, organizándolos, lanzarlos contra el enemigo y convertir en triunfo la derrota, en Rancagua á su vez había de saber enardecer el ánimo del soldado, con su voz y con su ejemplo, hasta el extremo de conducirle al heroísmo.

Por esta razón, Juan José Carrera que conocía bien de lo que era capaz O'Higgins, se dió prisa, reconociendo su superioridad, en cederle el mando superior; con lo cual, al propio tiempo, se libraba él personalmente de las molestias de la dirección.

Dió con esto Carrera una prueba de virtuosa modestia, que compensa, en alguna manera, la actitud pasiva que desempeñó en Rancagua.

A las nueve de la mañana se habían ya terminado los preparativos para la defensa y aguardaban impasibles en sus puestos los soldados de la patria el ataque del ejército realista.

La ciudad de Rancagua era, en aquellos tiempos, una villa que contaba en su seno un reducido número de habitantes.

Tenía la forma de un cuadrado, que medía ocho cuadras por cada lado; de manera que formaba una agrupación de sesenta y cuatro manzanas, divididas simétricamente por calles rectas y angostas, que se extendían en direcciones opuestas de norte á sur y de oriente á poniente.

La plaza de Rancagua ocupaba y ocupa aun, el centro de ese cuadrado; tiene una cuadra de extensión; debido á la configuración expresada, sólo desembocan en ella cuatro calles que la cortan en la mitad y que adquieren en su longitud la forma de una cruz; diferenciándose así de la totalidad de las plazas de los demás pueblos de Chile, en las cuales desembocan ocho calles que se cortan en ángulos rectos en sus esquinas.

Debido á esto, se había preferido la defensa de la villa de Rancagua por creérsela de más fácil fortificación y necesitarse de menor número de soldados.

Una avenida rodeaba el recinto de la villa; más allá de la cual, se extendían los suburbios.

Sin embargo, Rancagua era una ciudad de muy

difícil defensa por no poseer fortificación de ningún género; las casas eran todas de material ligero, adobe, paja y barro ó tabiques; no tenía abastecimiento de provisiones; y podía cortársele el agua fácilmente.

Así, pues, se comprende que Rancagua no podía resistir por largo tiempo un sitio en debida forma y sólo se debía tratar de sostenerse por el mayor tiempo posible.

Los patriotas prepararon la defensa del modo siguiente:

“Se había hecho levantar con anticipación, á una cuadra de la plaza, algunas trincheras que cerraban las cuatro calles que conducen al centro de la población. Esas trincheras, formadas de adobe, barro y madera, tenían de alto un metro y eran de grueso espesor.

“Fueron construídas en forma de ángulos salientes y mostraban frente á tres calles: á la principal que desemboca en la plaza y á las otras dos que cortan á aquella á una cuadra de distancia de la plaza.

“O'Higgins colocó doscientos hombres y tres cañones en la trinchera del sur, calle de San Francisco; cien hombres y dos cañones en la opuesta, calle de la Merced; ciento cincuenta hombres y dos cañones en la trinchera de la calle del Este; y un número igual al anterior de soldados y cañones al oeste, en la calle de Cuadra.

“El resto de las fuerzas lo colocó en la plaza,

en las torres de la iglesias, en la casa del Mercado y en los tejados de las casas.

“Destacó también algunos pelotones de fusileros, encargados de tirar de mampuesto contra los asaltantes á las trincheras é impedirles de este modo su aproximación. Para esto, hizo aspillerar multitud de casas y abrir troneras en los tabiques y tapiales.

“Los caballos fueron encerrados en corrales, en la plaza ó en los huertos vecinos. Se estableció un hospital de sangre y un cuartel general. O’Higgins se situó con su estado mayor en la casa del Cabildo. Y, finalmente, se colocaron banderas negras en la torre de la iglesia de la Merced, en las trincheras y en algunos otros puntos importantes”



---

## CAPÍTULO X.

### UN ORADOR IMPROVISADO.

Por lo que se refiere á Armando y Luis, este último obtuvo de su capitán que le permitieran colocarse en la trinchera de la calle de San Francisco, que estaba situada casi al lado de la casa de Laura; para poder así estar dispuesto á acudir en auxilio de su hermana dado caso que lo hubiera menester.

En cuanto á Armando, después de haber dejado á sus soldados en el sitio que le destinaron, se dirigió á la casa del Cabildo, con el pretexto de dar las explicaciones que fuesen necesarias acerca de lo sucedido la noche anterior.

Llegado ahí, se encontró con que, no sólo no tuvo que sufrir interrogatorio de ninguna especie, sino que, habiendo sido divisado por el general O'Higgins, que se hallaba en tal parte en ese momento, fué llamado por el general, quien, encuan- to le tuvo á su lado, le dijo:

—Amigo, déme usted su mano.

Armando, turbado visiblemente por la sorpresa, quedóse inmóvil.

—¡Vamos! ¡venga esa mano, la de un valiente! ¡y estreche usted la mía!

Armando apretó fuertemente entre las suyas la mano que le tendía el general.

—Ya estoy en conocimiento del brillante combate que sostuvo usted anoche contra varios bandidos que atacaban una casa; hombres de su talla vamos á necesitar muy pronto en la jornada que empeñaremos hoy; así pues, su fortuna y su carrera la tiene usted en su valor y en la destreza de su brazo; por lo demás, desde hoy día me impongo yo el deber de protegerle.

—Gracias, general, respondió Armando, que no se daba la molestia de preguntarse el por qué de una protección tan súbita y desinteresada de O'Higgins.

Este, aparentando perfecta tranquilidad, prosiguió:

—¿La persona asaltada anoche es la misma niña á quien vi hace un momento?

—Precisamente.

—¿Y sabe usted la causa del asalto?

—Sí; hay un hombre que ha jurado que Laura será de él.

—¡Hola!

—A propósito de esto, tengo un favor que pedir á usted.

—Hable usted, amigo.

—Se trata de ese mismo hombre.

—Bien.

—Se ha pasado al ejército realista y atacará la plaza con el enemigo.

—¡Infame! Si le cogemos, puede usted contar con mi palabra de honor de que le colgaremos de de la torre de la Merced.

—Gracias.

—Será un espectáculo divertido.

—No lo dudo, general.... pero....

—¿Pero, qué?

—Se trata del favor.

—¡Ah! ¡ah!

Armando guardó silencio; O'Higgins replicó:

—Pues, explíquese usted.

—El hombre en cuestión, dirigirá exclusivamente su ataque contra la casa de Laura.

—¡Ah!

—Por lo tanto, opino que se hace necesario defenderle.

—Es lógico.

—Así, pues, pido á usted, como gracia, que se me conceda libertad á mí y á mi tropa para batirme según las circunstancias.

O'Higgins reflexionó un momento; en seguida, dijo:

—¿Tiene usted seguridad de lo que afirma?

—Absoluta.

—Bien; me basta su palabra.

—Gracias, general.

—¿Cómo se apellida el susodicho hombre?

—Tristán Padilla.

—Lo tendré presente.

Hizo una nueva pausa; Armando aguardaba impaciente; O'Higgins continuó:

—¿Cuántos soldados tiene usted á sus órdenes?

—Veinte y cinco.

—¿La dotación completa?

—Sí, general.

—¿Son todos fusileros montados?

—Todos.

—¿Y soldados escogidos?

—Escogidos.

—¿Cómo se ha conducido usted para adquirir tales hombres?

Armando se sonrió.

—He tenido que buscarlos.

—¿De qué manera?

—Que fueran de buen porte, valientes y honrados.

—Bellas cualidades, ésas.

—En seguida, les proporcioné armas, caballos y vestidos.

—¡Caramba! ¿habrá gastado usted una regular suma?

—Algo. Soy rico.

—Merece usted bien de la patria.

Armando se calló; O'Higgins prosiguió aún:

—¿Desde cuando está usted en mi división?

—Hace solo dos días.

—¿Dónde se hallaba usted antes?

—En la tercera división con el general don José Miguel Carrera.

O'Higgins frunció el ceño y dijo con tono áspero:

—¿Por qué se ha pasado usted á mis filas?

—Porque, hablando con franqueza, parece que la tercera división no tiene muchos deseos de entrar en combate.

El general O'Higgins desarrugó el entrecejo.

—¿Con quién se entendió usted para esto?

—Con el comandante Cuevas, jefe de las milicias de á caballo.

—¡Ah, ahora recuerdo! él me ha hablado en varias ocasiones de usted.

En seguida, mudando de tono y alzando la voz, dijo:

—Bien; estoy conforme; le concedo lo que usted solicita.

Y, acto continuo agregó, sin darle tiempo á Armando para hablar:

—¡Ah! se me ocurre.... ¿quizás sea de su agrado servir bajo mis inmediatas órdenes?

—Sería eso para mí una verdadera felicidad.

—Perfectamente; voy á nombrarle á usted oficial ayudante. Además, puede usted formar parte de mi escolta personal con sus soldados ó bien ingresar al regimiento de dragones, que es el mejor de todo Chile; esto lo veremos más adelante; por de pronto, voy á extenderle el nombramiento.

Armando pronunció elocuentes expresiones de agradecimiento. O'Higgins se sentó ante una mesa, que hacía las veces de escritorio, y, al cabo de algunos segundos transcurridos en escribir, entregó á Armando un pliego firmado y sellado.

El pliego decía, en resumen, lo siguiente:

“Desde esta fecha queda bajo mis exclusivas órdenes el alférez de milicias señor Armando Gujarrero, en calidad de oficial ayudante.”

Armando, después de haberse impuesto del nombramiento, dijo:

—Espero, general, que usted no quedará descontento de mis servicios.

—Así lo creo. Márchese usted ya; pues, el tiempo apremia y los godos no tardarán en asaltarnos; yo le haré llamar á usted toda vez que le necesite.

E hizo O'Higgins un ademán para despedir á Armando.

Este dijo:

—Adiós, general.

Y se dirigió hacia la puerta de la sala.

—¡Eh, amigo! exclamó O'Higgins.

—¡General! respondió Armando, volviéndose.

—Acérquese usted.

Armando obedeció.

—No se olvide usted de decirle á su novia que soy acreedor á su agradecimiento por la licencia que he otorgado á usted.

—Lo haré, general, con el mayor placer.

—Y, ¿diga usted, alférez! ¿un joven apellidado Luis Godoy es pariente de Laura?

—Su hermano.

—¡Su hermano! repitió O'Higgins, meditando. En seguida, agregó:

—Bien, gracias; puede usted retirarse.

Armando saludó nuevamente, con un movimiento de cabeza, y salió de la estancia.

Una idea le asediaba.

—Se me figura, pensaba el joven, que el tal general O'Higgins se preocupa más de lo conveniente de mi bella Laura.

Sin embargo, bien pronto otra idea reemplazó á aquella en el cerebro de Armando: la idea de que tenía completa libertad de acción, y de que iba á poder batirse á su entera satisfacción á la cabeza de sus soldados, como un pequeño general en jefe á la cabeza de una reducida tropa; y, principalmente, que Laura no tendría ya nada que temer, puesto que él, su Armando, velaría constantemente por su seguridad y estaría listo para acudir á su lado á la primera señal de alarma á oponer con su cuerpo y el de sus fieles soldados una valla inexpugnable contra el ataque de sus enemigos.

Encantándose en tales reflexiones echó á correr desahogado en busca de sus soldados quienes al verle llegar gesticulando y accionando, presode vehemente agitación, se agruparon en su torno rápidamente, impulsados de viva curiosidad. Entonces Ar-

mándo mostróles ufano el pliego que acreditaba su nombramiento de oficial ayudante, y explicóles con frases adecuadas y enérgicas que él era para ellos algo así como un capitán.... ¿qué? cómo un capitán?... mucho más que un capitán.... ¡un capitán era una bicoca al lado de él!... algo así como un general; puesto que el general O'Higgins, que era su único superior, le legaba entera autoridad al alférez Guijarro.

Los soldados le escucharon atónitos y cuando concluyó de hablar el joven creyeron de su deber acompañarle en su alegría y exclamar á una sola voz:

—¡Viva el capitán Guijarro! ¡viva!

De buena gana habrían gritado: ¡viva el general Guijarro! pero, temieron ofender la modestia del joven y se contentaron con otorgarle el calificativo de capitán.

—Silencio, muchachos, exclamó Armando, palideciendo y mirando á todos lados con inquietud, no gritéis tan alto: ¡mirad que pueden oíros! y esto sería mal visto. Estas manifestaciones son contrarias á la estrictez de la ordenanza. Y, sobre todo, no me llaméis capitán hasta tanto que no lo sea efectivo; pero, bien podéis llamarme vuestro jefe, puesto que jefe es una palabra que puede aplicarse con igual justicia al alférez que al general; jefe es la palabra adecuada y, además, suena perfectamente al oído.

—Eso es, exclamó un sargento con aire conven-

cido. ¡Viva nuestro valiente jefe Armando Guijarro! ¡viva!

—¡Viva! repitieron los soldados á media voz.

—Bien, muchachos, bien, dijo Armando con semblante de júbilo, estoy contento de vosotros; os portáis como unos bravos y como unos sabios. Pero, os llamo ya al orden. Estas pequeñas expansiones me las permito yo con vosotros, mis soldados, como un padre cariñoso desahoga á veces su corazón con sus amados hijos; después, vuelvo á ser vuestro jefe, bondadoso es verdad pero enormemente severo, y á la menor falta contra la disciplina os despido de mis filas ú os hago encerrar en un calabozo.

Los soldados escuchaban á Armando sin pestañear.

Este prosiguió:

—Ahora, os voy á conducir ante la presencia de vuestro verdadero jefe; á quien vais á obedecer como si se tratara de mí mismo.... es una mujer, ¿comprendéis? Durante la jornada que se acerca á más de batiros contra los infames godos vais á tener la honrosa misión de vigilar por su tranquilidad y defender su vida si acaso se ve amenazada por los bandidos realistas, como desgraciadamente se teme. En cambio, os prometo que seréis bien recompensados y que no tendréis motivo de queja al término de la campaña. Con que, ¿entendéis mis valientes?

Los soldados hicieron un signo de cabeza afirmativo.

—¿Y estáis, en un todo, de acuerdo conmigo?

—Sí, respondieron los soldados á una voz.

—Bien. Entonces, hemos terminado el consejo.

En seguida, con voz gruesa y en tono enérgico gritó, en la jerga militar:

—¡Atención, soldados!... ¡A formar, filas!... ¡Armas, al hombro! ¡Media vuelta, á la izquierda!... ¡Paso redoblado, marchen!

Los soldados obedecieron estas órdenes con una rapidez y uniformidad tales que Armando no pudo reprimir cierto sentimiento de orgullo, al verse jefe de unos soldados tan disciplinados y diestros.

Guióles á la carrera hasta la casa de Laura y, hallando la puerta abierta, hizo alinearles de á dos en fondo y entrar á paso de marcha.

Al ruido que hacían los soldados golpeando con sus gruesas botas el pavimento, acudieron presurosas y espantadas Laura y Sara á imponerse de su significado, y no fué poca la sorpresa de ambas cuando reconocieron á Armando en el oficial que hacía tan bélica entrada.

Casi al mismo tiempo apareció Bernardo Olivos empuñando el fusil, cargado con doble carga; pero, al ver á Armando cuadróse militarmente y presentó armas al joven.

En cuanto á los demás habitantes de la casa no dieron en los primeros momentos señales de vida. Eran estos la cocinera y sus chiquillos, niñitos de

corta edad, que ocupaban algunas piezas contiguas al huerto. La noche anterior la buena mujer, ni siquiera había despertado con el estrépito de la refriega que sostenía Armando con los bandidos. Es natural, dormía con el sueño del justo; pero, en este caso, la expresión adecuada no es ésta sino esta otra: dormía con el sueño de los cobardes. Mas, es preciso reconocer: no todo el mundo puede ser valiente.

Mientras tanto, Armando, indiferente á lo que le rodeaba, fijaba exclusivamente su atención en los soldados y dirigía sus movimientos con precisión matemática; como si se hallara en un campo conquistado al enemigo.

Sólo después de haberles hecho alinearse en perfecto orden en el patio de la casa y descansar armas, aproximóse á Laura con el objeto de explicarle su extraño proceder.

Contó el joven en pocas palabras y precipitadamente cómo había conseguido de O'Higgins la libertad de mandar exclusivamente sobre sus soldados; omitiendo intencionalmente hacer mención de la parte que había cabido á Laura en el otorgamiento de la licencia, por haber cautivado las simpatías de O'Higgins, influyendo de este modo favorablemente en el ánimo del general. La joven había querido interrumpirle repetidas veces, para hacerle algunas preguntas que tranquilizaran su estado de inquietud; pero, el joven la había impuesto silencio, diciéndola que luego hablarían con

calma, pues, por de pronto el tiempo corría veloz y estaban amenazados con el ataque inmediato de los godos.

Y, para terminar, agregó, mirando ufano á la joven y retorciéndose airosamente el fino bigote con unas de sus manos:

—¿Qué tal, Laura? me he portado bien? ¿Dudará usted de mi cariño?

Laura le envolvió en una mirada de agradecimiento y de amor.

—¡Qué venga ahora ese bandido de Padilla, prosiguió Armando, y nos veremos las caras! ¡Y aunque traiga un centenar de godos mercenarios, estando yo con mis valientes, no tengo temor!

Y, enseguida, exclamó, dirigiéndose á sus soldados, que se hallaban embelesados en la contemplación de la radiante hermosura de Laura:

—¿No es verdad, muchachos, que vosotros no me dejaréis mentir? Y que vosotros no sois cobardes y que no les tenéis miedo á los godos?

Armando pulsaba la cuerda sensible del militar: el valor; y no necesitó de más para que los soldados se miraran unos á otros con semblantes irritados é hicieran oír un murmullo de sorda imprecación.

—Bien, muchachos, perfectamente, dijo Armando, ya sé que sois todos ustedes unos bravos; vuestras miradas y vuestros gestos me lo prueban una vez más en este momento. Por esta misma razón, os voy á confiar, como ya os he dicho, la sa-

grada misión de la custodia de la joven que veis á mi lado; se llama Laura, os la presento, es mi esposa; y queredla como yo la quiero.

—¡Armando! exclamó la joven en tono de reproche.

Armando miró á Laura y vió que estaba roja como la grana; comprendió, aunque tarde, que había dicho un solemne disparate. Había querido recomendar á Laura ante sus soldados con un título de parentesco que acreditara el afecto que la profesaba; pero se había olvidado de que Laura se hallaba presente y de que ella debía interpretar esa expresión, considerada en su sentido preciso, como un ultraje. Trató entonces de enmendar el yerro, agregando:

—No, precisamente, no es mi esposa: pero, es lo mismo que si lo fuera puesto que.....

Y se detuvo algunos segundos, cortado, y buscando ansiosamente la palabra adecuada.

—Puesto que es mi novia, dijo al fin con desembarazo.

Algunos soldados se sonrieron maliciosamente; Laura no hallaba donde fijar la vista.

Armando, recobrando su habitual presencia de ánimo, agregó, indicando con un ademán imponente á Laura:

—Es tan valiente como vosotros, muchachos, y más patriota aun que cualquiera; por esta razón, por que ama á Chile, á nuestra querida patria, está

amenazada por los pícaros godos. ¿Comprendéis, amigos míos?

Armando creyó, buenamente, que se podía permitir esta mentirilla, con el laudable objeto de encarecer la estimación de sus soldados hacia Laura.

Y lo consiguió, en efecto, puesto que ya no la miraban solamente como á una reina de hermosura y como á la futura esposa de su jefe, sino que también como á una martir, una heroína ó una divinidad de la patria, por la conservación de cuya valiosa existencia debían derramar, si se hacía necesario, hasta la última gota de su sangre.

Laura se aventuró á fijar en Armando una mirada inquisidora y de profunda sorpresa.

Este, sin embargo, prosiguió imperturbable.

—Por lo tanto, soldados, os supongo lo suficiente razonables para que comprendáis que vosotros la debéis á ella respeto, obediencia y amor; más aún que si se tratara de mí mismo, puesto que yo os mando á vosotros y ella me manda á mí.

Armando, creyendo haber dicho una frase de efecto, se calló un momento, para pasear orgullosamente sus miradas en sus estupefactos oyentes.

En seguida, agregó:

—Muchachos, para terminar, acompañadme en este viva.

Y, después de cobrar aliento, exclamó, quitándose con gentileza la gorra militar:

—¡Viva nuestra generala!

—¡Viva! repitieron los soldados, saludando igualmente con sus kepíes.

Laura se vió obligada á corresponder con repetidas inclinaciones de cabeza á tan vehementes muestras de entusiasmo.

Acto continuo, Armando formuló rápidamente sus disposiciones estratégicas á los soldados.

Dió á un sargento y á unos cuantos hombres la orden de circunvalar la casa y colocarse en sus puntos extremos y al mismo tiempo que debían hacer fuego sobre el enemigo, escogiendo para ello sitios adecuados, tenían especial misión de dar pronto aviso á la menor señal de un ataque directo á la casa.

El, por su parte, con el resto de sus hombres se batiría según las circunstancias y por de pronto les hizo situarse á lo largo de las tapias vecinas, con el propósito de hacerles disparar contra los asaltantes á las trincheras.

Después de dejar Armando á sus soldados en sus respectivas posiciones, encaminóse al interior de la casa con el objeto de hablar nuevamente con Laura, aprovechando que los realistas no daban aun comienzo al ataque.

Después de haber atravesado el huerto y entrado en el patio, dirigióse el joven resueltamente á la sala que ya conoce el lector y que estaba contigua á la calle, pensando encontrar en ella á Laura, cuando, al enfrenar á la puerta principal, vióse

de pronto obligado á echarse violentamente hacia atrás y dar un salto de costado.

Dos hombres cruzaban en ese momento el umbral de la puerta de calle. Uno de esos hombres era Luis; el otro, que había motivado el extraño movimiento de Armando, era nada menos que el general don Bernardo O'Higgins.

Ambos entraron resueltamente en la sala.

Armando permaneció inmóvil, cruzóse de brazos y entregóse á sombrías reflexiones.

La sorpresa le embargaba el ánimo y los celos le roían el alma.

¿Con qué objeto visitaba O'Higgins á Laura y en tales circunstancias? Por qué demostraba tan vehemente interés por la joven? Estaría acaso prendado de su belleza y trataba de suplantarla en en el corazón de Laura?

Multitud de ideas funestas bullían en el cerebro de Armando. Furiosos deseos le animaban á lanzarse á la habitación é indagar la verdad, pero el respeto y la obediencia le contenían; pues, O'Higgins era su superior, su general, y un acto semejante de atolondramiento, habría bastado para precipitarle en su enemistad.

Aun, había temblado de temor de que O'Higgins le sorprendiera en tal paraje en los momentos en que todos se hallaban en sus puestos de combate y con las armas empuñadas, aguardando al enemigo.

De súbito, despertóle de su abstracción y ensi-

mismamiento un ruido sordo que llenó el espacio, mezcla confusa de voces y de gritos que se acercaban y se alejaban.

Armando llevóse maquinalmente ambas manos á la empuñadura de su espada.

—¡El enemigo se aproxima! pensó.

Casi al mismo tiempo oyó una voz que gritaba:

—¡Los godos á la vista!

Miró Armando con viveza en todas direcciones; pero, á nadie vió.

—¡Señor, señor! exclamó la misma voz, que parecía que provenía del cielo por la dirección en que sonaba.

Alzó Armando la vista y percibió á Bernardo agazapado sobre el tejado de la casa.

El semblante de Bernardo se había rejuvenecido con una sonrisa de júbilo y sus ojos relampagueaban.

Armando vociferó con voz ronca:

—¡Hola, Bernardo! ¿qué nueva tenemos, nos atacan ya los godos?

—No, señor aun no, hay que tener paciencia; pero, se están formando en línea de batalla en el extremo de la calle y muy luego podremos dar comienzo á la fiesta.

Armando no quiso oír más y echó una última mirada á la puerta de la sala.

En ese momento salió del interior Luis, y se dirigió corriendo hacia la calle.

Armando aguardó aun algunos segundos, espe-

rando que O'Higgins hiciera otro tanto; más aguardó inútilmente.

Tomóse entonces el joven desesperado la cabeza con ambas manos.

Al cabo de un momento, exclamó:

—¡La patria es lo primero!

Y se precipitó á la carrera y espada en mano en busca de sus soldados, á fin de guiarles al combate.

—¡Qué extravagante es ese joven, murmuró reflexivamente Bernardo, y que aturdido parece!

En seguida, tendióse pausadamente cuán largo era, sobre el tejado de la casa, acomodóse perfectamente y apoyando el fusil sobre el vértice del ángulo formado por los planos inclinados de las tejas, esperó impasible, con la vista en acecho y la mano en el gatillo, el momento oportuno de iniciar el fuego.



---

## CAPITULO XI.

### EL AMOR EN CAMPAÑA.

¿Por qué se hallaba O'Higgins en casa de Laura?

Para explicarlo nos vemos obligados á retroceder hasta el instante en que Armando abandonaba la casa del Cabildo, después de la conversación habida con el general.

Este, en cuanto se vió solo, llamó á su edecán y le dió la orden de hacer venir inmediatamente á Luis Godoy.

Algunos momentos después apareció Luis, poseído de la sorpresa consiguiente á un llamado semejante, sorpresa que se hacía fácilmente visible en su franca fisonomía.

O'Higgins resolvió tratar el asunto con llaneza militar.

—Alferez Godoy, dijo, he sabido hace unos cuantos instantes que tiene usted una hermana en Rancagua, ¿es efectivo esto?

Estas palabras causaron en Luis un efecto idén-

tico al que le hubiera producido una bomba que estallara en la mitad del aposento.

—Sí, general, balbuceó.

O'Higgins observó el asombro del joven.

—No se admire usted, dijo, de mi manera de expresarme; pues, desgraciadamente, nos ha de faltar el tiempo.

Luis se abochornó, á su pesar, y trató de componer su semblante.

O'Higgins prosiguió:

—Me intereso por usted, señor Godoy, y estoy satisfecho de su comportamiento en el ejército; además, ayer ha desempeñado usted perfectamente una comisión delicada.

Luis oía sin replicar.

—Por lo tanto, me tomo interés también por su hermana, á quien he tenido el placer de ver y admirar, en circunstancia que entraba yo á este pueblo con mis soldados.

Luis se devanaba inútilmente el cerebro preguntándose á donde querría ir á parar el general con tales rodeos.

O'Higgins continuó:

—Sé que se halla amenazada de un grave peligro; además del peligro general á que estarán expuestos todos los habitantes de esta villa existe otro personal para ella.

Luis pasaba de la sorpresa á la estupefacción. O'Higgins, sin embargo, proseguía hablando, im-

pasible; su tono de voz era enérgico y sus palabras rápidas.

Mas, para satisfacer en alguna manera la natural curiosidad del joven, agregó:

—¡Lo sé todo!

En seguida, dijo:

—Hace unos cuantos minutos que he concedido licencia al alférez Guijarro para que defienda con sus soldados á su hermana de usted.

—¡Demonio! pensó Luis, es más listo Armando de lo que parece.

O'Higgins continuó:

—Mas, no me basta esto y estoy dispuesto aun á hacer algo más por ustedes.

Hizo una pequeña pausa y después dijo con firmeza y desembarazo:

—Haga usted el servicio de llevarme á su casa; deseo vivamente ofrecer mis respetos á su hermana de usted y al mismo tiempo persuadirla á que acepte lo que he de proponerla para su propio bien.

Luis se hallaba poseído de confusión y extrañeza.

—Gracias, general, mil gracias, murmuró; usted nos honra sobremanera.

—No se trata de eso, amigo; le repito á usted que me hará usted un verdadaro servicio en ello.

En seguida, agregó:

—Vamos, pues; el tiempo apremia.

Ambos se dirigieron con paso apresurado hacia la puerta de la sala.

En el umbral, un oficial que llegó corriendo y agitado, les detuvo el paso.

El oficial saludó militarmente y dijo:

—¡Mi general!

—¿Qué hay?

El acento de O'Higgins era breve y su tono áspero.

—Traigo noticias del enemigo.

—¡Veamos! ¿cuáles son?

—Rancagua ha sido ya completamente cercada.

—Bien.

—El ejército realista parece que se prepara para el asalto inmediato.

O'Higgins no replicó.

—Aguardo sus órdenes, dijo el oficial.

—¿Se ha observado, preguntó el general, algún cambio de organización en las cuatro columnas del ejército enemigo?

—Ninguno, general.

—¿Y se disponen á atacar simultáneamente por los cuatro puntos cardinales?

—Sí, general.

—Bien; haga usted dar el alerta á los capitanes de las trincheras y á los jefes de los puestos de avanzada.

El oficial saludó nuevamente; y partió á dar cumplimiento á las órdenes de O'Higgins.

Este volvióse entonces hacia Luis y le dijo:

—Tenemos aún algunos minutos disponibles; aprovechémoslos.

Instantes después estaban ambos en casa de Laura.

Fácil es de imaginar la sorpresa, mezclada de disgusto, que experimentaría Laura, al reconocer al oficial que dos horas antes la había hecha sonrojarse con sus miradas y sonrisas.

Sin embargo, esta impresión fué rápida y propia solo del primer momento.

Luis adelantóse hacia su hermana y dijo, en tono solemne:

—Laura, tengo el honor de presentarle á Su Excelencia, el general O'Higgins, que nos honra en este momento con su visita y tiene la bondad de interesarse por nosotros.

Esto lo pronunció con la verbosidad del colegial que recita una lección, cuidadosamente aprendida. Y, efectivamente, Luis durante el trayecto desde el despacho del general hasta la casa de Laura, había estado componiendo en su mente una frase de introducción para O'Higgins que fuera digna de un personaje semejante.

Laura se estremeció al oír las palabras de Luis: el oficial á quien había cautivado era nada menos que el general O'Higgins, uno de los más eminentes patriotas chilenos.

O'Higgins saludó á Laura con delicada urbanidad.

—Soy su admirador y su esclavo, señorita, dijo.

Laura fijó en él sus grandes y rasgados ojos; pero, se encontraron con la mirada ardiente de O'Higgins y le fué preciso bajar la vista.

O'Higgins volvióse entonces hacia Luis y le dijo:

—No me dé usted, señor Godoy, el tratamiento de Excelencia; aquí, para ustedes, soy nada más que un amigo... y un amigo verdadero.

Luis se ruborizó inocentemente, creyendo de buena fe que había dicho un solemne disparate al dar el título de Excelencia á su general.

En seguida, todos tres tomaron asientos.

Laura aprovechó un momento de descuido de O'Higgins para dirigir sobre él una escrutadora ojeada.

O'Higgins, que contaba en aquella fecha alrededor de treinta y cinco años de edad, era un hombre de menos que regular estatura, pero de constitución vigorosa, anchas espaldas y pecho levantado. Su rostro, sin ser hermoso, era de viva y agradable expresión; tenía el sello impreso de la inteligencia y del carácter. Su cabellera era crespa y de color castaño; estaba peinada en forma de tupé, según era moda en aquella época, es decir, rizada á contrapelo y con cierto descuido desorden. Su frente era ancha y espaciosa. Sus ojos, medianos, de de color azul y de mirada enérgica; y debido á cierto efecto de sus párpados, adquirían frecuentemente una expresión severa y de iracundia.

Laura comprendió que ese hombre podía llegar á inspirarla aprecio, pero no amor.

O'Higgins resolvió explicarse en pocas palabras, conforme lo requerían las circunstancias; así, dirigiéndose á Laura, dijo:

—El objeto de mi presencia en esta casa, en los críticos momentos en que estamos rodeados de un poderoso ejército enemigo, que dentro de unos pocos minutos más dará comienzo á un asalto general y á un peligroso bombardeo, no es otro que el de ofrecer á usted un albergue seguro, mientras tanto dure la batalla.

—¡Hola! dijo para sí Luis, ¡con qué tales intenciones teníamos general!

O'Higgins hizo una pausa, pero Laura no se aprovechó de ella, conforme esperaba el general.

Poseída de asombro, se limitó á interrogar á O'Higgins con la mirada, como pidiéndole la explicación de su extraña propuesta.

Este continuó:

—Estoy en conocimiento del ataque de que ha sido usted víctima anoche y me permito felicitarla por haber librado de él de una manera tan admirable.

—Gracias, señor, dijo Laura.

—Además, sé que esa misma persona que hacía de jefe anoche en el atentado, combatirá hoy á la cabeza de los realistas y dirigirá de preferencia sus armas contra esta casa.

Laura hizo un signo de cabeza afirmativo.

—Por otra parte, hay el peligro general de la batalla, de las balas, de las granadas, de un in-

endio; en fin, su vida está seriamente expuesta si permanece usted aquí, en su propia casa.

Laura oía sin replicar.

—Por lo tanto, prosiguió O'Higgins, me he impuesto el honroso deber de constituirme en su salvaguardia y tengo el placer de ofrecer á usted un asilo en mi propia casa, en la casa del Cabildo; pongo un departamento á su disposición, donde puede usted estar con regular comodidad y libre de toda inquietud.

—¡Demonios con el general! pensó Luis. ¡Está enamorando á mi hermana! ¡Vaya, y qué galante es! ¡Pobre de Armando, en buen aprieto se va á ver!

Laura, confusa, no hallaba qué responder.

—Gracias, señor, dijo, es usted demasiado amable.

Mientras tanto, habíase formado en su interior el firme propósito de no abandonar su casa; ella no tenía miedo; tendría á Armando á su lado que sabría defenderla. Además, quería conservar su libertad; O'Higgins la infundía respeto mezclado de temor; y, principalmente, Armando se enfadaría y tendría celos de O'Higgins si admitía tal oferta.

—¿Es decir que acepta usted? preguntó O'Higgins.

Laura se sobresaltó.

—¡Oh, no! dijo, con natural vehemencia.

O'Higgins se mordió los labios, poseído de despecho.

Luis resolvió entonces terciar en la conversación.

—¡Cómo, Laura! dijo, ¿por qué rechaza usted una proposición tan magnífica? por qué ofende de esta manera al general, que tiene la bondad de preocuparse de usted en tan difíciles circunstancias?

Laura buscaba con afán una excusa que alegar.

Al fin la halló y dijo:

—No veo la razón suficiente para molestarle. O'Higgins entrevió una esperanza.

—¡Oh, molestias!... comenzó diciendo.

Pero, Luis, de súbito, como inspirado de una grande idea, dijo, con su ruda franqueza característica, sin parar la atención en que interrumpía á su general.

—¡Ah, ya caigo!

O'Higgins, sorprendido, volvió el rostro hacia Luis.

Este continuó:

—¡Bien sé por qué Laura no accede á su propuesta, general! ¡el amor es causa! Con seguridad es porque no quiere alejarse del lado de Armando, su novio, que estará ahí por los alrededores, rondando la casa.

O'Higgins frunció el ceño y apretó convulsivamente sus dientes.

Laura encendióse con un vivo carmín.

El silencio reinó en la sala por algunos instantes.

Luis, sorprendido, tuvo tiempo de repasar en su mente las palabras pronunciadas y comprendió

que había dicho un desatino, mayor aún que el anterior. Aunque él trató de evitarlo, ruborizóse como su hermana.

La situación de todos se había hecho embarazosa.

De pronto, oyóse un murmullo vago y ronco, unas voces confusas; era el mismo ruido que había alarmado á Armando.

Luis saltó de su asiento, acercóse á la ventana y, después de asomar la cabeza por ella, volvió al centro de la estancia y dijo, con la voz trémula y el acento nervioso:

—¡Mi general!

Y se detuvo sofocado; sus ojos brillaban y su rostro estaba radiante.

—¿Qué nueva tenemos? preguntó O'Higgins.

—¡Por fin nos ataca el enemigo!

—¿Está usted seguro?

La voz de O'Higgins era enérgica y firme; su semblante estaba sereno.

Luis respondió:

—Sí, general; se observa un movimiento extraordinario entre nuestros soldados y se oyen las voces de alerta.

O'Higgins levantóse de su asiento.

Luis no aguardó más y, en actitud de emprender la carrera, exclamó, con vehemencia:

—General, ¿puedo ir á ocupar mi puesto?

—¡Bien, vaya usted! dijo O'Higgins, haciendo

ademán de despedirse; yo también marché inmediatamente.

Antes de concluir O'Higgins estas palabras, ya Luis se había abalanzado hacia la puerta y estaba en la calle.

Mientras se alejaba, se felicitaba en su interior de haber escapado de una manera tan imprevista y oportuna del difícil trance con el general en que le había metido su torpeza.

Llegó á la trinchera y, abriéndose paso impetuosamente por en medio de los soldados agrupados, ocupó el sitio arriesgado que le correspondía en la primera fila y que el entusiasmo patriótico del joven se había conquistado.

Mientras tanto, el general, al propio tiempo que Luis salía de la sala, acercóse á Laura y, tendiendo su mano, dijo, con expresión noble y sentida:

—Señorita: llevo de usted un recuerdo, que es la herida que ha abierto en mi corazón.

Laura estaba visiblemente turbada; abandonó su preciosa y diminuta mano al general y permitió, inconscientemente, que se la estrechara entre las suyas.

Laura se sentía incómoda en presencia de O'Higgins; comprendía, á su pesar, que la dominaba con su lenguaje y sus maneras.

Efectivamente: si bien Laura, con su obstinada resistencia, había vencido á O'Higgins, en cambio, aquella á su vez había sido vencida por el general, por su caballerosidad y discreción.

Sin embargo, O'Higgins resolvió no emprender la retirada sino de una manera honrosa.

Así, acariciando la manecita suave de Laura entre las suyas, dijo mirándola fijamente y con marcada intención:

—¿Es verdad que es por ese joven Armando porque usted no acepta mi oferta?

Laura estremeciéndose nerviosamente y retiró con viva presteza su mano.

—No, dijo, con tono evasivo, usted se equivoca; yo no he dicho tal cosa.

—¡Ah, si usted supiera lo que me hace sufrir su ingrato modo de proceder!

Laura resolvió sacudir su bochorno.

—Sino acepto su generoso ofrecimiento, dijo, es porque aun no veo un riesgo tan serio é inminente que sea excusa suficiente para ello.

—¿Es decir, se apresuró á exclamar O'Higgins, que usted aceptará mis servicios si llega á tener necesidad de ellos?

—Sí, dijo Laura.

—Bien, cuento con su palabra.

—Y cuente usted también con mi agradecimiento.

—¡Adiós! dijo O'Higgins, inclinándose.

E, inmediatamente, agregó:

—He perdido para la patria por causa suya unos momentos que son preciosos; sin embargo, los considero bien empleados.

—Gracias, señor.

—¡Adiós! repitió O'Higgins.

—¡Adiós! dijo Laura.

Y el general salió en seguida de la estancia, con el paso rápido y la frente erguida.

Momentos después, se hallaba á caballo, recorriendo al galope el recinto interior de la villa, alentando con sus palabras enérgicas y su actitud imponente á los mil ochocientos milicianos de la patria que, parapetados tras de sus débiles trincheras, sostenían impertérritos los furiosos bríos con que los acometían cuatro mil setecientos soldados realistas.

Después, aprovechando algunos minutos de tregua que se vió forzado á conceder el enemigo, dirigióse á la iglesia de la Merced y subió á su torre.

Ahí, aislándose de las personas que formaban su séquito, cruzó los brazos sobre su pecho y fijó su mirada de águila en el imponente paisaje que se extendía bajo sus plantas.

Vió á Rancagua con sus casas pintarrajadas de diversos colores, con sus agrestes arboledas, con sus calles que se entrecruzaban. Vió á los soldados de la patria firmes en sus puestos; vió á los soldados realistas agitarse y moverse en todas direcciones; exploró el horizonte, esperanzado de descubrir alguna polvareda que le indicase que acudían defensores en auxilio de la ciudad sitiada. Y, luego, sus ojos se dirigieron á un solo punto, á una casa: su vista se turbó; y vió á los edificios, á

los árboles y á los hombres, en confuso desorden, unirse, transformarse y convertirse finalmente en una nube sombría...

Entonces su imaginación representóle ante su vista una figura ideal, vaporosa; una joven de rostro hechicero y de formas seductoras que, sonriendo cual un demonio fascinador, le brindaba el secreto tesoro de sus gracias y de sus encantos.

Estremecióse convulsivamente, y volvió á la realidad.

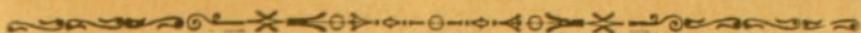
Entonces, reflexionó:

¿Por qué extraño fenómeno del corazón, él, que no había amado en el transcurso de su vida, sino allá, en los tiempos pasados, en su infancia, en playa extranjera y en un clima nebuloso, á una belleza fría de raza sajona, se sentía ahora arrebatado de pasión hacia una joven criolla de ojos de fuego y de sangre ardiente? ¿En virtud de qué rara coincidencia había tropezado en el camino de su vida con tan perfecta beldad y en tan azarasas circunstancias? ¿Debido á qué misterioso poder habían bastado unos cuantos minutos para que su admiración elevara un santuario á la adoración de una mujer? ¿Qué secreta atracción le enajenaba y le cautivaba su voluntad en los instantes en que se jugaba su propia vida y la de sus soldados en el terrible juego de la guerra? ¿Por qué fatalismo irresistible sentía crecer en su pecho la llama del amor, á medida que veía crecer los obstáculos que se oponían á la realización de sus ensueños?

Problemas son estos que no poseen solución y que se resuelven en frases, más ó menos enigmáticas: ¡Misterios de la vida!... ¡Caprichos de la suerte!... ¡Designios de Dios!

El general embrollóse la mente en sombrías reflexiones; pasóse una mano por la frente, como para despejar sus ideas; y, en seguida, acercóse al grupo formado por sus acompañantes.





## CAPITULO XII.

### EL PRIMER ASALTO.

Antes de dar comienzo á la narración de la batalla, con todos sus variados incidentes y sus múltiples peripecias, nos trasladaremos al campamento realista y retrocederemos hasta algunos minutos anteriores á iniciarse el combate.

Ossorio había dividido su ejército en cuatro gruesas columnas de tropa, con el designio de hacerlas atacar simultáneamente á Rancagua por sus cuatro puntos cardinales.

Los cuatro cuerpos de ejército recibieron la orden de circunvalar la villa, ocupando las avenidas de Rancagua y posesionarse de las bocacalles que conducían al centro del pueblo.

La caballería realista, exceptuando á los Húsares de la Concordia que formaban la escolta personal de Ossorio, se situó en la Cañada de Rancagua, que se extiende al norte de la villa y que hoy día lleva el nombre de Bernardo O'Higgins.

Los trecientos cincuenta jinetes que la formaban,

tenían la misión de impedir cualquier intento de salida de los patriotas con el propósito de unirse al resto de las fuerzas chilenas estacionadas en el camino de Santiago.

Ossorio estableció su cuartel general en unas casas situadas á la salida del pueblo, en la Avenida Sur de Rancagua, que ahora se denomina Avenida Millán, en honor al valiente defensor de la trinchera de la calle de San Francisco. Daba su frente el cuartel general realista al convento de los R. R. P. P. Franciscanos, donde se estableció el hospital militar.

En nuestros tiempos, Rancagua ofrece al viajero un interés extraordinario: el interés de la historia y el interés de los grandes sucesos. Sus calles, sus iglesias, su torre; sus plazuelas y plaza; sus casas, sus murallas; sus campos adyacentes; todo habla al viajero con el lenguaje mudo pero expresivo de esos objetos materiales, que han sido testigos del más brillante episodio de la sangrienta guerra de la independencia y que se conservan como un recuerdo perenne de glorias tradicionales.....

Algunos minutos antes de darse comienzo á la batalla, Ossorio se hallaba en animada conversación con un hombre de apariencia extraña.

La oficialidad que formaba el estado mayor de Ossorio, retirada á unos cuantos pasos de distancia de éste, cuchicheaba maliciosamente y examinaba con viva atención el singular aspecto del interlo-

cutor del general y hacía comentarios de las apremiantes instancias mediante á las cuales se había hecho conducir á su presencia.

El hombre de que tratamos tenía desfigurado el rostro por un ancho verdugón amoratado, su brazo derecho estaba en cabestrillo y vestía el traje de paisano: era Tristán Padilla. Su rostro estaba lívido y tenía la expresión de la fatiga y de la fiebre. Había pasado la noche tendido en el campo, teniendo por lecho las yerbas del prado y por habitación la espesura de un matorral. No bien había amanecido, se había puesto en marcha en busca del ejército realista. Al cabo de tres horas de cansadas pesquisas había dado con él. Ossorio recibióle benévolamente, aunque con marcadas muestras de reserva. Sin embargo, Padilla supo darse aires de importancia y cautivar la atención de Ossorio á tal extremo que éste, seducido por las palabras de Padilla que eran un feliz augurio para él y su ejército, abandonóse á la alegría, que animó su semblante con una marcada expresión de júbilo y que se desbordó en una entusiasta fraseología.

No bien Padilla hubo concluído de hablar, Ossorio dijo:

—¿Así que, señor, usted cree que entraremos fácilmente en Rancagua?

Y sus ojos brillaban de entusiasmo y se restregaba las manos sonoramente.

—Tal creo, general, respondió Padilla, por las razones que ya he tenido el honor de expresar.

—¿Dice usted que no hay grandes obras de defensa?

—Precisamente, sólo unas cuantas barricadas de adobes.

—¿Y que sólo están en la villa un reducido número de soldados?

—Sí, general.

—¿Y que carecen de buenas armas?

—Así es.

Ossorio volvióse entonces hacia su estado mayor.

—Señores oficiales, acérquense ustedes, dijo.

Los oficiales, impulsados de viva curiosidad, se dieron prisa en agruparse en torno de su jefe.

Ossorio adquirió un aspecto de importancia y dijo, con gravedad:

—Señores, esta tarde comeremos en Rancagua. Los oficiales hicieron un movimiento de sorpresa.

Ossorio prosiguió:

—Desde este momento quedan ustedes invitados á mi mesa... Tengan ustedes la certidumbre de que celebraremos debidamente el triunfo.

En seguida, para satisfacer las miradas interrogadoras de los oficiales que le rodeaban, agregó:

—Me han comunicado noticias que me autorizan para asegurar que en vez de una batalla tendremos una simple escaramuza; así como hemos derrotado esta mañana á la caballería enemiga, venceremos sin dificultad el resto de las fuerzas insurgentes.

Los oficiales demostraron su aprobación con repetidos signos de cabeza y expresivas frases.

Ossorio, señalando entonces á Padilla, dijo:

—He recibido preciosos informes de este caballero; es un amigo de nosotros.

Padilla y la brillante oficialidad española se saludaron con afectadas inclinaciones de cabeza.

En ese momento entró un oficial con paso apresurado.

Todos los circunstantes fijaron su atención en el recién llegado.

Este dirigióse resueltamente hacia el general Ossorio; saludó y dijo:

—General.

—Hable usted, exclamó Ossorio, ¿hay alguna novedad?

—Las diversas divisiones han ocupado ya sus respectivos puestos.

—Bien, muy bien, perfectamente; ¿así que sólo aguardan la orden de ataque?

—Sí, general.

—Pues, vaya usted inmediatamente, y trasmítale la orden á los jefes de las cuatro divisiones para que organicen sus tropas en columnas de ataque y que las lancen á la carga, á un mismo tiempo, por las cuatro calles principales.

—Bien, general.

—¡Vamos, en marcha! agregó Ossorio, al ver que el oficial permanecía inmóvil.

—Es que... dijo éste.

Ossorio le interrumpió:

—¡Ah! ¿hay aun otra noticia?

—Sí, general

—Pues, veamos.

—Los patriotas han enarbolado bandera negra en la torre de la ciudad y los estandartes de las trincheras, tienen lazos negros.

Hubo un movimiento general de sorpresa.

—¡Hola! dijo Ossorio, ¿qué significa eso?

—Parece, contestó el oficial, que no tendremos cuartel.

Ossorio soltó una estrepitosa carcajada que su estado mayor secundó de buena gana.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamó con tono sarcástico, ¡con que también son fanfarrones estos señores insurgentes! ¡No sólo se meten á guapos sino que, además, pretenden infundirnos miedo!

En seguida, dirigiéndose al oficial, dijo:

—Bien, dése usted prisa y comuniqué mis órdenes sin tardanza.

El oficial salió acto continuo de la sala.

Ossorio charló aun algunos instantes con su estado mayor, ridiculizando lo que él llamaba una baladronada de los patriotas.

Padilla hacía todo género de gestos y empleaba toda clase de actitudes con el objeto de atraer la atención del general. Al fin éste observó los significativos ademanes de Padilla y acercándose á él, le dijo:

—Quedo agradecido de usted por los valiosos datos que me ha suministrado.

—En compensación, general, se apresuró á decir Padilla, espero que usted me concederá el permiso que ya he solicitado.

—¿Cuál?... no recuerdo.

—El de alistarme en el ejército del rey.

—¡Ah! naturalmente... siempre son bien recibidos en nuestras filas los leales servidores de su majestad como usted.

—Gracias, general.

—Pero, señor, usted no podrá entrar en combate.

—¿Por qué, general?

—Porque está usted herido.

—Es verdad... sin embargo...

—Yo le recomendaré al mejor cirujano de nuestro ejército, para que cure su herida; verdaderamente, está usted espantoso con sus orejas azulejas y su aspecto de fiebre: usted necesita reposo y cuidados.

—Gracias, general... sin embargo...

—Sin embargo... ¿qué?

—No me es posible aceptar su oferta.

—Diga usted la razón.

—Es menester que entre yo uno de los primeros á Rancagua.

—¿Tan valiente es usted?

—No se trata de eso, general, sino que es preciso que no se escape cierta personita de Rancagua.

Y al decir la palabra personita con acento enigmático, se sonrió con su risita característica: ¡je! ¡je! ¡je! y mostró sus dientes que apretaron nerviosamente sus labios contraídos.

Ossorio observó con curiosidad y disgusto el rostro descompuesto de Padilla y la mirada aviesa de sus ojos.

Padilla agregó:

—Desde este momento, general, reclamo mis derechos sobre esa persona, á quien pienso hacer mi prisionera de guerra... ¿espero que usted no se opondrá á tan santas intenciones?

—De ninguna manera; pero, no se preocupe usted de eso por ahora.

—Pero, general, ya le he dicho á usted.....

—¿Qué?

—¡Que es necesario que no se escape!

—Pierda usted cuidado que no saldrá nadie de Rancagua sin mi permiso.

Y el general dijo esto en un tono que no admitía réplica y sonriendo con aspecto satisfecho.

En seguida, hizo conducir á Padilla á la ambulancia militar para que le vendaran con el mayor esmero posible su herida, y después, reuniéndose á su estado mayor, salió del cuartel general para presenciar el desarrollo de la batalla que en esos momentos se había ya empeñado.

Una vez formados los realistas en orden de batalla en el extremo de las calles que desembocan en la plaza, los jefes impartieron la orden de ata-

que y las cuatro divisiones se precipitaron á la carga al asalto de las trincheras.

Los realistas corren animados por fogosos bríos y alientan la íntima persuasión de que la victoria será fácil y de que los patriotas al ver el grueso número de sus contrarios y su imponente aspecto han de rendir armas después de un corto tiroteo.

Mas, la decepción no tarda en sorprenderles, y en su carácter de imprevista, como toda decepción, les sobrecoge, les hace vacilar, les anonada... los realistas son, por fin, rechazados en su primer esfuerzo.

En la calle de San Francisco fué donde el combate se verificó con más encarnizamiento, con más sistemática tenacidad... fué donde ambos contendientes emplearon mayor arrojo de valor y mayor suma de destreza.

Ossorio había ordenado el asalto en ese paraje á lo más selecto de sus tropas, á la tercera división, mandada por el coronel Rafael Maroto. Ahí estaban los Talaveras, el Real de Lima y el Escuadrón de Húsares.

Maroto, español acérrimo, ufano de sus combates en la península ibérica, comandante de los Talaveras, organiza su tropa en columnas cerradas de ataque y la hace arrojar al asalto de la barricada patriota.

Velasco, comandante del Real de Lima, que observa esto, le grita:

—¡Coronel! Así piensa usted atacar una trinchera.

Maroto encendióse en cólera, y dijo:

—A un oficial como yo, que se ha batido contra Napoleón, no es usted quien debe hacerme observaciones.

Y se llevó las manos al pecho y se retorció ufánamente el bigote.

Los patriotas al ver acercarse á los soldados realistas, aguardan impasibles que se hallen á tiro de pistola y á las voces de: ¡fuego! ¡fuego! dadas á un mismo tiempo por los jefes Millán y Astorga, la trinchera vomita un torrente de balas y metralla, que destroza á los realistas, les detiene y les espanta. Sin embargo, obedientes á la voz de sus jefes, se rehacen y comienzan un vivo fuego de fusil contra la trinchera. Mas, los tres cañones patriotas ametrallan sin cesar á los soldados españoles y las punterías de los rifleros son regularmente certeras porque sus rifles están sobre mampuesto.

Los realistas ven diezarse sus filas; sus mejores soldados, los más osados y que han avanzado hasta la trinchera enemiga han quedado tendidos sobre el terreno.

Los Talaveras, al fin, vacilan, retroceden y concluyen por huír.

La noticia de la derrota de los Talaveras es transmitida en el acto al general Ossorio que se había retirado al cuartel general á charlar tranquilamente con algunos de los oficiales que formaban su

estado mayor, y esperar ahí la nueva de la entrada de su ejército á la villa.

Fácilmente se calculará, pues, el efecto que produciría en él, el aviso de tamaño desastre. La impresión cortóle en los primeros momentos el uso de la palabra, enrojeciósele el rostro hasta el extremo de adquirir un color amoratado y sus manos se crisparon de furor.

—En seguida, dando una forma verbal á sus tumultuosos pensamientos, dijo:

—¡Cómo! ¿es posible? los Talaveras han sido derrotados?

—Sí, general.

—No, usted se equivoca... ¡esto no puede ser!

El oficial se calló; no atreviéndose á contradecir á su jefe.

Este se paseó agitado durante algunos segundos por la sala, haciendo enérgicos ademanes con sus brazos.

Después, detuvoóse delante del oficial ayudante que le había traído la noticia, cruzóse de brazos y dijo con forzada calma, que ocultaba una sorda irritación:

—¿Así que esos hombres, los Talaveras, esos presidarios escapados de las galeras, esos audaces bandidos que no tienen Dios ni ley, han sido vencidos por un grupo de rebeldes?

El oficial inclinó la cabeza sin contestar.

Ossorio volvióse entonces hacia su estado mayor.

—¿Qué opinan ustedes de esto, señores? dijo con acento furibundo.

Los oficiales que habían permanecido mudos é inmóviles, sorprendidos por el aviso del desastre y amedrentados al ver la exaltación de su jefe, se agruparon entonces en su derredor y murmuraron algunas frases evasivas.

Ossorio parecía reflexionar.

Al cabo de un momento dijo, hablando consigo mismo y siguiendo el curso de sus ideas:

—¡Está bien! ¡veremos!...

Su tono era el de la amenaza.

En seguida, agregó, dirigiéndose al oficial ayudante:

—¡Que venga inmediatamente Manuel Barañao!

El oficial sin replicar, giró sobre sus talones y salió de la estancia.

Breves minutos después, apareció en la sala un hombre de bizarra postura.

Era el bravo comandante Manuel Barañao: su semblante expresa la lealtad; su porte es arrogante; viste el bello uniforme de los Húsares.

Ossorio se precipitó á su encuentro.

—¡Comandante, le dijo con voz sofocada, hemos sido derrotados!

—Así es, desgraciadamente, respondió Barañao, con acento tranquilo.

—Pero; es necesario vengarnos, hacer escarmentar á esos pérfidos insurgentes.

Barañao, se inclinó.

—Aguardo órdenes, dijo.

—Bien, Barañao, usted es un valiente, tal me parece; confío en usted. Haga usted reunir sus jinetes y cargue con ellos sable en mano contra la trinchera de los rebeldes... Un golpe arriesgado nos puede dar la victoria en pocos momentos.

—Haré lo posible, general.

—Anime usted á su tropa y láncela á la carrera á lo largo de la calle... es preciso borrar la mancha que ha caído sobre nuestro ejército..... vaya usted, comandante, y cumpla mis órdenes estrictamente.

El coronel Ossorio, hombre de cuarenta y cinco años de edad y militar que había combatido en España contra los soldados de Napaleón durante la guerra de la Independencia Española, mostró en Rancagua que carecía de las dotes que son el requisito indispensable de todo buen general: el cálculo frío, la destreza y la resolución.

A las dos primeras condiciones faltó al ordenar el asalto á Rancagua en columnas cerradas, á un pueblo que se hallaba defendido por bastiones y cuyas casas estaban aspilleradas; y, aun más, al ordenar el ataque de frente de una barricada por un escuadrón de caballería: Ossorio confundía de este modo una batalla campal con el sitio de un pueblo medianamente defendido, gracias al valor de sus defensores. A la tercera condición lo veremos faltar muy pronto.

Sin embargo, Ossorio era valiente, además de

otras buenas cualidades que poseía y sin hacer mención de sus pequeños defectos: una herida recibida en Zaragoza le acreditaba como á tal.

Barañaio, sin vacilar, sin meditar siquiera acerca de la orden de su jefe, reúne á sus soldados, les organiza en columnas y en seguida les grita:

—¡Muchachos! hemos recibido la honrosa misión de apoderarnos de la trinchera que veis á nuestro frente; los mejores soldados españoles han fracasado en la tentativa; ahora, nos toca á nosotros. Nosotros que somos más que españoles americanos y chilenos, debemos mostrar que somos también guerreros y que sabemos combatir, cosa que los soldados de la España se permiten dudar: ¡adelante, muchachos!

Y, en seguida, dirigiéndose á un grupo de oficiales españoles, entre los cuales se hallaba el recién vencido Maroto, y que le miraban con curiosidad, dijo, con voz enérgica:

—¡Así se combate en América!

Y, levantando en alto la espada empuñada con mano vigorosa, se precipitó á la carrera al asalto de la trinchera, seguido por sus soldados.

Mas, el cañón retumba nuevamente y las balas silban en todas direcciones; los jinetes dejan sembrado su camino por sus cadáveres.

Sin embargo, la caballería realista, tercerola á la espalda y sable en mano, sigue adelante, saltando sobre cuanto obstáculo tropieza. Los cuerpos de los españoles muertos momentos antes obstru-

yen el camino; una puente, levantada en mitad de la calle, impide á los realistas maniobrar con facilidad.

Con todo, las primeras filas de jinetes llegan hasta la barricada patriota; pero, á cada descarga disparada á boca de jarro, son diezmados los asaltantes.

Entonces, espantados los Húsares realistas al ver en tierra las primeras filas de jinetes, retroceden rápidamente y buscan un abrigo contra el cañón enemigo en las calles atravesadas. Barañaño desmóntase del caballo y ordena hacer otro tanto á sus soldados. En seguida, les manda trepar á las casas vecinas y á lo alto de las tapias.

Organiza de este modo un vivo fuego de fusil contra los patriotas de la trinchera y casas adyacentes.

En ese momento un casco de granada da con él en tierra: el bravo soldado no puede ya combatir ni mandar á su tropa; ha recibido una grave herida en su pierna izquierda.

Pero, la batalla continúa.

Los Húsares disparan protegidos por los aleros de las casas y las murallas de las tapias.

Los Talaveras, guiados por San Bruno, su capitán, el hombre de tan nefanda nombradía en la historia de Chile por sus asesinatos y crueldades durante la Reconquista Española, construyen, al amparo del fuego de los Húsares, una barricada con líos de charqui, adobes y maderas;

la barricada está á una cuadra de la de los patriotas; una batería de artillería es colocada inmediatamente tras de esos parapetos formados á la ligera.

Serían aproximadamente las dos de la tarde en los momentos en que la barricada realista rompía sus fuegos contra la trinchera patriota.

En esos mismos instantes se daba comienzo al segundo asalto general á la villa y los soldados realistas acometían nuevamente las trincheras patriotas, pero alentados de diversos sentimientos que la vez primera y al amparo de prudentes precauciones.





## CAPITULO XIII.

### PROEZAS DE ARMANDO.

El primer asalto general había tenido de duración una hora; los realistas se habían visto obligados á retirarse, después de haber experimentado numerosas pérdidas.

Sólo en la calle de San Francisco, no había habido tregua para los combatientes de ambos bandos. Sin embargo, en las demás calles se había batallado con increíble saña, con tenaz encarnizamiento. Los realistas habían avanzado hasta las trincheras patriotas, animados por el deseo de apoderarse de ellas, y habían trabado una sangrienta lucha cuerpo á cuerpo con sus defensores.

Pero, los patriotas, atravezando el pecho de los españoles con la punta de sus bayonetas y esgrimiendo sus fusiles, cual pesadas mazas, habían derribado á los asaltantes y conseguido, por fin, hacer retroceder á los realistas.

O'Higgins había dirigido constantemente la defensa de los patriotas. Tan pronto en un sitio como en otro, recorriendo al galope el recinto de la

villa, acudiendo á los parajes más en peligro y animando á los soldados de la patria, había conseguido que la defensa estuviera vigorosamente organizada.

Al darse principio al segundo asalto, O'Higgins se acercó á la trinchera de la calle de San Francisco.

Ahí estaba Luis al frente de los patriotas, enrojecido el rostro de coraje y ronca la voz con los repetidos gritos de ¡viva la patria, mueran los godos! Al mismo tiempo que dirige con sus enérgicas voces de mando el sostenido fuego de los soldados á sus órdenes, les da un elocuente ejemplo de animosidad y destreza disparando contra el enemigo con certera puntería.

O'Higgins fijó su vista un instante en el valiente joven y no pudo menos que experimentar un secreto sentimiento de admiración hacia Luis, al reparar en su ardoroso entusiasmo y en su salvaje bravura.

En seguida, dirigió una mirada inquieta hacia la trinchera realista que se veía en la extremidad de la calle, envuelta en una espesa columna de humo, y de la cual partían las balas de cañón que venían á chocar contra la barricada patriota y cuyos estragos comenzaban á producir la alarma entre los soldados de la patria.

O'Higgins comprendió que se hacía indispensable destruir la trinchera realista. Pero, ¿cómo hacerlo? las balas y las granadas de los patriotas no

bastaban para ello. Era necesario, sin embargo, recurrir prontamente á un medio rápido que pusiera término al mal por que, de otro modo, los realistas no tardarían en abrir una brecha en los parapetos patriotas por la cual les sería fácil penetrar á la villa.

El general puso en tortura á su imaginación durante algunos segundos. Al cabo de ellos, una idea iluminó su semblante y se sonrió enigmáticamente, con aspecto satisfecho.

En seguida, llamó á uno de sus edecanes y le dijo:

—Coronel Flores, vaya usted á esa casa inmediatamente (y señalaba con su diestra la de Laura); busque en ella al alférez Guijarro que debe hallarse ahí ó en las inmediaciones y comuníqueme de mi parte la orden de que reuna á sus soldados y que se dirija con ellos sin pérdida de tiempo á este sitio. Vaya usted pronto, coronel, y ¡no se olvide usted! que venga Guijarro cuanto antes.

Armando, que se había batido admirablemente desde el comienzo de la acción, á la cabeza de sus soldados parapetados á lo largo de las tapias, que se extendían en las cercanías de la trinchera patriota, se había adelantado en esos momentos, impulsado por su patriotismo, hasta situarse á pequeña distancia de la barricada de San Bruno y sostenía un vivo fuego de fusil con los Húsares realistas.

Los soldados de Armando hábilmente colocados

por éste en excelentes posiciones, no habían tenido aun ninguna baja, mientras que el enemigo que disparaba á descubierto se había visto obligado á retroceder después de perder algunos hombres.

En esas circunstancias, fué sorprendido por el coronel Flores que le comunicó la orden de O'Higgins sin preámbulo alguno.

—¡Cómo! dijo Armando, ¿á mí me necesita el general?

—Sí, alférez.

El joven se había visiblemente disgustado.

—¡Pero, objetó, el general O'Higgins me concedió licencia para combatir con mis soldados á mi entera satisfacción!

El coronel arrugó el entrecejo.

—Así será, dijo con seriedad, pero yo no tengo instrucciones sino para transmitirle la orden recibida y espero que usted se apresure á obedecerla.

Armando se mordió los labios y dijo con sequedad:

—Lo haré indudablemente.... sin embargo, usted puede observar que he logrado rechazar á los realistas que hacían fuego sobre la trinchera. Ahora, al dejarles libre el campo, volverán á recuperar sus antiguas posiciones.

—Tiene usted razón; pero, eso no importa; dése usted prisa solamente en cumplir la orden del general.

Armando no replicó y reunió acto continuo á sus soldados.

Un momento después se hallaba en presencia de O'Higgins.

Este, en cuanto le vió, guió su caballo de manera de quedar colocado al lado del joven y le dijo:

—Amigo Guijarro, tengo necesidad de sus servicios.

Armando no respondió.

Multitud de ideas bullfan en su cerebro; trataba de adivinar los propósitos de O'Higgins.

Este agregó:

—Parece que Laura no es objeto todavía de un ataque directo.

Armando guardó silencio.

Sin embargo, al oír el nombre de Laura pronunciado por los labios de O'Higgins, sintió hervir en su pecho el furor de los celos y un relámpago de odio pasó por sus ojos, que se aventuraron á mirar osadamente el rostro de O'Higgins.

La mirada de ambos hombres se encontró.

Algo imposible de describir pasó entre ellos; recíprocamente trataron de sorprenderse sus secretos pensamientos.

O'Higgins estaba impasible; solamente un vivo tinte encarnado coloreaba sus mejillas.

Armando permanecía sereno, aunque en un estado de visible nerviosidad.

Sin embargo, su continente era el de un subalterno respetuoso delante de su jefe.

Ambos sostuvieron la mirada con fijeza durante algunos segundos.

Armando bajó el primero la vista.

Mientras tanto, la batalla continúa: el humo envuelve á los patriotas; el ruido de los disparos es ensordecedor; las balas cruzan el espacio; mueren los soldados vivando á la patria.

O'Higgins repitió, alzando la voz:

—Digo que Laura no se ve aun amenazada de un peligro inmediato, ¿no es verdad?

—Sí, general.

—Bien; por lo tanto, he resuelto valerme de usted para una comisión delicada.

La voz de O'Higgins era breve y su acento de mando.

Armando se inclinó.

De pronto, un pequeño cuerpo, informe, oscuro, pasó fugaz entre ambos.

Armando, instintivamente, retrocedió con viva presteza algunos pasos.

El caballo de O'Higgins, espantado, dió un bote que casi hizo saltar de la silla al jinete.

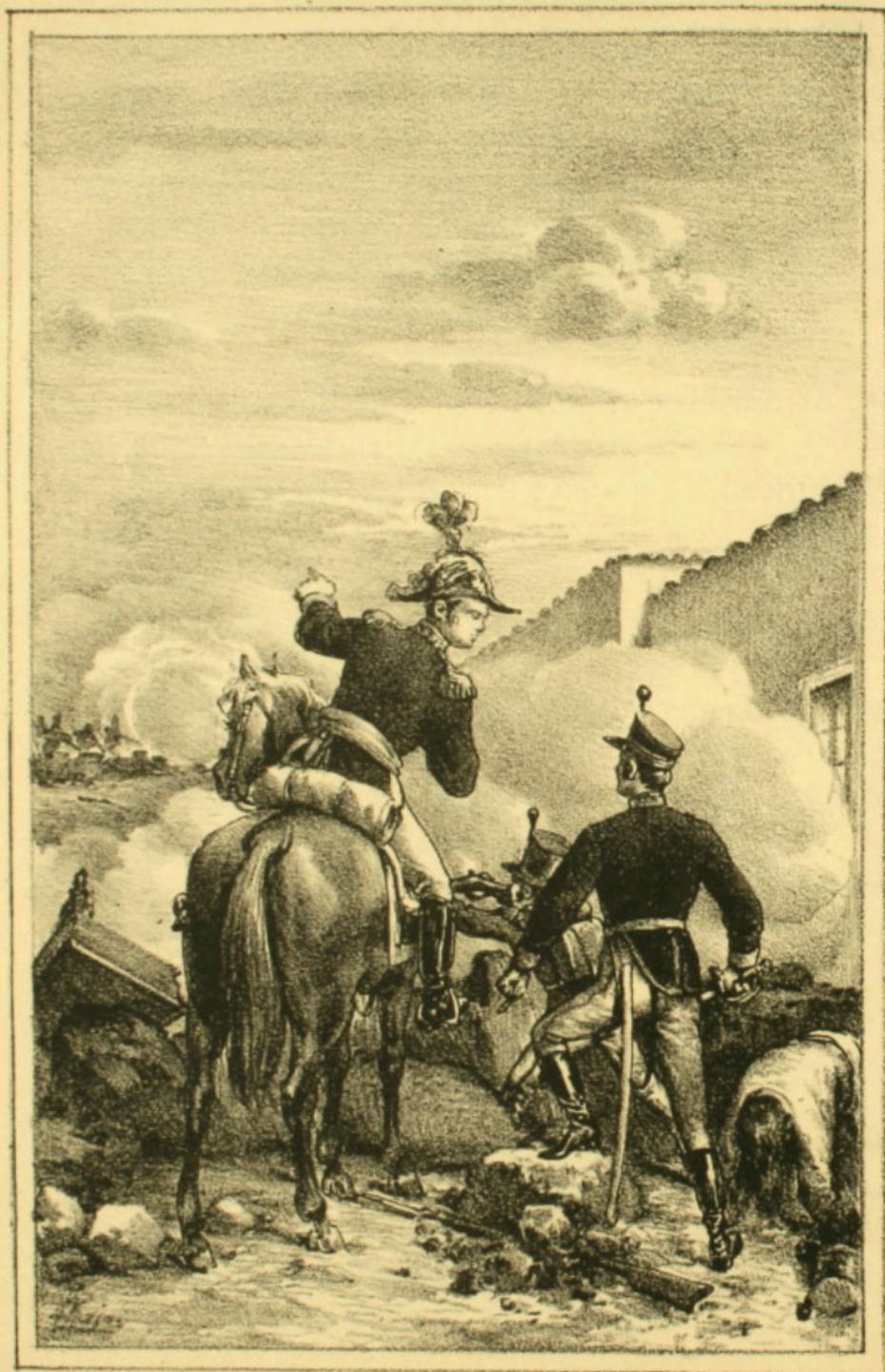
Una bala de cañón había atravesado el reducido espacio que mediaba entre los cuerpos de los dos hombres.

Ambos estaban ilesos.

Armando, sin embargo, había sentido el soplo de la bala al pasar frente á sus ojos.

La bala fué á caer á unas cuantas varas de distancias, aplastando en su caída á un soldado de la patria.

O'Higgins y Armando se miraron nuevamente.



¿Es Ud. capaz de demoler esa trinchera?

Su mirada era tranquila.

Ambos se comprendieron: eran valientes: hombres de ese temple no podían ser enemigos; simpatizaban por algo, el valor.

O'Higgins se acercó á Armando y le dijo:

—No hay tiempo que perder; los españoles han abierto ya un boquete en nuestra trinchera con sus cañones; si continúa esto así, nos van á arrasar la calle y luego seremos impotentes para resistir sus asaltos.

En seguida, alzando la voz y extendiendo su brazo, agregó:

—Alférez Guijarro, ¿ve usted esa trinchera en el extremo de esta calle?

—Sí, general.

—Pues, es necesario demolerla.

—Está bien, general.

—¿Es usted capaz para ello?

Armando meditó un segundo; comprendió que la empresa era arriesgada; pero, su patriotismo le hizo responder, casi inconscientemente:

—Sí, general.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Veinticinco.

—Llevará usted cincuenta, ¿son suficientes?

—Creo que sobran; con los míos sería bastante.

O'Higgins miró á Armando sorprendido.

—Es usted valiente, dijo.

Armando no replicó.

En seguida, O'Higgins ordenó á un subteniente de infantes que se pusiera con sus soldados á las órdenes de Armando.

Armando se hallaba pensativo.

Comprendía que O'Higgins le enviaba á la muerte. Una idea le atormentaba: ¿al confiarle el general una misión tan azarosa desearía acaso desembarazarse de él, su rival favorecido por el amor de Laura? ó bien sólo le había escogido entre los demás oficiales por su valor ya bien probado y la buena calidad de sus soldados?

Pero, el tiempo faltaba para resolver la cuestión.

Armando reunió precipitadamente á sus hombres.

En seguida, les exhortó con breves palabras.

—Soldados, les dijo, se trata de destruir la barricada enemiga; es necesario salvar á nuestros compatriotas; la patria reclama nuestras vidas; cada uno de vosotros debe portarse como un héroe; el que sea cobarde que se quede.

Los soldados gritaron:

—¡Viva la patria!

Todos ellos aguardaban con el fusil empuñado la voz de ¡adelante!

O'Higgins hizo cargar hasta la boca los tres cañones patriotas.

Armando dirigió una última mirada á la casa de Laura.

Una lágrima se desprendió furtiva de sus ojos.

Su imaginación representóle á la joven con todos sus hechiceros encantos.

El corazón se le oprimió dentro de su pecho; sus labios murmuraron un triste ¡adiós!

El espacio retumbó: los tres cañones de la trinchera habían sido disparados simultáneamente: el humo envolvió á los patriotas en una densa nube.

La fusilería hacía fuego incesantemente.

Armando, aprovechando el momento, saltó sobre la trinchera patriota y se precipitó á la carrera, seguido de sus soldados, al asalto de la barricada realista.

Lleva en su mano izquierda la bandera de Chile, que se despliega en el aire envuelta en negro crespón.

Los Talaveras son cogidos de sorpresa; creen que el grueso de las fuerzas patriotas viene contra ellos.

Se amedrentan y disparan sus armas sin orden ni concierto.

Armando da la orden de ¡alto! frente á la trinchera.

Los patriotas se detienen.

En seguida, á la voz de ¡fuego! hacen una descarga cerrada.

La primera fila de Talaveras cae en tierra.

Los patriotas se arrojan entonces sobre la barricada; Armando salta el primero y clava la bandera patriota.

Una lucha cuerpo á cuerpo se emprende en seguida; los Talaveras son rechazados á filo de bayoneta.

Los patriotas se dedican acto continuo á demoler la trinchera.

Hacen pedazos las empalizadas y lanzan los materiales á largas distancias.

Al mismo tiempo, se trata de inutilizar los cañones; se ha dado ya comienzo á la tarea, pero un inconveniente súbito les impide realizar la obra acometida.

Transcurridos los primeros momentos de pánico, los realistas pudieron convencerse de que habían sido vencidos por sólo un puñado de patriotas.

La vergüenza les hace enrojecer el rostro y sienten en sus venas el abrazamiento de la rabia y el despecho.

San Bruno entonces levanta la voz y se impone á la tropa con sus palabras y con sus gestos y movimientos. Su mirada tiene el resplandor siniestro, del tigre y su cuerpo se encorva sobre sí mismo como lo hace la fiera antes de saltar sobre su presa.

Los Talaveras son valientes; se organizan nuevamente en columnas y á la voz de su jefe se precipitan ciegos contra los patriotas.

El choque fué rudo; los milicianos de la patria se vieron obligados á ceder.

Armando echó una mirada rápida y ansiosa sobre el enemigo. En un segundo comprendió lo

inmenso del peligro que le amenazaba: los Talaveras iban á abrirse paso á través de sus soldados y á envolverles en un círculo de acero. En los momentos en que tal sucediera podían darse todos por muertos.

Da en el acto la orden de retroceder; pero, los Talaveras acometen con mayores bríos; la retirada se hace imposible de verificarse en un orden regular.

¡Un momento más y los patriotas están perdidos!

La inminencia del riesgo hace concebir una idea feliz en el cerebro de Armando.

Con voz sonora ordena á los soldados replegarse á una de las casas vecinas.

El da el ejemplo, forzando con los hombres que están á su lado la puerta de la casa; los demás soldados siguen sus pasos.

O'Higgins, que desde la trinchera observaba, preso de mortal inquietud, el desarrollo sucesivo de esta lucha desesperada, al ver libre la calle de soldados patriotas, hace disparar los cañones de la trinchera al propio tiempo que la fusilería inicia nuevamente un vivo fuego de fusil.

Los Talaveras se ven obligados á retroceder ó á buscar un amparo contra el cañón enemigo en las calles atravesadas.

La trinchera realista ha sido completamente destruída y es en tales circunstancias imposible su reconstrucción.

Pero, San Bruno no desespera y trata de coger en su poder, para saciar en ellos su sed de sangre, al reducido grupo de patriotas, que se han acogido á una débil casa, que más bien que de tal merece el nombre de choza.

Sin embargo, la casa se ha transformado en una temible fortificación y es en vano que los realistas emprendan contra ella sus continuados asaltos; el plomo de los patriotas les hace retroceder.

Pero, San Bruno, ha enviado ya, con el objeto de cortar la retirada á los patriotas cuando intenten volver á la trinchera chilena, á un subteniente de ejército con veinte y cinco hombres y un cañón.

En seguida, hace abocar contra la casa en que se defienden los patriotas otros dos cañones y organiza de este modo un fuego de artillería que amenaza destruir las paredes de la casa y hacer desplomarse su techo y aplastar bajo los escombros á los soldados de la patria.

Armando pronuncia entonces sus órdenes y los milicianos patriotas se precipitan en orden regular á través de los soldados españoles que cercan la casa; gracias al poder de sus bayonetas manejadas con manos diestras y vigorosas, se abren entre ellos una brecha de carne humana, que les permite continuar sin dificultad el camino de regreso á la trinchera.

En esas circunstancias, son hallados por un sargento y unos cuantos soldados de la patria que traen órdenes de O'Higgins.

O'Higgins ha visto al subteniente de Talaveras enviado por San Bruno ocultarse en una de las casas cercanas; ha adivinado que se trataba de una asechanza.

Envió entonces á un sargento con instrucciones de dar aviso á Armando y le envió al mismo tiempo algunas granadas de mano y otras municiones.

El sargento cumplió de un modo feliz con su cometido.

Armando, inspirado por su patriotismo y su valor, resuelve hacer escarmentar á los osados realistas que han pretendido hacerle caer en un lazo villano.

Con tal intento hace escalar cautelosamente á sus soldados la casa más inmediata y, haciéndoles trepar á los tejados, les conduce hasta el sitio en que se hallaban los realistas.

Estos estaban en el patio de la casa con los fusiles dispuestos, el cañón cargado y el lanza-fuego encendido, á fin de acometer á los patriotas tan pronto se presentaran.

Pero, antes de que advirtieran la aproximación de los soldados de la patria ya Armando con sus hombres estaba sobre ellos.

Armando dicta sus órdenes con voz breve é imperiosa. Su semblante está sereno, su cabeza fría. Su cerebro discurre con la rapidez de concepción que era indispensable en tal circunstancia. En un segundo, idea un plan de ataque, el más adecuado

para concluir con la vida de los españoles que están bajo sus plantas.

Algunas granadas estallan con horrible explosión en medio del grupo formado por los soldados españoles. En seguida, se sigue una descarga cerrada. Y luego, dejándose caer los patriotas desde los tejados al patio, acuchillan sin piedad á los realistas que no han sido heridos por la metralla ó el plomo de los fusiles.

La carnicería es espantosa: los soldados están ávidos por vengar á sus compañeros que han quedado tendidos sobre el campo de batalla y que han sido muertos y horriblemente destrozados por el enemigo.

Los patriotas tienen sed de sangre.

Armando trata de apaciguar á sus soldados que pretenden saciar su saña mutilando á los heridos. El joven es idolatrado por sus subalternos; éstos le obedecen.

Armando logra de este modo salvar la vida de dos desgraciados españoles, á quienes hace sus prisioneros de guerra.

En seguida, continúa su marcha de regreso á la trinchera.

Al fin hace su entrada en ella; esta es una verdadera entrada triunfal; los patriotas reciben á los gloriosos vencedores de la barricada realista con unísonos y repetidas ¡vivas!

Se viva á la patria, se viva á Armando y se viva á los soldados de éste.

Armando trae un hermoso botín de guerra: dos prisioneros, un cañón, un gran número de fusiles un tambor y gran cantidad de pertrechos.

O'Higgins recibe al héroe con los brazos abiertos.

Armando, embriagado con su reciente triunfo y envanecido con los aplausos y felicitaciones, olvida en ese momento todo rencor, olvida sus celos y su amor á Laura y se arroja en los brazos del general y se deja abrazar estrechamente por éste.

¿Era leal el abrazo de esos dos hombres? ¿Ó era tan sólo la máscara de una secreta envidia?

Por lo que respecta á Armando, ya lo hemos dicho, en esa circunstancia olvidó á Laura para no recordar sino á la patria y no vió en O'Higgins á su rival de quien sospechara momentos antes que le enviaba á la muerte, sino tan sólo al general que le había mandado á la victoria.

¿Pasaba algo semejante en el corazón de O'Higgins? ¿Olvidaba que Armando era su rival afortunado para tener presente únicamente que era un subalterno vencedor?

Francamente, confesamos nuestra repugnancia para sondear los secretos pensamientos de uno de los más insignes patriotas chilenos. O'Higgins era un valiente; su corazón era magnánimo; en su alma tenían albergue las ideas grandes... Pero, también, hay en la historia de su vida algunos puntos oscuros que empañan el brillo de

su nombre: ¡en algunas ocasiones dejóse arrastrar, desgraciadamente, de sus pasiones, de sus celos y de sus rencores!.....

O'Higgins, después de abrazar á Armando, dijo, alzando la voz de modo de dominar con su potencia el estruendo de la refriega, que aun continuaba aunque con menos vigor:

—¡Soldados de la patria! ¡así es cómo debéis combatir! cada uno de vosotros debe portarse como lo han hecho los héroes que veis ahora á nuestro lado y que han vuelto triunfantes, después de destruir una barricada enemiga y vencer en lucha desigual de uno contra cuatro á las orgullosas tropas realistas.... ¡Honor á ellos, muchachos, á estos bravos hijos de Chile que han dado esplendor á nuestra bandera!

En seguida, volviéndose hacia Armando, exclamó:

—Alférez Guijarro, desde este momento es usted capitán efectivo.

Y, después de una ligera pausa, agregó:

—Sus soldados serán igualmente recompensados... ¡y de idéntica manera lo serán siempre todos los patriotas que imiten tan noble ejemplo!

El rostro de Armando se hallaba resplandeciente. Sus ojos brillaban de júbilo. Expresó á O'Higgins con palabras breves, pero enérgicas, su satisfacción íntima.

Sin embargo, la victoria de Armando le costaba al joven, harto cara: de los cincuenta hombres que

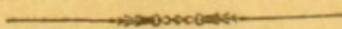
había llevado consigo al asalto de la barricada realista, sólo habían regresado treinta; veinte soldados habían quedado, muertos ó heridos, en poder del enemigo; además, otros cinco estaban bastante mal heridos. Pero, por su parte, los realistas habían experimentado pérdidas tres veces superiores; de lo que resultaba un verdadero triunfo para Armando.

Mientras tanto, la batalla continúa durante algunos minutos más.

En las calles del norte y laterales se ha combatido y se continúa combatiendo con bárbara tenacidad.

Pero, al fin, los realistas se declaran vencidos: cesan en sus fuegos y emprenden la retirada.

Dos horas de duración tuvo este segundo asalto general. Eran las cuatro de la tarde en los momentos en que se restablecía nuevamente la calma en el recinto de la villa, en cuyos débiles baluartes flameaba aún la bandera negra de la guerra á muerte.





## CAPITULO XIV.

### UN ENLACE OBLIGATORIO.

No bien se retiraron las tropas españolas, Armando, después de colocar á sus soldados en los puestos que les designara en las inmediaciones de la trinchera patriota de la calle de San Francisco, apresuróse á trasladarse á la casa de Laura.

Entró allí con paso resuelto; sin embargo, su corazón palpitaba violentamente.

A pesar de los desesperados esfuerzos que hacía el joven no podía desechar de su imaginación la idea fatal de los celos.

Pensaba Armando con temor en el modo como le recibiría Laura, con quien no le había sido posible hablar desde las tempranas horas de la mañana.

¿Qué habría ocurrido, mientras tanto, entre ella y el general O'Higgins? Imposible era adivinarlo. La situación iba á ser embarazosa. ¿Qué resolución adoptar? ¿Pedirla explicaciones? No, pues sería agraviarla. Sin embargo, le era menester saber á qué atenerse. Pero, ¿de qué medio valerse?... ¡En fin, después resolvería!

De pronto, al hallarse en el patio de la casa, detuvo sus pasos un momento. Llevóse involuntariamente ambas manos sobre su corazón; éste se le había oprimido dolorosamente bajo la presión de un impulso nervioso. Un designio se había apoderado de su voluntad: iba á tratar de descubrir en la primera mirada que le dirigiera Laura, en la primera frase espontánea que brotara de su alma, ante su inesperada presencia, si siempre era él para ella, su Armando, su novio ó si se había ya enfriado ese cariño que hasta entonces era la valiosa propiedad del joven y era ya un otro su afortunado y reciente poseedor.

¡El temor de un cruel desengaño le hacía sufrir penosamente, al propio tiempo que la esperanza de una dicha futura le hacía sonreír de felicidad!

Dirigióse el joven á la sala principal; entró y su vista buscó en seguida con afán el cuerpo adorable de su Laura.

Pero, Laura no estaba ahí; no había persona humana en el aposento.

Salió entonces Armando al patio y andando de puntillas, con el objeto de hacer el menor ruido posible le recorrió en toda su extensión. Su mirada sondeaba ansiosa el interior de las habitaciones, esperanzado de descubrir súbitamente en una de ellas á la joven.

De improviso, Armando paróse frente á una pequeña sala. La puerta estaba abierta. Algunas luces brillaban en el fondo que esparcían una

tenue claridad, la que se confundía con la luz opaca del día que se filtraba dificultosamente hasta allí.

Era el oratorio, para el cual la antigua y tradicional piedad española reservaba un lugar predilecto é indispensable en toda casa.

Junto á una especie de altar se hallaba una joven arrodillada en un reclinatorio. Su cabeza la tenía oculta entre sus manos y la actitud toda de su cuerpo demostraba que se hallaba abstraída en la oración y en un devoto recogimiento.

Acercóse Armando á la pieza, traspasó sus umbrales, detúvose después y sus labios murmuraron un nombre:

—¡Laura!

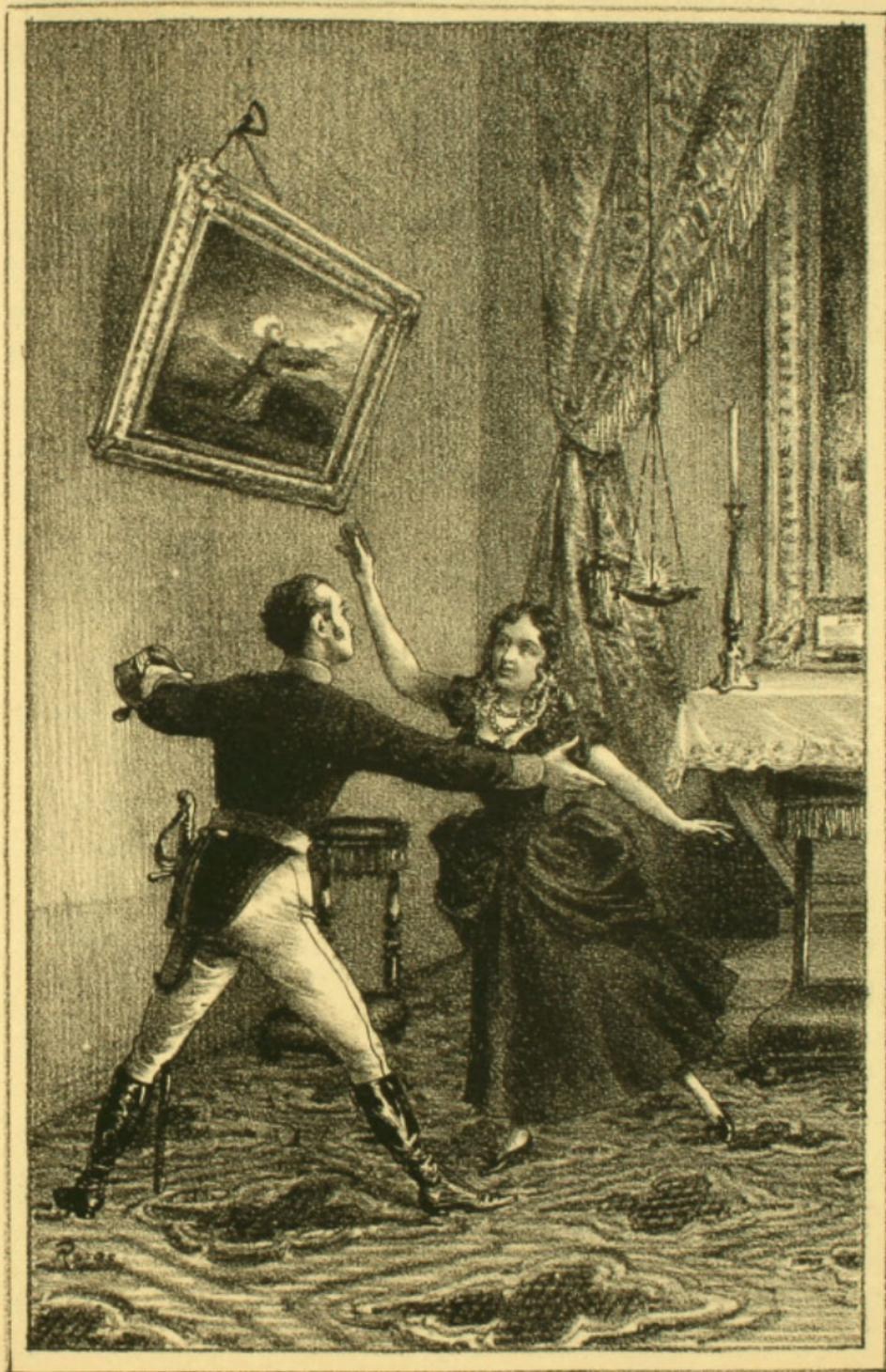
La joven estremeciése con un movimiento convulsivo; levantó su cabeza y mostró un rostro encantador, iluminado por los pálidos reflejos de las luces; sus labios modularon un grito ahogado; levantóse impetuosamente, con la rapidez del resorte que libre de la fuerza que le oprime recobra súbitamente su tensión natural:

Corrió, en seguida, hacia el joven; detúvose un segundo; miróle á los ojos con expresión indefinible de amor y de ventura:

—¡Armando! exclamó:

Y se arrojó en sus brazos.

Armando estrechó á Laura contra su corazón y besó repetidas veces con sus ardorosos labios los blondos cabellos de la joven.



Armando! exclamó, y se arrojó en sus brazos.

Fué ese para Armando y Laura un momento de placer indescriptible.

Jamás Armando hasta tal instante había experimentado dicha tan inefable. Sentía contra su pecho el unduloso seno de la joven agitarse nerviosamente con precipitados é irregulares movimientos; sentía el calor de su cuerpo amado que le envolvía en una atmósfera de exquisita voluptuosidad y que le trasmitía un sinnúmero de sensaciones arroadoras hasta entonces ignoradas; sentía que una emoción de sensualismo y nerviosidad se apoderaba progresivamente de él y le enajenaba á su pesar la voluntad.

Armando retuvo á Laura contra su pecho durante largos segundos.

Instantáneamente, una idea oscureció su cerebro y apartó á Laura de sí con ruda violencia.

—¡Bernardo O'Higgins! pensó.

El joven miró á Laura con tenaz persistencia.

Laura alzó la vista, vió la mirada incomprensible de Armando, reparó en su semblante ceñudo y dijo:

—¡Dios mío! ¡Armando, qué pálido está usted!

Y se estremeció involuntariamente.

Armando exclamó:

—Laura, sus ojos están rojos... ¿ha llorado usted?

—Sí, respondió la joven con sencillez; y por usted.

—Gracias, dijo Armando, trasportado de amor. Y cogió á la joven por ambas manos, que estrechó con frenesí entre las suyas.

Al mismo tiempo reflexionaba:

—¡Qué necio soy en sospechar de un ángel, como Laura!

Fácilmente había sorprendido el joven los secretos pensamientos de Laura y había penetrado hasta su alma, su alma pura y apasionada. ¡Al cabo, á Armando no le fué dado ver en ella sino á la virgen seductora y enamorada! ¡Aun repercutía gratamente en los oídos de Armando el primer grito de sorpresa y júbilo con que le había acogido la joven!.... ¡exclamación de ventura deliciosa, gemido de pasión delirante!

Armando condujo á Laura á la sala que ya conocemos..... testiga muda de escenas de sangre y de escenas de amor.

Ahí, sentándose el uno al lado de la otra, dieron libre curso á la multitud y diversidad de pensamientos que colmaban sus almas.

De este modo trascurrieron algunos minutos.

Laura refirió con encantadora naturalidad la visita de O'Higgins, su declaración de amor y la invitación que la había hecho y que ella había rehusado por temor de contrariar á Armando y terminó expresando los sentimientos que había experimentado durante el trascurso del día y mientras se oía el estruendo de la batalla, temiendo por la preciosa vida de su Armando.

Armando oía hablar á la joven sin interrumpirla; [la miraba tan solo y se sonreía... se sonreía de placer y] de felicidad.

Él también narró á su vez sus acciones de armas, por las cuales había merecido el nombramiento de capitán, y dijo que si no había muerto, como él había imaginado que sería inevitable, lo creía tan sólo debido á la intercesión de Laura que, con sus oraciones, le había librado de las balas.

En seguida, ambos callaron... estaban demasiado emocionados... con el lenguaje mudo se comprendían... las palabras eran superfluas.....

Sus manos se encontraron maquinalmente; se estrecharon con suavidad... se acariciaron.

Ambos se miraban al rostro... sus ojos estaban húmedos y brillantes... fácilmente se traslucía en ellos todo un idilio de amor.

Era el espectáculo de un cuadro en extremo interesante el que ofrecían ambos jóvenes.

Él, pálido, con la palidez de las grandes emociones, con el rostro ennegrecido por el humo de la pólvora y con el uniforme cubierto de polvo.

Ella, ligeramente encarnada, con la expresión humilde del rubor que cede y desaparece ante la osadía del amor.

Ambos bellos, jóvenes y sensibles.

Armando sentía que una conmoción enervante le invadía y que una fuerza extraña se apoderaba de él.

Insensiblemente, su cuerpo se acercaba al de la joven; su rostro se inclinaba hacia el de ella.

Laura no hallaba en sí misma energía para resistir por más tiempo á la impetuosidad de su amor.

Armando se sonreía, Laura también; ambos estaban fascinados: mirábanse recíprocamente con tenacidad, con ternura, con pasión.

Los labios de Armando buscaban ya ansiosamente los de Laura para unirse en un beso embriagador.....

De pronto, sonaron pasos sobre el pavimento en la parte exterior de la sala y se abrió inmediatamente con estrépito la puerta de ésta.

Armando y Laura, azorados, se pusieron de un saltó en pie.

Un hombre se adelantó hacia el centro de la estancia; era Luis.

—¡Hola! ¡hola! dijo éste con acento burlón; veo que no pierden ustedes el tiempo. Se combate y se ama; bien, Armando, bien.

Ambos jóvenes no hallaron que replicar. Luis se sentó con gran desembarazo y prosiguió:

—Pero, no se aturdan ustedes, porque no he de reñirles. Al contrario, les felicite; pues, es una dicha, poder entregarse al amor en circunstancia que estamos en víspera de una catástrofe. Yo, por mi parte, confieso que no querría otra cosa..... ¡Morir amando!... ¡bello es esto á fe mía!

El joven soltó una sincera carcajada. Su semblante tenía una expresión alegre; el tono de su voz era travieso.

Armando y Laura habían tenido ya tiempo suficiente para serenarse.

Armando dijo, frunciendo el entrecejo:

—¿Comenzamos nuevamente, Luis, con los pronósticos fatales?

—Ahora mejor que nunca, respondió el joven resueltamente.

—Eso es intolerable, dijo Laura.

—¡Hola, hola! exclamó Luis, veo que me muestran ustedes mala cara.... mas, ya comprendo.... he llegado en momento inoportuno; les doy á ustedes mis disculpas... y me retiro.

Efectivamente, Luis se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta.

Pero, Armando y Laura, rápidamente, se interpusieron delante de él y le cerraron el paso.

—¡Oh, no sea usted bromista! dijo Armando.

—¡Luis, hermano mío! exclamó Laura.

Luis adoptó un aspecto triste y dijo con sentimentalismo:

—¡Vaya! ¿habrá ó no para agraviarse? Llego aquí y en vez de ser recibido con los brazos abiertos y en vez de oír los parabienes porque no me hayan hecho los godos hasta ahora ningún agujero en la piel, se enfadan con uno y le ofenden. ¡Vamos, esto es muy grave!

Luis calló para aguardar la respuesta.

Laura rodeó con sus torneados brazos el grueso cuello de su hermano.

Armando, al propio tiempo, le palmoteaba los hombros y la espalda.

—Discúlpeme usted, hermano mío, dijo Laura, con voz cariñosa.

—¡Ah, regalón! agregó Armando, chanceándose, ya estoy yo celoso de su hermana.

Laura volvióse entonces hacia Armando y le acarició con una mirada.

Armando sintió que esa mirada le llegaba al alma y se estremeció de gozo.

—Bien, exclamó Luis, me doy por satisfecho y por desagraviado; pero, francamente, Laura, la he desconocido á usted esta tarde...

Y, después de una breve pausa, agregó, suspirando ruidosamente:

—En fin, olvidemos lo pasado.

El buen Luis no comprendía el proceder de su hermana; pues, ignoraba ó, á lo menos, no se daba cuenta de que “el amor es egoísta.”

Si hubiera sospechado siquiera esta gran verdad habría hallado muy natural que Laura estando inmensamente enamorada de Armando, no pensara por lo tanto sino en éste.

Luis, alzando entonces la voz, su voz ronca y cavernosa, dijo:

—Ya es tiempo de hablar razonablemente... Sólo tengo de licencia unos cuantos minutos; aprovechémoslos.

Armando y Laura oían impasibles á Luis.

Este continuó:

—Pues, comencemos por lo realmente importante... pasemos al comedor... tengo un hambre de todos los demonios... me comiera de buena gana á una legión de sarracenos. En resumidas cuentas, el rancho que se ha repartido á la tropa sólo sirve para abrir el apetito... ¡Y qué sed! ¡mil diablos! tengo seca la lengua, el paladar y la garganta.... me bebiera sangre de realistas á no haber otro líquido. ¡Habrás visto infames, cortar el agua de la ciudad esos bandidos de godos y condenarnos á perecer de sed!

Efectivamente, Ossorio había tenido la diestra precaución de obstruir el curso de agua de la asequia que surtía á Rancagua.

Luis, prosiguió, sin dejar tiempo á que le interrumpieran, al propio tiempo que se dirigía con pasos agigantados hacia el sitio de donde provenía un ruido confuso, pero agradable, de cubiertos, de cristalería y de loza.

—Tengo la certidumbre de que Armando se halla en un caso semejante al mío y de que sería capaz de hacer otro tanto que yo.

Armando hizo un expresivo gesto de asentimiento que no dejaba ocasión para la duda.

Laura sorprendió este gesto y se apresuró á exclamar:

—La mesa está servida; hace rato que he ordenado disponerla.

Dejemos que trascurren algunos breves minu-

tos, invertidos por ambos jóvenes en saciar las apremiantes ansias de sus voraces estómagos.

En seguida, todos tres, á una indicación lacónica, pero imponente, de Luis, se dirigieron nuevamente á la sala principal.

Luis entró el primero; marchaba con pasos regulares y con aspecto majestuoso, luciendo la talla colosal de su porte.

Armando y Laura le siguieron. Ambos jóvenes se miraron sorprendidos. Había un algo en la apariencia de Luis que les causaba extrañeza.

Luis se sentó; colocó una de sus largas piernas encima de la otra; irguió su talle; alzó su frente; tosió sin afectación; é hizo un movimiento con sus brazos, como dando á entender que se disponía á hablar.

Armando y Laura se apresuraron á tomar asiento, silenciosamente, y aguardaron con curiosidad las palabras de Luis.

Ambos se hallaban hondamente impresionados; veían con asombro que el semblante de Luis se había tornado de risueño en serio, de franco en reservado y ceñudo.

Luis principió de esta manera:

—Me restan aun algunos minutos disponibles, que emplearé en tratar con ustedes de un asunto en sumo grado importante y delicado... les ruego no empleen palabras inútiles; es preciso que nos entendamos.

Hizo una pausa y, en seguida, agregó:

—Voy á comunicarles á ustedes una proposición que les parecerá extraña, pero que tiene por base sólidos fundamentos. ¡Ojalá la acepten sin discutirla, pues así evitaremos la pérdida de unos minutos que son preciosos!

—¡Hable usted! replicó Armando, que se impacientaba con los preámbulos de Luis.

Éste dijo:

—Se trata del matrimonio de ustedes.

La voz del joven era tranquila, pero firme.

Armando saltó sobre su asiento.

Laura hizo primero un movimiento de sorpresa, miró después á Armando y se ruborizó.

—¿Cómo? exclamó éste, con acento de extrañeza, ¿qué dice usted, Luis?

El joven repitió, engrosando la voz:

—Digo que se trata del matrimonio de ustedes.

—¡Vamos! expresó Armando, cruzándose de brazos, tranquilamente; explíquese usted.

—Expondré mis razones..... es una cuestión de conveniencia. El principal motivo es éste: suponga usted, Armando, que quede yo muerto en el campo de batalla... ¿entendido?

—Bien; supuesto.

—¿Quién defendería en este caso á Laura?

—¡Yo! se apresuró á exclamar Armando con tono resuelto.

—¿Sí? y con qué derecho?

Armando, confundido, no supo qué objetar.

Al cabo de algunos segundos de silencio, dijo:

—Tiene usted razón.

—Bien, replicó Luis. ¡Y no se crean ustedes que es ésa una suposición caprichosa! ¡de ninguna manera!... Admirado estoy de estar vivo á estas horas; las balas han pasado hoy día á pocas pulgadas de mi cuerpo; he visto caer á mi lado á mis mejores soldados. Y, además, no sé por qué diablos tengo el presentimiento fatal de que me queda de vida poco rato más.

—¡Dios mío!... ¡Luis, calle usted! exclamó Laura, emocionada, saliendo del énsimismamiento de que se hallaba poseída, al escuchar los tristes presagios de su hermano.

—Laura, dijo Luis, ha llegado el momento de hablar sin ambages ni rodeos.

—¿Hay aun alguna otra razón, Luis? preguntó Armando.

—Sí, dos otras. Una de estas es la siguiente:

Calló un momento y después dijo, mudando de tono:

—¿Sabe usted, Armando, que O'Higgins se demuestra enamorado de Laura?

—Sí.

—Perfectamente. Hoy día le envió él á usted á demoler la barricada enemiga, ¿no es verdad?

—Así fué, efectivamente.

—Pues, me presumo que el general le haya de-

signado á usted, de preferencia á los demás, con el intento de que resultara usted muerto en la empresa.

—Posible es, dijo Armando, en tono áspero.

—Por lo tanto, continuó Luis, casándose ustedes, cejará O'Higgins en sus pretenciones de conseguir el amor de Laura y, al mismo tiempo, evita usted que le hagan arrostrar de una manera temeraria los peligros.

—Dice usted bien, Luis; sin embargo, afirmo que lo ordenado hoy día por el general ha sido muy razonable y que á no haber sido por la destrucción de la barricada enemiga, habrían sido capaces de penetrar á la plaza los realistas.

—¡No digo que no! Pero, lo lógico era suponer que usted hubiera fracasado en la empresa, debido á los pocos hombres que llevaba consigo.

Laura oía ansiosamente, poseída de grande emoción, la conversación entre ambos jóvenes.

—Bien, dijo Armando, comprendo su pensamiento, Luis, y lo hallo justificado en su mayor parte.

—¿Quiere decir esto que?...

—Aguarde usted: ¿queda aun otro argumento?

—Sí, el último.

—Veamos, ¿cuál es?

—Se confunde con el primero... es relativo á Padilla.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—A propósito de Padilla, ¿hasta este momento, ni siquiera se le ha divisado?

—Ni siquiera eso.

—Es extraño.

—No tanto; quiere decir que la herida que ha recibido anoche no ha sido tan delicada como parecía.

—No creo yo tal cosa.

—Pues, ¿qué cree usted?

—Que el muy bribón estará fraguando algún plan endemoniado.

—Es probable.

—Tengo la certidumbre de que de un momento á otro le veremos aparecer.

—¿Y bien?

—Que nos hará pasar un mal rato.

—Esto me permito dudarlo.

—En fin, para terminar, digo que este argumento se confunde con el primero porque mientras tanto esté yo vivo, Laura no tiene por qué inquietarse, pues estoy yo para velar por ella; pero, una vez muerto, sólo queda usted para defenderla y á usted, Armando, hasta tanto que no sea esposo de Laura no le será lícito dormir bajo el mismo techo que ella.

—Bien, muy bien, Luis; usted habla admirablemente

—¡Ah! ¿con que me halla usted juicioso?

—Ya lo creo.

—¿Y usted, Laura?

Laura no replicó.

Miró tan solo á Luis con sus grandes y sombreados ojos y bajó, en seguida, la cabeza con ruborosa confusión.

Luis, creyendo interpretar correctamente la mirada de Laura, prosiguió:

—¡Ah! veo que también á ella le parezco juicioso.

El joven se pasó alternativamente cada una de sus manos por la frente y mostró un semblante de orgullo.

—¡No era posible que fuera de otro modo! Desde ayer noche sólo pienso en Laura, en Laura y en los godos. Se me figura que mi padre está, desde lo alto, pendiente de mi conducta en las actuales circunstancias y me ordena que asuma su autoridad y los deberes de padre que á él le correspondían; y que cuidè de mi hermana y que no la abandone á su propia suerte, en medio de los inmensos riesgos que la amenazan. Yo deseo morir por mi patria, pero Laura me inquieta, me entristece y me priva del derecho de disponer de mi propia vida para tan santa causa... ¿Qué sería de ella?... ¿se vería en la odiosa necesidad de buscar hospitalidad en la casa del único pariente que poseemos y que está en Santiago; pariente en grado lejano y á quién no conocemos ni siquiera de vista?... ¿ó bien buscaría un amparo en algún convento de monjas?...

—¡Oh! ¡absolutamente, nada de todo eso, exclamó con vehemencia Armando, aun existo yo!

—Gracias, Armando; esto me consuela; conozco realmente que Laura será feliz con usted. Ustedes dos se aman mucho, tanto como yo desearía ser amado. Cásense, pues, ustedes y sean felices. Déjenme á mí en libertad de sacrificar mi vida por la libertad de Chile, por este Chile que amo tanto; no tengo otros amores... ninguna mujer me tiene afecto... á no ser Laura, que es mi hermana... así, pues, á nadie haré falta.

El joven guardó silencio; estaba emocionado; en sus ojos había un reflejo de pesadumbre que conmovía.

En esos momentos, Luis se veía hermoso, atractivo; en su semblante se reflejaba la bondad de su alma y la grandeza de sus sentimientos.

Armando y Laura contemplaban asombrados la transfiguración de Luis; jamás hasta tal momento habían oído hablar al joven con tanta gravedad; ambos se hallaban impresionados á su pesar de su aspecto; le admiraban y sentían despertarse en sus almas un sentimiento nuevo y de profundo afecto hacia él.

Armando rompió el silencio:

—No hable usted tristezas, Luis, dijo.

—Son verdades.

—¡Oh, no! ya hemos derrotado á los realistas, los venceremos luego completamente y nos encontraremos después todos tres reunidos y veremos

á Chile libre y en paz... seremos felices y viviremos numerosos años.

—Ese es un hermoso sueño, Armando, replicó Luis, con amargura.

—¿Y por qué razón no podrá convertirse en realidad? preguntó Laura.

—¿Por qué razón? Es sencilla la respuesta. Porque nosotros los patriotas chilenos seremos muertos, puestos en fuga ó tomados prisioneros; porque España reconquistará nuevamente este país y los realistas dominarán en él.

Armando y Laura quisieron hablar á su turno para contradecir á Luis; pero, éste les impuso silencio con un ademán y continuó en seguida con voz gruesa, pero que temblaba ligeramente:

—Permitan ustedes que una vez por todas manifieste mis ideas á mi entera satisfacción y que desahogue en ustedes mi corazón. Hasta ahora he sido un niño; hoy día me siento un hombre; mis pensamientos son sólidos y tienen una lucidez extraordinaria; mi vista posee una claridad de percepción que me asombra y me horroriza; mi imaginación percibe el porvenir envuelto en una nube sombría, á través de ella se destacan algunas figuras que me advierten de lo venidero. Pues bien, en este momento estamos rodeados de un poderoso ejército enemigo; mi razón me dice solamente que hasta ahora nosotros llevamos la mejor parte en el combate y que á pesar de que las municiones se agotan, los víveres escasean y el agua falta, sin

embargo, bien podemos vencer y aun arrollar y deshacer al ejército español con un ataque bien dirigido y organizado y con el valioso auxilio de la tercera división que en estos momentos debe hallarse en las inmediaciones de Rancagua.

El joven hizo una pausa; respiró ampliamente y prosiguió:

—Pues bien, mis presentimientos son de diversa especie; ellos me dicen que seremos vencidos; que los realistas entrarán en la villa á sangre y fuego; y que España por lo tanto regirá en Chile, ¡Dios sólo sabe por cuánto tiempo!... Respecto á mí, ya lo he dicho, sucumbiré, como debe sucumbir el soldado chileno, batallando hasta la muerte y caeré pronunciando el grito de ¡Viva Chile! así, á lo menos, me evitaré el pesar de ver á la nación privada de libertad. Y, en cuanto á ustedes, no alcanzo á descubrir todo el mal que llegue á causarles el desastre.

—¡Pues, es curioso! interrumpió Armando exaltado de entusiasmo; ¡usted se supone muriendo como debe morir todo soldado y no sabe adivinar lo que será de mí! Lo lógico es que llegue á tener, en caso de derrota, un fin igual y no menos trágico que el suyo.

—No, Armando, usted se equivoca. ¡Digo que yo estaré libre para hacerlo, pero usted no! Usted se casará con Laura y tendrá la obligación de conservar su propia existencia para proteger la de ella. Á mí, pues, me será lícito prodigar la vida, á us-

ted solamente combatir como militar y sin propiarse más allá de las leyes del deber y del honor.

Hubo algunos segundos de silencio en la sala. Laura reflexionaba.

Las palabras de Luis habían hallado un eco de dolor en su alma. La zozobra que la poseía momentos antes se había convertido en terror; la aflicción en angustia.

Retorcíase las manos desesperadamente y su cuerpo se estremecía de un modo interminante con impulsos violentos y nerviosos.

Armando púsose en pie y dijo:

—Basta ya de hablar fantasías y de ver visiones.

Luis y Laura levantáronse igualmente de sus asientos.

Luis exclamó:

—Así que, ¿quedamos convenidos, Armando: se casará usted?

—Ya lo creo, respondió el joven.

—Pues, y ¿cómo es efectuará eso?

—¿Qué?

—El matrimonio.

—¡Demonio! como se efectúa en todo el mundo.

—Es que, las circunstancias son extraordinarias.

—¿De qué manera, Luis?

—¡Vaya! ¡buena pregunta!

—No comprendo.

—¿No comprende usted?

—No.

—Me explicaré entonces.

—Eso es, entendámonos claramente; ya es sobrado tiempo.

El semblante de Luis adquirió una expresión severa; su ceño se contrajo; su mirada tornóse de una firmeza y penetración extrañas.

—Se me figura, dijo, que el caso actual reviste caracteres excepcionales puesto que hallándonos al presente en una ciudad sitiada, amagada á cada rato por el enemigo y bombardeada sin cesar y siendo nosotros oficiales de ejército, habrá que aguardar un momento oportuno y cumplir primero con ciertas formalidades militares antes de que le sea posible á usted verificar el enlace.

—¡Pues, es natural! replicó Armando.

—¿Entonces?

—No hay más que primero daremos cuenta de los godos y después pensaremos en nosotros mismos.

—¡Oh, no! exclamó Luis, sería demasiado tarde.

Armando hizo un gesto de impaciencia.

—Dése usted á la razón, dijo, hay inconvenientes insubsanables, es imposible obrar de otro modo.

Luis volvióse hacia su hermana y dijo:

—Laura tenga la bondad de ausentarse por un momento de esta habitación; déjeme usted en libertad de hablar á solas con Armando.

Laura no replicó, miró tan solo á ambos jóve-

nes con una mirada de rezelo. El aspecto de ellos la tranquilizó.

La apariencia de Luis era de una gravedad serena que imponía respeto.

Armando se sonreía.

Laura observó que el joven la envolvía en una mirada de infinita ternura.

Ella estaba segura de contar con el amor de ambos; lo que ellos resolvieran estaría bien resuelto. Por otra parte, la fastidiaba tal conversación, cuya causa era ella. No trataba de comprender el valor real de las razones que alegaba Luis para pretender su matrimonio inmediato con Armando; también ella lo deseaba ardientemente, pero no trataba de forzar la voluntad de Armando; se entregaba á él porque estaba segura de su cariño y de su buena fe; le amaría siempre y no exigiría jamás sino una amante correspondencia.

El amor, el amor que raya en el delirio, es ciego; no reflexiona.

Es cual un torrente que corre en una rápida pendiente y cuyas aguas aumentan y aumentan sin cesar hasta que se desbordan: en su principio cuando el caudal de las aguas es pequeño y se deslizan con suave inclinación, se puede detener su curso ó variarle fácilmente; pero, después, cuando sus aguas se precipitan abundantes y turbulentas nada le detiene y destruye y arrolla cuanto á su paso se le opone.

La razón de Laura, en el primer período del amor, había investigado imperiosamente la conveniencia de tolerar tales sentimientos espontáneos y desconocidos hasta entonces y había concluído por consentirlos de buen grado y aun excitarlos.

Ahora, la razón era impotente para destruir la progresión de ese amor que en su principio ella pudo dominar y deshacer; se hallaba verdaderamente espantada de lo que podía considerar como su propia obra y se encontraba anonadada ante el imperioso poder de los sentidos y del corazón.

Laura, obedeciendo la orden de su hermano, salió presurosa de la sala.

Sin embargo, despidióse antes de Armando con una elocuente mirada de apasionado afecto.

Luis, acto continuo, tomó la palabra en estos términos:

—Armando, veo con pesar que usted se niega á contraer matrimonio con mi hermana...

—¡Oh, no! Luis, usted se equivoca.....

—¡Permítame usted! no me interrumpa... el tiempo falta... á estas horas debiera hallarme ya en mi puesto de combate. Pues bien, le voy á proponer á usted lo siguiente: responda usted categóricamente: Ó bien accede usted á casarse inmediatamente con Laura ó usted abandona en seguida esta casa para no atravesar sus umbrales mientras tanto esté yo vivo ó usted no mude de intenciones.

Aquello era una ofensa y una provocación.

Los ojos de Armando fulguraron con un relámpago de coraje; una oleada de sangre subióle al cerebro; enrojeciósele el rostro.

—Luis, dijo Armando, ¿ha meditado usted sus palabras?

—Naturalmente; y estoy dispuesto á hacerme respetar con mis derechos de hermano de Laura y con mis facultades de hombre.

Armando mordióse los labios de despecho; su cuerpo se agitó nerviosamente, como sacudido por una fuerza eléctrica. Tenía desfigurado el semblante. Fácilmente eran visibles en su fisonomía los violentos esfuerzos que hacía para reprimir su furor. Armando comprendía que Luis se hallaba bajo la sugestión de un pensamiento erróneo, del cual era indispensable disuadirle. Sin embargo, vituperaba su atolondramiento y su lenguaje imprudente.

Ambos jóvenes miráronse durante algunos segundos.

La mirada era resuelta, provocadora y temeraria.

Armando comprendió que alguno de los dos debía hacer uso de prudencia; de otro modo pronto tendrían que lamentar una desgracia irreparable.

Armando procuró serenarse y con tono apacible dijo:

—Luis, tengamos calma; para reñir habrá tiempo, si usted gusta de ello; pero, óigame usted

antes. Me parece que está demás asegurar á usted que á mí no se me intimida fácilmente y que usted ni nadie sería capaz de obligarme á ejecutar algo contrario á mi voluntad.

Luis no replicó y no hizo tampoco manifestación alguna exterior por la cual demostrara sus sentimientos.

Armando prosiguió:

—Pues bien, repito una vez más á usted que abrigo vehementes deseos de llevar á efecto mi enlace con su hermana cuanto antes, pero al mismo tiempo opino que las circunstancias no son oportunas, y que hay por de pronto graves inconvenientes que, si bien no impiden verdaderamente su realización, la dificultan en extremo, á lo menos.

—¿Cuáles son ellos? preguntó Luis.

Armando no respondió.

No osaba expresar claramente sus pensamientos á Luis por temor de que éste los ridiculizara ó los hallara faltos de razón. Además, comprendía que sólo era un capricho de su parte tratar de postergar el enlace por más tiempo.

La verdad era que Armando no se inquietaba por unos cuantos días, más ó menos, de retardo. Para él tenía un encanto irresistible hallarse al lado de Laura como un simple enamorado, como su novio únicamente, y posesionarse gradualmente de su amor, hasta conducirlo al grado supremo.

Era una cuestión de amor propio; una excentricidad de amante.

Luis había ya apaciguado su fisonomía y dijo con extremada calma y recalcando sus palabras:

—Pues bien, Armando, usted es libre de ejecutar su voluntad; está usted en su derecho. Por mi parte, sólo tengo que advertir á usted lo siguiente:

Hizo una breve pausa y después continuó:

—Usted ha de comprender fácilmente, Armando... yo estoy investido por la naturaleza del deber de velar por el honor de mi hermana. Así, pues, usted no debe extrañar que me sea imposible permitirle que continúe visitando á Laura hasta tanto que no sea usted su legítimo esposo.

Armando no replicó.

A su pesar, hallaba razón en las palabras de Luis.

Una idea embargóle el cerebro: ¡Iba á ser privado del placer de ver á Laura, de extasiarse á solas con ella en agradable plática y tierna contemplación; de amparar su vida y su honra si era amenazada y de morir si se hacía preciso en su defensa, como un héroe del amor y trasportado de pasión!

Esto le decidió.

—Luis, dijo, ya que usted se empeña de una manera tan terminante, antes que romper con usted ó de alejarme de Laura, estoy dispuesto á todo.

—¿Quiere decir esto que?.....

—Que verificaremos el enlace inmediatamente.

—¡A buena hora! Créame, Armando, que esto es lo más conveniente y lo legal; francamente, no acierto á comprender la resistencia que ha demostrado usted para ello; supongo solamente que será un secreto de enamorado.

—Así es, Luis.

—¡Vaya! ¡qué tal! ¡bien había adivinado!

Luis había recobrado ya su habitual jovialidad.

Armando exclamó:

—Ahora, sólo resta vencer ciertas dificultades.

—¡Oh, es bien sencillo! dijo Luis. Consígase usted una licencia del general O'Higgins y yo me encargo de lo demás.

—Si es así, estamos conformes.

—Será cuestión de algunos minutos solamente. Esta noche se trasladan ustedes á la iglesia de la Merced, donde el superior del convento, á quien conozco, les dará su bendición; esto es todo.

—Perfectamente, Luis; no hay inconveniente de mi parte.

—Pues, entonces quedamos convenidos. Anunciamos esta determinación á Laura. Tengo prisa de marchar cuanto antes.

Luis gritó:

—¡Laura!

Pocos instantes después se presentó la joven.

Laura se hallaba poseída de una intensa palidez.

Comprendía que se la llamaba para anunciarla alguna decisión importante.

Se adelantó con paso firme; traía erguido el porte arrogante de su cuerpo.

La niña se había transformado en mujer; la mujer era una reina.

Armando contemplóla durante algunos segundos con arrobación. Un grito ahogado de ventura y admiración se escapó de entre sus labios entreabiertos.

Luis dijo:

—Laura, Armando ha resuelto desposarse con usted esta noche, ¿tiene usted algún inconveniente?

Armando no pudo menos que agradecer en su interior el delicado modo con que se había expresado Luis.

Laura no respondió; acercóse sencillamente á Armando y clavó su vista en la suya.

Armando observó entonces, con indecible emoción, que dos cristalinas lágrimas brotaban de los esplendentes ojos de la joven y rodaban por sus mejillas cual dos gotas de líquido brillante.

Armando extendió inconscientemente sus brazos; Laura dejóse rodear por ellos; y ocultó su hermosísimo rostro en el pecho tembloroso del joven.

—¡Demonio! exclamó Luis; esto es demasiado tierno; á mí me hace daño; me enternece.

Y luego, esforzándose por sonreír, agregó:

—Pero, no hay que anticiparse, amigos míos.

Trascurridos algunos minutos, Armando y Luis salían de la casa.

En el umbral de la puerta ambos se detuvieron para despedirse.

Armando dijo entonces, estrechando vigorosamente entre sus manos la de Luis:

—A usted le deberé que se adelante mi felicidad. Uno es muy torpe: cuando tiene la dicha cerca de sí no sabe aprovecharla.

En seguida, ambos se separaron para ir á colocarse al frente de sus respectivos soldados.

Luis caminaba meditabundo; una reflexión preocupaba su cerebro y le tenía melancólico:

—¡Desgraciados los que no experimentan las sensaciones del amor!... ¡y yo que moriré ignorándolas!... Verdaderamente, siento un vacío dentro de mi pecho: ¿será la falta de un afecto de mujer?... En fin, poco tiempo más me queda de vida. La patria es mi sola amante; á ella le entregaré la existencia que, por lo demás, francamente, me fastidia.

.....

.....

Las sombras de la noche extienden lentamente su tenebroso manto sobre la villa de Rancagua.... la bandera negra de los patriotas, enarbolada en la torre de la Merced, se confunde con el color oscuro del cielo.

Al mismo tiempo, se oyen nuevamente los disparos de la fusilería, truena el cañón y re-

percuten por todas partes los gritos de los combatientes.

Los españoles, favorecidos por las tinieblas de la noche, han dado comienzo al tercer asalto general á las trincheras...

Luego, el incendio se declara en los suburbios de la villa: sus rojizas llamaradas alumbran á Rancagua con sus siniestros resplandores.

Los realistas sitian á los patriotas con el fuego. El agua falta á los sitiados y están amenazados ya con morir de sed.

¡Triste noche se prepara para Rancagua! ¿Qué se espera para sus valientes como desgraciados defensores?

¿Salvarán Armando y Luis?

¿Salvará la hermosa Laura, la heroína de nuestra historia?

.....

.....

---

*Esta obra es propiedad exclusiva del autor, quien habiendo depositado en la Biblioteca Nacional el número de ejemplares designados por la ley, perseguirá conforme á la misma al que sin su permiso la reimprimiere.*

---

# INDICE

	<i>Páginas</i>
	Al público . . . . . 3
CAPITULO I	La asechanza. . . . . 5
„ II	El combate . . . . . 16
„ III	La hermosa Laura . . . . . 28
„ IV	Presagios siniestros. . . . . 41
„ V	La amazona . . . . . 65
„ VI	Amor de bestia . . . . . 78
„ VII	El traidor . . . . . 90
„ VIII	Patriotas y realistas. . . . . 102
„ IX	Bernardo O'Higgins . . . . . 121
„ X	Un orador improvisado . . . . . 132
„ XI	El amor en campaña . . . . . 150
„ XII	El primer asalto . . . . . 165
„ XIII	Proezas de Armando . . . . . 181
„ XIV	Un enlace obligatorio . . . . . 198



# PAUTA

Para la colocación de las láminas.

TOMO 1.º

		<i>Páginas</i>
PORTADA	La Bandera Negra.	
LÁMINA I	¡Oh, por piedad, Armando!... no le dé usted la muerte... . . . . .	21
„ II	Oyóse un grito ronco, feroz, semejante á un bramido: ¡Vencer ó morir!	127
„ III	¿Es usted capaz de demoler esa trinchera? . . . . .	187
„ IV	¡Armando! exclamó, y se arrojó en sus brazos . . . . .	200

